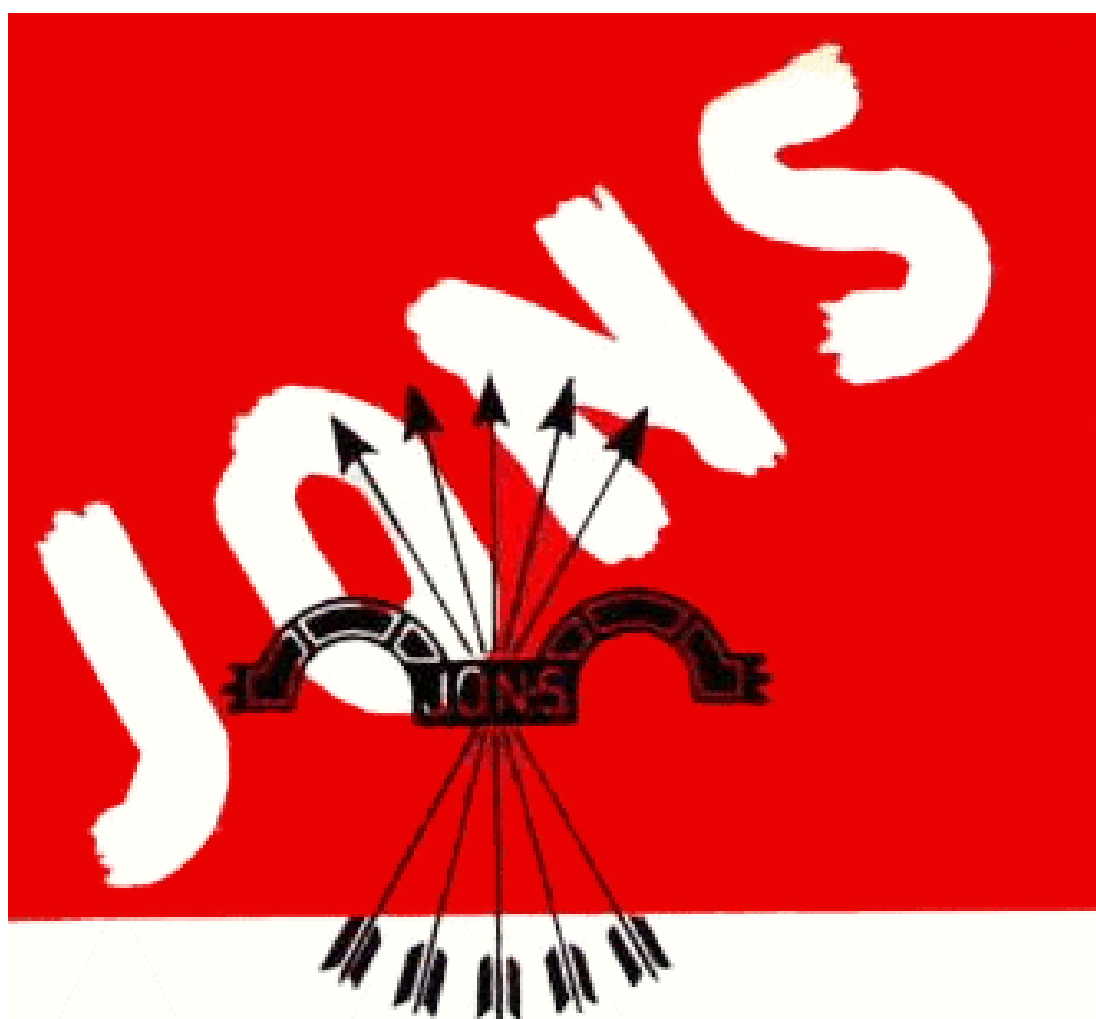




ORGANO TEORICO DE LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL - SINDICALISTA

Ramiro
LEDESMA RAMOS
ESCritos POLITICOS
1933-1934

«JONS» Ramiro Ledesma Ramos

Escritos políticos 1933-1934

Edición digital ampliada 2013

ÍNDICE

NUMERO 1. MAYO 1933.	4
<i>Carácter de nuestra revista.</i>	4
<i>¡Ni democracia burguesa ni marxismo! (Informe político para el Partido)</i>	4
<i>El Primero de mayo marxista.</i>	6
<i>Hombres y partidos de España.</i>	7
<i>El nacional-socialismo en el Poder. La ruta de Alemania.</i>	10
<i>Los «nazis» de Portugal</i>	11
<i>Notas.</i>	12
NUMERO 2. JUNIO 1933.	14
<i>Nuestra Revolución.</i>	14
<i>Partidos de España. Comunión tradicionalista</i>	16
<i>La crisis y su drama</i>	18
<i>Las traiciones de Francia.</i>	19
<i>La nacionalización del Partido Fascista.</i>	19
NUMERO 3. AGOSTO 1933.	20
<i>Circular para el Partido.</i>	20
<i>La voluntad de España</i>	21
<i>La violencia política y las insurrecciones</i>	23
<i>La represión contra las J.O.N.S.</i>	27
<i>La crítica de los partidos</i>	27
<i>Notas.</i>	27
NUMERO 4. SEPTIEMBRE 1933.	31
<i>Declaraciones terminantes</i>	31
<i>Circular para el Partido</i>	33
<i>La finalidad de “JONS”.</i>	33
<i>La disciplina política.</i>	34
<i>El Sindicalismo Nacional del Fascismo.</i>	35
<i>Un poeta de lo España imperial. Ramón de Basterra.</i>	35
<i>Notas.</i>	36
NUMERO 5. 1933.	39
<i>Las consignas electorales.</i>	39
<i>Circular para el Partido. Declaraciones ante un discurso</i>	41
<i>El individuo ha muerto</i>	42
<i>El campesino y la política</i>	44
<i>La libertad económica.</i>	45
NUMERO 6. NOVIEMBRE 1933.	46
<i>Hacia el sindicalismo nacional de las JONS.</i>	46

<i>Circular importante</i>	48
<i>Presente y futuro</i>	48
<i>Las JONS no se desvían. Ante la desviación de F.E.</i>	49
<i>Las elecciones y el triunfo de las derechas</i>	50
<i>Cómo España dejó oficialmente de ser una Nación</i>	51
<i>Noticiario jonsista</i>	51
<i>Beneméritos de las JONS. José Ruiz de la Hermosa</i>	52
NUMERO 7. DICIEMBRE 1933.....	53
<i>Circular para el Partido. A todos los Triunviratos y militantes de las JONS</i>	53
<i>Manifiesto del Partido. Las JONS a todos los trabajadores de España</i>	54
<i>Noticiario jonsista</i>	57
NUMERO 8. ENERO 1934.....	58
<i>Primeros deberes del jonsista</i>	58
<i>Ante el Estatuto vasco</i>	58
<i>Las JONS revolucionarias</i>	59
<i>Más allá del comunismo</i>	61
<i>Cómo conseguir la unidad del Estado</i>	61
<i>Los informes al T.E.C.</i>	62
<i>Próxima reunión del Consejo Nacional jonsista</i>	62
<i>La estrategia de Largo Caballero</i>	63
<i>El desplazamiento marxista</i>	64
<i>Noticiario jonsista</i>	66
NUMERO 9. ABRIL 1934.....	68
<i>Discurso de Ramiro Ledesma Ramos en el mitin de Falange Española de las JONS celebrado en Valladolid</i>	68
<i>Sobre la fusión de F.E. y de las JONS</i>	70
<i>Nota</i>	71
<i>Actividad de "Falange Española de las JONS"</i>	72
<i>La reunión del Consejo Nacional jonsista</i>	73
NUMERO 10. MAYO 1934.	74
<i>Examen de nuestra ruta</i>	74
<i>Universidad, Revolución, Imperio</i>	76
<i>Libertad nacional y disciplina nacional</i>	76
NUMERO 11. AGOSTO 1934.....	77
<i>Los problemas de la Revolución Nacional-Sindicalista</i>	77
<i>Una consigna</i>	79
<i>Nuestra actitud. Cataluña en el camino de la insurrección</i>	80
<i>Hacia las masas. Las JUNTAS de obreros</i>	83
<i>Persecuciones tiránicas</i>	84
<i>Los sistemas fascistas</i>	85

NUMERO 1. Mayo 1933.

Carácter de nuestra revista.

Las JONS lanzan su Revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El Partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento «jonsista» prestigio y profundidad. La Revista "JONS" no será para el Partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y «razonable». No. "JONS" será justamente el laboratorio que proporcione al Partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad lógica a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.

Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del Partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina «jonsista». Porque las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA no disponen sólo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario, que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que, a la vez, disponen de una doctrina, de una justificación, de un impulso en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien; ya tiene razón -sin más razones- nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer eso, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento JONS es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las generaciones que nos han antecedido de modo inmediato, nos hacen entrega de una herencia exigua. Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento JONS es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir -o reconstruir- estrictamente una Nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las JONS, fe en las consignas justas del partido, fe en España y fe en el esfuerzo de la juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

¡Ni democracia burguesa ni marxismo! (Informe político para el Partido)

En abril de 1931 era efectivamente insostenible, indefendible, la realidad política de la monarquía. Ahí radica, quizá, la licitud del hecho revolucionario que presentó a los españoles la posibilidad de un salto airoso. Pudo entonces pensarse que el simple advenimiento de la República conseguiría afirmar y robustecer la expresión nacional, basando su ruta en los más limpios valores de nuestro pueblo. Ello era bien difícil, sin embargo, porque la revolución fue iniciada o impulsada en nombre de dos tendencias políticas igualmente recusables como engendradoras de ciclo alguno valioso.

Esas dos fuerzas, únicas que iban a colaborar en la constitución del Estado nuevo, tienen estos rótulos: burguesía liberal y marxismo. Ninguna otra cosa, ninguna organización que no sea lícito incluir en esas dos denominaciones, tuvo vida efectiva, realidad «política» efectiva, en aquellos meses primeros de la República ni aun siquiera la tiene hoy mismo. No hemos conocido, pues, en los dos años de vigencia del régimen, otra pugna política que ésta: de un lado, burguesía liberal, de derecha, de izquierda o de centro, con unos afanes que se limitan y concretan a implantar en España una democracia parlamentaria. De otro lado, las fuerzas marxistas, agrupadas casi totalmente en el partido socialista.

Siendo está la realidad política sobre la que se operaba y edificaba la revolución de abril, eran facilísimamente previsibles estas dos cosas: Primera, que las nuevas instituciones quedarían al margen de la autenticidad española, de espaldas al histórico imperativo que antes dijimos daba licitud a la revolución, el de dar conciencia nacional, española, a los españoles; segunda, que correspondería al partido socialista el control efectivo del nuevo régimen; es decir, que se inauguraban en España las etapas rotundas y claras de una revolución socialista.

La pugna entre la burguesía liberal, cuyo más caracterizado representante es Lerroux, y el marxismo, tuvo bien pronto efectividad en la política republicana. Recuérdese el episodio Lerroux-Prieto, ya en el mes de julio de 1931. Lerroux fue vencido, naturalmente, y desde aquella hora misma la balanza revolucionaria tuvo una franca preferencia, una segura inclinación hacia los intereses, las ideas y las posiciones del partido socialista.

Así era y así tenía necesariamente que ser. La democracia burguesa y parlamentaria está hoy por completo, en todo el mundo, vacía de posibilidades, ajena a la realidad social y política de nuestro tiempo. Sólo el hecho de aparecer en España al filo de una «revolución fácil» como la de abril puede explicar que hoy se agrupen grandes núcleos de españoles en torno a esa fórmula ineficaz y boba. El marxismo, venciendo a Lerroux, no realizaba, en efecto, una empresa de romanos.

Ahora bien, esa imposibilidad revolucionaria, histórica, de que las fuerzas demoliberales desplazaran al marxismo, puso ante España el peligro, notoriamente grave, de una plenitud socialista de franco perfil bolchevique. Si ello no ha acontecido aún se debe a que las etapas de la revolución española, que ha tenido que ir pasando por una serie de ilusiones populares, se caracterizan por una cierta lentitud. A la vez, porque, afortunadamente, el partido socialista no posee una excesiva capacidad para el hecho revolucionario violento, cosa a que, por otra parte, no le habría obligado aún a realizar la mecánica del régimen parlamentario y, además, que existen grandes masas obreras fuera de la disciplina y de la táctica marxistas. Por ejemplo, toda la C.N.T.

Sin presunción alguna, declaramos que toda la trayectoria política desde abril, ha sido predicha por nosotros con cabalísima exactitud. Ello era, desde luego, tarea sencilla y fácil. Bastaba un ligero conocimiento de lo que es una revolución y conservar un minimum de serenidad para advertir la presencia de los hechos en su relieve exacto. Hace ya, pues, muchos meses que la única tarea en realidad urgente para todos cuantos dispongan de una emoción nacional que defender frente al marxismo sombrío, antiespañol y bárbaro, era la de romper esa dualidad a que nos venimos refiriendo; es decir, presentar en el ruedo político, donde forcejeaban radicales y socialistas, una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograrse, de un lado, la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir y, de otro, que dispusiese de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento.

Ni por la derecha ni por la izquierda ha sido comprendido ese clamor, advertida esa necesidad. Claro que ello significaría que España levantaba, efectivamente, su gesto histórico, casi desconocido y oculto desde hace nada menos que dos siglos. En vez de eso, hubo las jornadas insurreccionales de agosto, el golpe de Estado de Sanjurjo, al grito, no se olvide, de «¡Viva la soberanía nacional!», con que solía también finalizar sus proclamas Espartero. Era inminente entonces el Estatuto de Cataluña y ya una realidad el triunfo del partido socialista sobre Lerroux. El fracaso del golpe de

agosto hizo que la situación incidiese de nuevo en las características que venimos presentando con insistencia: democracia parlamentaria o marxismo.

Así seguimos, pues fuera de la acción de nuestro Partido, juzgada, presentada y perseguida por el Gobierno como actividad fascista, no hay nada en el horizonte de España que tienda a romper esa limitación. No es preciso hablar de los esfuerzos de organización que los elementos llamados de «derecha» realizan con cierta profusión, porque no han sido capaces de incorporar nada, presentándose en la política como partidarios de esas formas mismas que venimos señalando como fracasadas e impotentes. En efecto, los periódicos y partidos que representan a lo que se denomina «las derechas» -caduca rotulación que es preciso desterrar, como esa otra de «izquierdas»- se han unido a los clamores de la democracia parlamentaria, suspiran por ella todos los días, traicionando así el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo y carácter de la que hoy aparece en todo el mundo como triunfal y victoriosa, recogiendo en sus fuentes más puras el afán que todos sentimos de arrancar de una vez la carátula de desgracias, decadencias, complejos de inferioridad o como quieran llamarse, que define y destroza la faz auténtica de España.

Redactamos este informe en las horas mismas en que se resiente el actual Gobierno Azaña bajo la presión obstruccionista. No sabemos qué acontecerá; pero sí que sea lo que quiera, no ha de contradecir ni una de las afirmaciones que hemos hecho. Podrán o no irse los ministros socialistas. Es lo mismo. Porque lo verdaderamente esencial es que si el partido socialista retira sus ministros lo hará con la exacta garantía de que el nuevo Gobierno no manejará resortes «nacionales» contra el marxismo; es decir, que no se unirá o será influido por el tipo de política a que tienden de modo fatal las situaciones políticas que, por unas u otras causas, dan batalla al marxismo. Este peligro lo advierten hoy los socialistas en un Gobierno Lerroux. En opinión nuestra, de modo infundado, porque a Lerroux le adornan todas las solemnes decrepitudes de la burguesía liberal y parlamentaria.

Los socialistas, su táctica y su técnica marxistas, son el auténtico peligro, dentro o fuera del Poder. Dentro, porque todos los españoles deben tener la seguridad de que prepararán de un modo frío, implacable y sistemático la revolución socialista. Fuera, porque si dimiten es con la garantía de que serán respetados, guardados y defendidos sus reductos.

Si alguna conclusión se deduce lógicamente de este informe, que creemos justo y verdadero, es la de que nuestro Partido, las JONS, se encuentra en la línea de la eficacia más segura. Es lícito que proclamemos que, o se extiende y organiza el Partido hasta alcanzar la fuerte adhesión de los mejores núcleos españoles, con capacidad para comprender o intuir nuestro doble y cruzado carácter «nacional y sindicalista», «sindicalista y nacional», o bien España es fatal y tristemente una presa socialista; el segundo experimento mundial de la revolución roja. El dilema es implacable. O esto o aquello. Así de simple, de sencilla y dramática es la situación de España, como lo es, en resumen, la situación misma del mundo.

O las flechas «jonsistas» imponen su victoria insurreccional contra el marxismo o el triunfo de la revolución socialista es seguro.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

El Primero de mayo marxista

Igualamos al que más en fervor proletario, en afanes de justicia para las masas trabajadoras. Por eso la presencia de una fiesta suya, que ellos celebran con alegría y ruido, produce en nosotros, trabajadores y proletarios asimismo, una inmediata reacción de simpatía.

¡Bien por la fiesta obrera, que muchas otras fiestas de otros, al cabo del año, son para los trabajadores jornadas laboriosas!

Pero estos primeros de mayo no son sólo fiestas proletarias, sino fiestas marxistas; las guía un culto a esa cosa fría, antinacional y bárbara que es el marxismo. Por eso los comentarios nuestros de hoy tienen una justificación. No ya los obreros enrolados en las organizaciones marxistas, sino

sus capataces, dirigentes y tiranuelos ponen interés en que el Primero de mayo sea «una gran demostración marxista». En efecto, para quien no tenga otros medios de conocer el marxismo, le brindamos por su rotundidad éste: vea lo bien que realizan eso de parar, aniquilar y destruir durante veinticuatro horas la vida civilizada de las gentes. Eso lo hace a maravilla el marxismo: parar, aniquilar, destruir.

¿Quiere decírsenos qué otra explicación que ésa justifica el hecho de que se quiera añadir a la lícita fiesta proletaria un interés sañudo por el paro absoluto, de muerte, hasta de funciones de las que no debe ni quiere prescindir ningún pueblo civilizado?

Nosotros haremos de ese día proletario una auténtica fiesta proletaria y nacional, sin tristeza ni lamentaciones de nadie. El Primero de mayo: día proletario, pero también aquel gran día del imperio español del XVI, en el que dos mundos celebraban el Día de Felipe, el día optimista y fuerte para la divina cosa de ser español.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Hombres y partidos de España

En esta sección desfilarán por nuestra Revista los hombres y los partidos políticos que hoy trabajan y combaten por influir en el futuro de España. Traeremos, pues, aquí, el juicio que nos merecen, la crítica de sus tendencias y de sus pasos. Con un propósito que se enlaza con el propósito general de la Revista: Definir, señalar y destacar la significación nuestra. Se logra esto de muchos modos, y no es el más oscuro este que elegimos aquí. ¿Qué pensamos de estas gentes y de aquellos grupos? La política es en gran parte -en su mayor parte- cosa personalísima, que se nutre de lo que hay en los hombres, en cada uno de ellos, de más peculiar y característico: su relieve, su palpitante presencia. Los partidos son los que están ahí, disputándonos a nosotros y a los demás la adhesión de los españoles. Hemos de moverle polémica, más o menos dura, claro, según proximidad o lejanía a lo que nosotros significamos y somos.

Hoy hablamos de dos hombres, de dos nombres: don Ramiro de Maeztu y el Comandante Franco. Y de un partido: Acción Popular. En números sucesivos espigaremos en la amplitud española otros partidos y otros nombres.

Don Ramiro de Maeztu

Bien puede destacarse a Ramiro de Maeztu como un intelectual y un político de hondas sinceridades y de hondas razones. Algunos, con frívola actitud y turbia intención, pueden negarle y de hecho le niegan ambas cosas. Pero quien tenga capacidad de ordenación para los usos y tareas intelectuales y quien mire y aprecie el revés auténtico de las decisiones políticas, verá en Maeztu el genuino representante del hombre cuya línea de acción obedece y sigue unos perfiles sistemáticos, es decir, profundos, articulados y serios.

Hoy nosotros lo consideramos como uno de los pocos españoles capaces de ofrecer los valores perdurables de España, en forma grata, a las juventudes estudiosas y exigentes, esto es, con rigor conceptual y firmeza de emoción auténticamente española. Nadie ha realizado hasta ahora semejante importantísima labor: presentar de un modo inteligente, resuelto y vigoroso la verdad histórica de España, su rango, su fuerza y sus razones. Había, sí, la emoción y los datos en tal cual libro sabio y nacional de Menéndez Pelayo. Y tales cuales atisbos líricos en oradores de partido lírico. Pero faltaba esta otra tarea, que nadie mejor que Maeztu puede hoy acometer en España: el estudio sistemático, conceptuoso y penetrante que ofrecer a juventudes desviadas, pero exigentes y finas.

Este es el aspecto de Maeztu que nos interesa y que aquí ofrecemos con elogio. Ningún otro. Tenga por seguro que la política de las JONS no es su política, ni le seguiremos en lo que sobre este campo realice hoy de modo concreto. Hemos perdido toda la fe -si es que podemos haberla tenido-

en ideas y remedios que él, sin duda, cree aún valiosos. Vamos hacia adelante, a descubrir ideas y remedios nuevos, con fe en nuestro carácter de españoles; pero solos, sin nortes antiguos ni añoranzas. Además, están ahí las masas populares, esperando de «lo nacional» su salvación histórica, sí, pero también su salvación diaria y concreta en el dominio de la economía. Les ofrecemos emoción nacional, mas también sindicatos justicieros y fuertes, aunque tiemblen y nos abandonen los burgueses.

Esperamos los estudios de Maeztu sobre la Hispanidad con impaciencia, y sepa que nuestros camaradas de las JONS los requieren, necesitan y se afanan por darles continuidad en el plano de los hechos.

El Comandante Franco ¹

No es ahora la primera vez que desde nuestro campo nacional-sindicalista y revolucionario tendemos hacia el comandante Franco una mirada escrutadora. Lo vimos aparecer hace dos años en la lucha democrática de entonces con estilo y eficacia. Pudo ser, a raíz de la República, por su inmediata disconformidad con aquel primer Gobierno liberal-burgués, por su voluntad decidida de intervención revolucionaria, por su juventud y orígenes de milicia, el hombre de la intuición española e implacablemente «nacional y sindicalista», que hizo falta en aquellos meses turbios y decisivos.

Franco prefirió seguir a la deriva, sin norte rotundo ni emoción nacional alguna, entregado a la vía estrecha, negativa y ruinosa de unos ideales revolucionarios infecundos y secos. No comprendió que su rebeldía y su protesta contra aquella otra España de «antes de abril» podía sólo justificarse histórica, juvenil y nacionalmente si se empleaba y utilizaba en hacer duros y vigorosos los ideales españoles que entonces aparecían denegados y mustios. En vez de eso, Franco se unió con ceguera terrible a los negadores de «lo español», a sus desviaciones lamentables, sin procurar atraerlos él a sí, uniendo el posible vigor de aquéllos a una causa de otro rango, que inaugurase la reconstrucción de la España nuestra.

No pudo ser, repetimos, «nacional y sindicalista», creyendo ser quizá esto último con pureza, y no fue ni una cosa ni otra. No fue nada. Triste pelele de unos y otros, gastó su entusiasmo, su voluntad de acción en salvajes infecundas, a extramuros de la verdad social y nacional de España.

Hemos asistido a esa trayectoria con dolor, que creemos ya irremediable y fatal. ¿Podrá Franco levantar de nuevo en vilo su fervor español y revolucionario, uniéndose a algo que luche heroica y auténticamente por recuperar para España su fortaleza, su vigor y su libertad? Quizá, pero nosotros, que desde hace dos años tenemos fija la mirada en el Comandante Franco, inquiriendo con exigencia crítica sus pasos, declaramos nuestro radical pesimismo. Pero así como nos equivocábamos hace dos años, en «La Conquista del Estado», siendo optimistas en cuanto a las posibilidades «nacionales» de Franco, pudiéramos ahora equivocarnos siendo pesimistas. Veremos.

Acción Popular

Las circunstancias españolas, sobre las que hay que moldear en esta hora todos los juicios y todos los actos, consisten en que está sobre el país, acampada en él, una tendencia revolucionaria de tipo marxista. Ya en las primeras semanas que siguieron al hecho de abril pudo advertirse que ésa era la realidad más grave: el predominio del espíritu socialista en la revolución republicana democrática.

Acción Popular nació en aquellas jornadas subsiguientes a la República. Como un primer refugio defensivo, como una concesión inmediata al plano de la política entonces surgida, como un título que autorizase la pugna en los recintos de la nueva legalidad.

Mientras Acción Popular fue eso, no fue, naturalmente, un partido, sino una masa informe de gentes, con un número exiguo de coincidencias. Pero con una significación rotunda y destacada: era una agrupación electoral que se sometía «a priori» a las normas aún desconocidas del nuevo régimen, que se disponía a regatear las concesiones que en nombre de lo antiguo era posible o conveniente facilitar de grado a lo nuevo. (Así la primera lección recibida fue la de que las revoluciones no necesitan que se les conceda de gracia nada; lo toman por sí, con la coacción o violencia que emana de su propio carácter.)

¹ Comandante de Aviación Ramón Franco Bahamonde.

No era, pues, difícil predecir el relativo fracaso de la nueva entidad conservadora. Así y todo, en aquellos meses turbios, durante los cuales todo lo antinacional, infecundo y destructor hallaba cobijo en las esferas oficiales, Acción Popular mostraba una cierta adhesión a valores perdurables de España, y ello explica su éxito numérico inmediato entre todos los sectores que por las razones más varias se sentían enemigos y desligados de la situación triunfante.

Desde la hora misma en que la revolución de abril adoptó el perfil marxista, y ello aconteció a los dos o tres meses, estaba descartada la ineficacia de los métodos que adoptaba Acción Popular, del espíritu con que se presentaba a la lucha, de la pobreza o candor ideológicos con que se equipaba para medir sus armas con las que esgrimían los partidos de abril. Ahora bien, fracasase o no -que sí fracasó- en su afán de influir en la elaboración constitucional, machacando alguna uña de la fiera, esto es, limando los antis furiosos de los que llegaban, no por eso hemos de negarle licitud, buena fe y derecho a ser considerada y estimada por las fuerzas antimarxistas como la nuestra, y agradecer aquellos trabajos de organización que realizó en los primeros meses.

Hay, pues, dos etapas clarísimas en la ruta de Acción Popular. Una comprende su primer período, aquél en que no aparecía como partido; esto es, como organización que se distingue por una táctica, unas afirmaciones ofensivas -un programa peculiarmente suyo- y una disciplina, sino más bien como un terreno neutral donde gentes diversas podían encontrar «transitorio» acomodo político. En esta primera etapa fueron ya muchos los reparos que brotaban frente a ella. Y no aludimos a su consigna sobre las formas de Gobierno, pues acerca de este particular son las JONS a quienes más sin cuidado le tienen esas cosas, sino a algo más hondo, grave e importante, como es su carácter blando y antimoderno, su cercanía de una parte a las viejas formas liberal-conservadoras, y de otra, a los tristes partidos sturzianos de Europa, su total desvío de la cuestión fundamental española, que es la de mantenerse en pie como Nación digna y una, etcétera.

Estas características que ya los fundadores primeros imprimieron a Acción Popular se destacan con más relieve en su segunda etapa, la actual, en que ya aparece como un partido, con una unidad de disciplina, de acción y de programa.

Frente a él, ante él, hemos de situarnos. Acción Popular es hoy un partido que puede ocasionar a nuestro movimiento jonsista el perjuicio de arrebatarse de sus filas un sector de juventudes católicas, a las que una interpretación tendenciosa y una educación política falsa pueden situar a extramuros de la causa nacional-española, para convertirlas en adalides de una ruta desviada, como la que puede ensayarse en Bélgica o en Sumatra, pero indefendible, perturbadora y enemiga en la España nuestra.

Acción Popular, dirigida por Gil Robles y siguiendo las orientaciones teóricas superiores de don Ángel Herrera², tendrá derecho a que se le unan los sectores pacíficos, escépticos de «lo español» y que tengan poca gana de vencer «dificultades difíciles». Puede propagar en España esos tristes ensayos que fueron el populismo de don Sturzo, la democracia cristiana y el equilibrio electoral de los belgas, conformistas y desilusionados de las grandes victorias que otros, sin embargo, obtienen fuera de aquí.

Las JONS están bien lejos de todo eso. Nos ilusiona la gran España posible y queremos luchar, como sea y donde sea, por conseguir ese triunfo. Pero no dejaremos de ver en amplios sectores de Acción Popular gente muy afín que sueña nuestras mismas cosas, y a las que habrá que conquistar para nuestro fervor nacional-sindicalista, para nuestra angustia de las masas españolas sin pan y sin justicia, para nuestra eficacia y nuestra lucha.

La oposición de los jefes de Acción Popular a todo posible fascismo son hondamente sintomáticas. Pues no la hacen en nombre de una más pulcra fidelidad a nuestro propio destino de españoles, al signo y genio creador de España -que es desde donde nosotros miramos con cuidado y prevención al fascismo-, sino porque encuentran en éste vitalidad nacional, fuerza de masas militantes y activas, voluntad revolucionaria, eficacia combativa. Cosas que, erróneamente, creen estos señores, en pugna con supuestas normas espirituales que todos respetamos, sentimos y queremos.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

² Ángel Herrera Oria, director del periódico católico «El Debate».

El nacional-socialismo en el Poder. La ruta de Alemania

Hasta la toma del Poder, Hitler era un genio de la organización y de la agitación políticas. Había derecho a negar que fuesen sinceros quienes no le reconocían esa virtud formidable. Ahí estaban, rígidos, disciplinados y poderosos, quince millones de alemanes proclamándolo rotundamente. El movimiento nacional-socialista creado en torno a Hitler se fundía con la autenticidad alemana. Su clamor, sus aspiraciones y sus ímpetus eran los verdaderos del pueblo alemán. Sobre ello no podía haber duda por parte de nadie que conservase una dosis ligerísima de capacidad para enjuiciar hechos políticos.

Ahora bien; en el movimiento hitlerista, mejor dicho, en Hitler mismo, había una incógnita tremenda. Todo el mundo podía preguntarse lícitamente si una vez conseguido por Hitler el Poder conservaría su figura y su prestigio el rango antiguo. Es decir, si Hitler, genio de la organización y de la agitación, era también un genio del mando político, un constructor de instituciones, un hombre de Estado.

Naturalmente que esa incógnita estaba ya resuelta de un modo afirmativo para quienes admiraban y seguían con entusiasmo su ruta de triunfos. Por ejemplo, los millones de alemanes adictos al partido. Pero no para los demás ni para los espectadores extranjeros, aun incluyéndonos entre éstos a nosotros, los de JONS, que en fidelidad a «lo nacional» y en angustia social andamos por análogos parajes.

Hitler es Canciller de Alemania desde hace tres meses. No corresponde a su Movimiento la totalidad del Poder, pues está en manos de políticos más o menos afines la mayoría de los ministerios. Este hecho, que alarma a algunos, inclinando su ánimo a reconocer de un modo pleno la victoria hitleriana, tiene explicación muy sencilla y verdadera. En primer lugar, Hitler sabe que su llegada al Poder supone para Alemania un régimen nuevo, con amplitud de tiempo suficiente para no apresurarse de un modo ciego e impolítico, sino más bien para realizar cada cosa a su hora. Los objetivos que aparecen como fundamentales en el movimiento de Hitler son estos dos: vigencia de la autenticidad alemana, es decir, sustitución de marxistas y judíos en el Gobierno y dirección de Alemania por hombres, ideas y sentimientos alemanes. Y el segundo: proceder revolucionariamente a la implantación de nuevas normas económicas, financieras y sociales que impidan el hambre de millones de alemanes en paro forzoso, la tiranía rentística a que los grandes especuladores bancarios -casi todos judíos- someten a la población alemana, la dependencia económica del extranjero, la solidaridad social.

Naturalmente, la primera preocupación del régimen nacional-socialista fue la de consolidar y afirmar sus posiciones frente a los terribles enemigos de su victoria. Y además, hacer cara a las tareas diarias, inmediatas e inaplazables que trae consigo la gobernación pública. No es, pues, extraño, ni puede considerarse con recelo, que gran número de ministerios quedasen fuera del control, personal de los hitlerianos. No se olvide que el partido de Hitler tenía una tradición de combate permanente, de grandes peleas políticas, y sus hombres eran indiscutiblemente más expertos en lides polémicas -a que les obligaba el carácter mismo revolucionario del partido- que en esas otras experiencias administrativas y de burocracia jurídica propias del funcionamiento normal del Estado. En ese trance, Hitler, con magnífico buen sentido, puso los ministerios en manos diestras, lo suficientemente afines para colaborar con los «nazis» en aquel primer objetivo que antes señalamos: la organización de la expresión alemana, la desarticulación del formidable aparato marxista. ¿No hizo eso mismo Mussolini los primeros dos años de fascismo, en que no se le ocurrió la equivocación de llevar al Gobierno a los jefes de sus escuadras?

Pero ahora Hitler, como antes Mussolini, sabe muy bien que es su partido el que posee la clave de los mandos esenciales y que todas las personas aisladas o los grupos que les ofrezcan colaboración no sirven en realidad otras metas que las que Hitler y su partido representan. Los tres meses de Gobierno transcurridos permiten advertir la notoria realidad de todo eso. Quien representa el centro vigoroso sobre que se agrupan las expectativas es el partido nacional-socialista. El mismo día recibe su jefe la adhesión de los Cascos de Acero -fuerza, no se olvide, hasta ahora ajena al

movimiento de Hitler, surgida con otra mentalidad y otras preocupaciones- y el acatamiento de gran número de sindicatos socialistas. El es, pues, la realidad y la esperanza de Alemania.

Ahora bien, la gran prueba será, naturalmente, el día en que Hitler y su Gobierno lleguen a las cercanías del segundo objetivo: la reforma radical del régimen económico y financiero de Alemania. Nosotros creemos que ese día llegará y que los nacional-socialistas cumplirán sus compromisos, que, más que de programa, son compromisos de la realidad social alemana. No pueden sortearse ni ser tampoco ignorados. Y es sólo de su feliz solución de donde depende el futuro triunfal de este gran movimiento, cuyos pasos primeros tan legítima admiración produce hoy a todos nosotros.

No es España precisamente el país desde donde hoy puede ser juzgado con cierta objetividad el hecho alemán. Domina aquí, con insistencia absurda, el afán oficial de presentarnos como el refugio de todas las ideas y de todas las políticas ensayadas y fracasadas por los otros. Se odia en esas esferas, sin comprender nada de él, al movimiento de Hitler. Y así acontece que, siendo quizá España el único país que podía justificar hoy ante el mundo la acción antisemita de Alemania -ya que ella misma tuvo en ocasión memorable que defender su expresión nacional y su independencia contra los manejos israelitas-, se convierta hoy en la tierra de promisión para los judíos y vengan aquí los que huyen de lo que llaman «su patria alemana», de donde, después de todo ni se les expulsa ni se les persigue de modo alguno antihumano. Claro que tanto el arzobispo Verdier, en Francia, como «El Debate», en España, se han unido a la protesta de los judíos contra la persecución hitlerista. En España, ciertamente, no existe hoy problema judío. Pero, ¿no llegará a haberlo -y pavoroso- si desde los católicos de «El Debate» hasta los radicales socialistas ofrendan nuestro suelo a todos los que hoy huyen y escapan de Alemania?

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Los «nazis» de Portugal

Algunos periódicos españoles, en prueba de esa generosidad tan madrileña hacia lo extranjero, han dedicado amplios reportajes al nacional-socialismo portugués. Lo hemos visto desfilar por la pantalla de grandes diarios de Madrid con un lujo fotográfico que tardará muchos lustros en disfrutar dentro de Portugal. Entre otras razones, porque allí no hay órganos periodísticos que sean capaces de semejante alarde.

No censuramos esa generosidad para con los fascistas lusitanos, sobre todo, por lo que tiene de cordial virtud española. Pero sí la tachamos de un poco demasiado bonachona y, desde luego, de desproporcionada con el objeto.

El joven partido portugués posee, desde hace poco más de un año, un diario: «Revolução». Este periódico, dentro de su modestia, está bien hecho. Nos parece que cumple hábilmente su cometido. En él pelean con destreza frente a los residuos del «democratismo» portugués y saben extender, en forma combativa y atrayente, su doctrina social y nacionalista.

Pero nuestros caros «irmãos de la beira mare atlântica» están poseídos de un antiespañolismo demagógico. Mantienen que Galicia -nada menos que Galicia- es para ellos tierra irredenta y querrían conquistar España entera y el mundo si les dejasen.

No hace mucho, cierto orador lírico que poseen decía en un pueblo del interior de Portugal que éste es la «cabeça da Europa e do mundo». A la vez, el partido se deshace con cualquier ocasión o sin ocasión ninguna en arrumacos con Inglaterra. Hablan de «da sagrada aliança» con este imperio. (La alianza del ignominioso Ultimátum del 90, la alianza de los setenta mil muertos portugueses en la gran guerra. ¡Qué diría Antonio Sardinha si viviera...!)

Fuera de estas menguas de nacionalismo, menguas flagrantes, y de esa vanidad femenil, insoportable para cualquier espíritu medianamente enterado de lo que es el mundo, repetimos que los fascistas portugueses hacen su labor y hasta es posible que consigan, como pretenden, suceder a Salazar en el tiempo -que Dios ponga muy lejano- en que éste falte. No es nuestro objeto presentar

a Salazar a los lectores de JONS. Diremos sólo que posee la virtud -extraordinaria entre los peninsulares- de hablar poco mientras hace mucho. Sobre todo -¡por Dios!- ni presume a la portuguesa ni fanfarronea. Por eso, quizá, está salvando a Portugal.

Con los «nazis» de la camisa azul y la cruz de Cristo, nosotros quisiéramos mantener no relaciones de ningún género, cosa que no nos interesa y que les obligaría inmediatamente a gritar por su eterna independencia, pero sí una amigable simpatía. Sin embargo, mientras persistan sus propósitos pintorescos de conquistarnos, nos limitaremos a guardar una actitud de regocijada expectación.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Notas

El Dos de Mayo nacional

Ahí quedó esa fecha, una más, entre tantas como pueden ser conmemorados hechos y corajes españoles. Hasta ahora, se celebraba el día de un modo rutinario y rutinario. Perdiéndose cada año cuanto tenía que ser imprescindible en jornadas así: la valorización, exaltación y sublimación de lo que hay y puede haber de más popular y hondo en las batallas. La vida nacional, el hecho magnífico de ser y formar en una Patria, requiere de vez en vez el sacrificio de la sangre, algo que recuerde a los escépticos y a la cobardía cínica de muchos que la continuidad y la Historia de España no es un capricho fácil de los hombres, sino que se debe a la voluntad decisiva, generosa y victoriosa de los españoles.

El Dos de Mayo podría tener un carácter ingenuo y como de estampa lejana, de morrión candoroso, pero también en la entraña de su signo brillaba con pureza el gesto de un pueblo con dignidad, proclamando su horror a esclavitudes infamantes.

Este año ha sido evidente el afán del Gobierno por aniquilar lo poco que quedaba de emoción y de recuerdo en torno de este día. Lo ha restituido a un día normal, sin importarle lo más mínimo el deber de contribuir, por el contrario, a darle realce y resonancia. Ha evitado, además, que otros lo hagan, como si una sombra de responsabilidad, un pudor insistente, pugnara con sus decisiones.

Quizá los vientos de una política internacional turbia le impidieran permitir que el pueblo recordase su gesto rebelde contra los franceses. Quizá la admiración por la patria gala, país de los derechos del hombre y de otros hallazgos divertidos, lo explique todo; pero nosotros encontramos también explicaciones más fáciles: se encuentra España bajo el signo marxista, es decir, bajo el imperio de la negación, de la ignorancia y del escarnio hacia lo que signifique entraña nacional, genio nacional, plenitud nacional.

¿Un fascismo español?

Todos nosotros creemos que el «hecho fascista» de Italia y la victoria del nacional-socialismo hitleriano son fenómenos geniales de esta época. Pero nosotros, «jonsistas», españoles, jamás nos apellidaremos a nosotros mismos «fascistas», como algunos compatriotas, afines a nuestro Partido, al parecer, hacen o pretenden.

Nadie puede creer en serio que para conducir al pueblo español hacia jornadas triunfales, en pos de la Patria, el pan y la justicia, sea conveniente, ni necesario, ni posible, mostrarle en una estampita, en un cromó, lo bien que funciona una marca política en este país o en aquél.

España se salvará extrayendo de sí el coraje, el contenido y las formas de una política, pariendo con sangre de sacrificio y dolor de autenticidad el futuro de sus rutas.

No podemos encomendar a ningún país extranjero el hallazgo de nuestra gloria y de nuestra propia salvación. Somos bravíos y genuinos. Pueblo eterno, creador y sabio. Antes que nadie,

España adoptó el fondo y la forma de todo lo que se inicia y surge ahora por el mundo como incipencias prometedoras.

Piensen los camaradas afines, a quienes ocupa y preocupa hoy el afán de lanzar fascismos en España, en los riesgos graves que ello les traerá consigo: más que las balas marxistas, más que la ponzoña de los descastados y de los traidores, herirá al movimiento posible su fidelidad y su dependencia de formas, consignas, ritos y percances extranjeros. ¡Cuidado, camaradas, con el peligroso lazo!

Y no vale hablar del imperio y de la universalidad. Todo eso desde aquí, desde España, como centro y eje del imperio y de la universalidad.

Hay cosas que pueden serle permitidas a un Albiñana, en nombre de la fácil facilidad, pintoresca, pero nunca a quienes llegan creyendo incorporar a España un esfuerzo serio, un don de juventud, una ilusión generosa y un talento.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

NUMERO 2. Junio 1933.

Nuestra Revolución

No somos ni podemos ser otra cosa que revolucionarios. Lo que las JONS pretenden es exactamente una revolución nacional. Y de tal modo es oportuna y precisa nuestra tarea, que quizá hasta hoy hubiera resultado imposible lanzar a las gentes de España una tal consigna. No existía firmeza alguna en nada desde donde iniciar con éxito las voces de guerra ni conocía nadie la existencia concreta de un enemigo cercano a quien batir. Todo ha variado felizmente, y nosotros no interpretamos la dictadura militar de Primo de Rivera y la victoria premarxista a que hoy asistimos sino como episodios de análogo estilo, que preparan sistemática y rotundamente las circunstancias españolas para que sea posible organizar el triunfo de una revolución nacional.

La sangre joven de España comienza a irritarse al comprender el drama histórico que pesa sobre nuestra cultura, sobre nuestro bienestar y sobre nuestras posibilidades de imperio. Confesamos que las JONS son ya un producto de esa irritación, ligado su destino, naturalmente, a las limitaciones que hoy advertimos en la realidad española. La agitación intelectual del Partido girará en torno al tremendo hecho histórico de que, siendo España ejecutora de acciones tan decisivas que han modificado el curso del mundo, creadora de valores culturales y humanos de primer rango, haya triunfado y predominado, sin embargo, en Europa, durante siglos, la creencia de que España es una Nación imperfecta, amputada de valores nobles y a la que hay que salvar dotándola de cultura nórdica y de buenos modos europeos. Pero hay algo más monstruoso, y es que esa creencia, propagada y lanzada por los pueblos tradicionalmente enemigos de España, ha sido compartida por muchos españoles, dedicados de un modo caluroso y frenético a enseñar a las juventudes esa desviación traidora, que constituía, al parecer, el único bagaje firme de sus ideas sobre España. Sería absurdo que nosotros pretendiéramos ahora descubrir concretamente quiénes son los culpables de que España se haya sentido negada en su base espiritual misma de una manera tan tosca. Pero es bien fácil denunciar el estilo y las formas que adoptó en su postrer etapa la actitud debeladora. Nuestra tesis es que en abril del 31 la monarquía no controlaba la defensa de los valores sustantivos de España. Vivía, sí, incrustada en las apariencias de esos valores. Así, la pelea contra la monarquía se hizo y alimentó de la negación de ellos, identificando luego el triunfo antimonárquico con el triunfo de todo un hilo de tradición rencorosa, en la que figuraban a través de la Historia de España todas esas minorías disconformes, disidentes de su unidad moral y de su ruta; o sea, las filas de todos los desasistidos, rechazados o simplemente ignorados por la trayectoria triunfal, histórica, del Estado español. De ese modo las descargas contra la monarquía lo eran también contra los valores españoles, y eso que, como antes dijimos, la monarquía de abril era un régimen indiferente por completo a ellos, sin sentirlos ni interesarse nada por su plena vigencia.

Todas las pugnas y revoluciones efectuadas durante el siglo XIX, así como luego la dictadura militar y esta República semimarxista de ahora, no rozaron ni rozan para nada el auténtico ser de España, ignorado y desconocido por los contendientes de una y otra trinchera.

Nosotros creemos, y ésta es la razón de existencia que las JONS tienen, que se acercan épocas oportunas para injertar de nuevo en el existir de España una meta histórica totalitaria y unánime. Es decir, que lance a todos los españoles tras de un afán único, obteniendo de ellos las energías y reservas que según la Historia de España -que es en muchos de sus capítulos la Historia del mundo- resulte lícito, posible e imperioso esperar de nuestro pueblo. Aquí reaparece nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es ni más ni menos devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, en su capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del globo, a sabiendas de que en cualquier lugar donde se halle españoles de otras épocas dejaron y sembraron cultura, civilización y temple.

La revolución nacional que propugnan las JONS no va a efectuarse, pues, con la plataforma de ninguna de las tendencias que hasta aquí han peleado. Nos declaramos al margen de ellas, si bien, naturalmente, esperamos que de las más afines se nos incorporen energías valiosas. La doctrina y el gesto es en nosotros inalterable y mantendremos con todo rigor el espíritu del Partido frente a los

concursos apresurados que nos lleguen. Sabemos que la captación de militantes ha de ser lenta y difícil porque incorporamos a la política española afirmaciones y negaciones de novedad rotunda. Metro a metro avanzarán nuestras conquistas, logrando soldados populares para la acción revolucionaria del Partido.

Las JONS actuarán a la vez en un sentido político, social y económico. Y su labor tiene que resumirse en una doctrina, una organización y una acción encaminadas a la conquista del Estado. Con una trayectoria de abajo a arriba, que se inicie recogiendo todos los clamores justos del pueblo, encauzándolos con eficacia y absorbiendo funciones orgánicas peculiares del Estado enemigo, hasta lograr su propia asfixia. Para todo ello están capacitados los nuevos equipos españoles que van llegando día a día con su juventud auestas. Son hoy, y lo serán aún más mañana, la justificación de nuestro Partido, la garantía de su realidad y, sobre todo, los sostenedores violentos de su derecho a detener revolucionariamente el vivir pacífico, melindroso y burgués de la España vieja.

Nuestra revolución requiere tres circunstancias, necesita esgrimir tres consignas con audacia y profundidad.

Estas:

1) SENTIDO NACIONAL, SENTIDO DEL ESTADO.- Incorporamos a la política de España un propósito firme de vincular a la existencia del Estado los valores de Unidad e Imperio de la Patria. No puede olvidar español alguno que aquí, en la península, nació la concepción moderna del Estado. Fuimos, con Isabel y Fernando, la primera Nación del mundo que ligó e identificó el Estado con el ser mismo nacional, uniendo sus destinos de un modo indisoluble y permanente. Todo estaba ya allí en el Estado, en el Estado nacional, y los primeros, los intereses feudales de los nobles, potencias rebeldes que equivalen a las resistencias liberal-burguesas con que hoy tropieza nuestra política.

Hay en nosotros una voluntad irreprimible, la de ser españoles, y las garantías de unidad, de permanencia y defensa misma de la Patria las encontramos precisamente en la realidad categórica del Estado. La Patria es unidad, «seguridad de que no hay enemigos, disconformes, en sus recintos». Y si el Estado no es intérprete de esa unidad ni la garantiza ni la logra, según ocurre en períodos transitorios y vidriosos de los pueblos, es entonces un Estado antinacional, impotente y frívolo.

Disponemos, pues, de un asidero absoluto. Quien se sitúe fuera de la órbita nacional, de su servicio, indiferente a la unidad de sus fines, es un enemigo, un insurrecto y, si no se expatría, un traidor. He aquí el único pilar firme, la única realidad de veras profunda que está hoy vigente en el mundo. Se había perdido la noción de unidad coactiva que es una Patria, un Estado nacional, y al recuperarla descubrimos que es sólo en su esfera donde radican poderes suficientemente vigorosos y legítimos para destruir sin vacilación todo conato de disidencia.

Rechazamos ese absurdo tópico de que el pueblo español es ingobernable y anárquico. Estamos, por el contrario, seguros de que abrazará con fervor la primera bandera unánime, disciplinada y profunda que se le ofrezca con lealtad y brío.

2) SENTIDO DE LA EFICACIA, DE LA ACCIÓN.- Antes que a ningún otro, las JONS responderán a un imperativo de acción, de milicia. Sabemos que nos esperan jornadas duras porque no nos engañamos acerca de la potencia y temibilidad de los enemigos que rugen ante nosotros. Sépanlo todos los «jonsistas» desde el primer día: nuestro Partido nace más con miras a la acción que a la palabra. Los pasos primeros, las victorias que den solidez y temple al Partido, tienen que ser de orden ejecutivo, actos de presencia.

Naturalmente, las JONS sienten la necesidad de que en el plazo más breve la mayoría de los españoles conozca su carácter, su perfil ideológico y su existencia política. Bien. Pero un hecho ilustra cien veces más rápida y eficazmente que un programa escrito. Y nosotros renunciaríamos a todo intento de captación doctrinal y teórica si no tuviéramos a la vez fe absoluta en la capacidad del pueblo español para hinchar de coraje sus empresas. Pues la lucha contra el marxismo, para que alcance y logre eficacia, no puede plantearse ni tener realidad en el plano de los principios teóricos, sino allí donde está ahora acampado, y es presumible que no bastarán ni servirán de mucho las razones.

Estamos seguros de que no se asfixiará nunca en España una empresa nacional de riesgo por falta de españoles heroicos que la ejecuten. Pero hace muchos años que el Estado oficial se encarga de desnucar toda tendencia valerosa de los españoles, borrando de ellos las ilusiones nacionales y educándolos en una moral cobarde, de pacifismo y renuncia, aunque luego los haga soldados

obligatorios y los envíe a Marruecos influidos por la sospecha de que batirse y morir por la Patria es una tontería.

Necesitamos camaradas impávidos, serenos ante las peripecias más crudas. Nacemos para una política de sacrificio y riesgo. Pues aunque el enemigo marxista se nutre de residuos extrahispánicos, de razas que hasta aquí vivieron parasitaria y ocultamente en nuestro país con características cobardes, el engaño y la falacia de sus propagandas le han conseguido quizá la adhesión de núcleos populares densos. Y el marxismo no tolerará sin violencia que se difunda y propague entre las masas nuestra verdad nacional y sindicalista, seguros de la rapidez de su propia derrota.

El éxito de las JONS radicará en que el Partido desarrolle de un modo permanente tenacidad, decisión y audacia.

3) SENTIDO SOCIAL, SINDICALISTA.- Nuestro propio pudor de hombres actuales nos impediría hacer el menor gesto político sin haber sentido e interpretado previamente la angustia social de las masas españolas. Las JONS llevarán, sí, calor nacional a los hogares, pero también eficacia sindicalista, seguridad económica. Fuera del Estado, a extramuros del servicio nacional, no admitimos jerarquía de clases ni privilegios. La Nación española no puede ser más tiempo una sociedad a la deriva, compuesta de una parte por egoísmos sin freno, y, de otra, por apetencias imposibles y rencorosas. Las masas populares tienen derecho a reivindicaciones de linaje muy vario, pero nosotros destacamos y señalamos dos de ellas de un modo primordial: Primera, garantía de que el capital industrial y financiero no tendrá nunca en sus manos los propios destinos nacionales, lo que supone el establecimiento de un riguroso control en sus operaciones, cosa tan sólo posible en un régimen nacional de sindicatos. Segunda, derecho permanente al trabajo y al pan, es decir, abolición radical del paro forzoso.

Es una necesidad en la España de hoy liberar de las embestidas marxistas las economías privadas de los españoles. Pero sólo en nombre de un régimen justo que imponga sacrificios comunes y consiga para el pueblo trabajador la estabilidad y satisfacción de su propia vida podría ello efectuarse. Nosotros nos sentimos con fuerza moral para indicar a unos y a otros las limitaciones decisivas. Se trata de un problema de dignidad nacional y de disciplina. Si el mundo es materia, y para el hombre no hay otra realidad y poderío que el que emana de la posesión de la riqueza, según proclama y predica el marxismo, los actuales poseedores hacen bien en resistirse a ser expoliados. Pero el marxismo es un error monstruoso, y nadie puede justificarse en sus normas.

Nosotros, el nacional-sindicalismo, salvará a las masas españolas, no lanzándolas rencorosamente contra la propiedad y la riqueza de los otros, sino incorporándolas a un orden hispánico donde residan y radiquen una vida noble, unos servicios eminentes y la gran emoción nacional de sentirse vinculados a una Patria, a una cultura superior, que los españoles hemos de alimentar y nutrir con talento, esfuerzo y dignidad.

Sabemos que hoy en España la necesidad más alta es recoger y exaltar todos los heroísmos angustiados de las masas, que van entregándose, una tras otra, a experiencias demoledoras e infecundas. Habrá, pues, que hincharse de coraje, de razón y de voluntad, y luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, a salvarse, quieran o no, tras de la PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA, según reza la consigna central y fundamental de las JONS.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

Partidos de España. Comunión tradicionalista

Comunión tradicionalista

Está ya un poco dentro de la tradición española el partido tradicionalista mismo. Las JONS han declarado siempre que recogen de él su temperatura combativa, su fidelidad a los nortes más gloriosos de nuestra Historia y su sentido insurreccional, como un deber del español en las horas

difíciles y negras. Será en todo caso lamentable que sólo un partido así, con las limitaciones a que le obligaba su carácter de estar adscrito a una persona o rama dinástica, haya sido a lo largo de todo un siglo de vida española el único para quien las voces nacionales, el clamor histórico de España y nuestro gran pleito con las culturas, pueblos y naciones extranjeras y enemigas, constituía la realidad más honda.

No tiene la culpa, claro es, el partido tradicionalista de que haya sido sólo él quien se mostraba sensible ante los valores españoles en peligro, tocando a rebato tenaz y heroicamente, en presencia de los atropellos y desviaciones traidoras que se consumaban. El ha sido testigo de cómo surgía, se extendía y triunfaba en el país un sistema intelectual para quien España era un pobre pueblo, sin grandeza ni cultura genuina, al que había que llevar a la escuela de Europa para que aprendiese el abecedario. El destacaba por ahí unos cuantos hombres de mérito que tenían poco menos que esconderse para decir de un modo recatado y silencioso, en las cátedras, o de un modo lírico y de fugacísima eficacia, en los mítines de plaza de toros, que, por el contrario, España era un pueblo genial, creador de valores universales y ejecutor de hechos históricos resonantes y decisivos para el mundo. El veía, por último, la ineficacia radical en torno, admirado y señalado como un residuo pintoresco de la cazurra fidelidad a cosas y mitos absurdos e irreales.

Pero han llegado para España días pavorosos, en que su mismo ser nacional está a la intemperie, batido por intereses, ideales y fuerzas que todos sabemos al servicio de un plan de aniquilamiento y destrucción de España.

Es en ese momento crítico cuando muchos nos hemos dado cuenta de que hay que formar en torno a la idea nacional española, sacrificándolo todo a su vigor y predominio victorioso. Esa es la palabra decisiva de nuestros cuadros y la consigna fundamental que corresponde defender y cumplir a los haces «jonsistas».

Pero tarea semejante requiere hacerse cargo de un modo total de los problemas y dificultades todas que hoy asaltan el vivir político, social y económico de España. Aquí radica la que pudiéramos llamar «insuficiencia» del partido tradicionalista. No come el pueblo ni se mantiene próspera la economía nacional porque todos clavemos los ojos y fijemos la atención admirativa ante los hechos y gestos de Carlos V, el gran emperador hispánico. No se hace frente a las exigencias y apetencias vitales del pueblo español mostrándole lo que exigieron y apetecieron nuestros antepasados. No se resuelven las crisis ni se atajan las catástrofes económicas, ni se aplacan las pugnas sociales porque restauremos la vigencia de los sistemas, estructuras y formas de vida social y económica de tal o cual siglo, cuando no había economía industrializada, ni maquinas, ni corrientes ideológicas como las que hoy mueven y encrespan frenéticamente a la humanidad.

No admitimos, pues, que sea el partido tradicionalista ni ninguna otra organización similar la que logre que las masas españolas se incorporen a un orden nacional, creador y fecundo. El culto a la tradición es, en efecto, tarea vital, imprescindible; pero el ímpetu de los pueblos que marchan y triunfan requiere cada minuto una acción sobre realidades inmediatas, una victoria sobre dificultades y enemigos que se renuevan y aparecen diferentes cada día. El partido tradicionalista sólo tiene armas y puntería para un enemigo que, por cierto, ya es una sombra: la democracia liberal. Y está inerte ante otros que hoy son poderosos, fuertes y temibles, por ejemplo: el marxismo.

Las JONS sienten como el que más una admiración honda al pasado español; pero declaramos nuestra voluntad de acción y de dominio en el plano de la España de hoy sin que nos trabe ni emblandezca la rebusca de soluciones tradicionales. Hay una Nación y un pueblo a quien salvar, y nosotros lo haremos a base de tres consignas permanentes -Patria, Justicia y Sindicatos- que ofrecen a nuestra ambición de españoles, a nuestra juvenilísima voluntad de lucha, amplio campo de combate y de acción.

En la marcha siempre tendremos un saludo que ofrecer a los tradicionalistas, cuyas juventudes serán necesariamente nuestras, porque la gravedad de la hora española y su misma exigencia vital de sacrificarse eficazmente, las conducirá a nosotros, las traerá a nuestra causa «jonsista», esgrimiendo nuestras flechas revolucionarias contra los enemigos visibles e invisibles de la Patria.

Es, sin duda, hermoso recluirse con fervor en las horas grandes de la Historia de España. Pero hay el compromiso de marchar, de conducir y salvar a la España que hoy -precisamente hoy- alienta y existe. Dejemos la contemplación de minorías de estudiosos que se encargarán de ofrecernos con amor y pulcritud los frutos tradicionales.

¿Tiene capacidad de acción el partido tradicionalista? ¿No quebrantaron su fuerza insurreccional las guerras civiles y no vive ya un poco su heroísmo entre ensoñación de recuerdos y frases formularias de tópico?

Estamos seguros de que la gran mayoría de sus juventudes intuirá o comprenderá la urgencia de incorporarse a más amplias banderas, de cara a los tiempos que vivimos y reconquistar para España, para el pueblo español, dignidad, justicia y pan.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

La crisis y su drama

No tenemos necesidad de hacer muchos gestos ante las derivaciones de la última crisis. Cuanto ha sucedido está perfectamente de acuerdo con lo que es y supone para España la revolución de abril. No hay ni ha habido, pues, sorpresas. En dos años realiza su aprendizaje hasta el más indotado, y si todavía existen anchas zonas políticas que se siguen alimentando de inconsciencias, las dejamos porque no puede ser nuestra tarea la de pinchar fantasmas.

La realidad está ahí, e indica rotundamente que Azaña permanece, cumpliendo su destino de sostener ante los españoles una cúspide visible. Indica también que el poder socialista robustece sus raíces, sigue esgrimiendo y explotando a su favor la necesidad de consumir y conservar las instituciones de la democracia parlamentaria. Todavía le son útiles a sus fines. Por doble motivo: desarma de un lado los propósitos de la burguesía lerrouxista, que está ahí inerme ante la audacia socialista, viéndose obligada a romper ella misma la normalidad constitucional, a adoptar, por ejemplo, la violencia que supuso la obstrucción; y, de otro, conviene al socialismo la actual situación democrática, porque le permite ir injertando con precisión su táctica marxista en las etapas lógicas de la revolución.

De nuevo, pues, la crisis ha evidenciado la incapacidad de la burguesía liberal para oponerse a la ascensión marxista. Es lo que siempre hemos dicho, y lo que, aparte nuestras afirmaciones sobre España, nos ha llevado a iniciar una acción antiliberal, de carácter violento, contra el marxismo. No puede pedirse, claro, a organizaciones de típico carácter liberal burgués, y menos a sus ancianos líderes, que abandonen sus creencias políticas para adoptar francamente nuestra actitud nacional-sindicalista contra el marxismo, pero sí parece lícito obligarles a que confiesen y proclamen su fracaso, sin retener ni un minuto más la esperanza de las gentes en torno a sus tácticas ineficaces y marchitas.

El partido radical de Lerroux será siempre vencido por la estrategia socialista. Lo de ahora es un ejemplo más para que se den cuenta de ello los poco versados en lógica revolucionaria. Nosotros no lo necesitábamos, ciertamente, porque esa seguridad nutre el existir político mismo de nuestro Partido. Pero bien lo necesitan algunas organizaciones de «la derecha», cuya ruta nos interesa por su afinidad a nosotros en el afán antimarxista. Se prepara para desenvolver con pompa una actividad electoral, crean miles y miles de comités, y cantan victoria porque venden muchos ejemplares de sus periódicos y reúnen masas densas en los mítines.

Nos da coraje advertir un día y otro en «El Socialista» con qué fácil facilidad reducen a pavesas las canijas y pobres trincheras de las oposiciones. Vencerán, si, hasta que seamos nosotros sus contendientes únicos; pero entonces tendrá el drama su desenlace auténtico, y ellos ante sí la estrategia, las razones y el tipo de pelea que reclama su monstruosidad antinacional y bárbara.

No digamos más de la crisis. Para nosotros, una lección que, repetimos, nos teníamos bien aprendida.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

Las traiciones de Francia

¿Cuál ha sido la tradición guerrera de España? Horacio cantó la fiera Numancia, la bélica Numancia, cuando lo ibérico daba multiforme a Roma gloria y combate. Proclaman las Partidas de Alfonso X, que España "sobre todas es engennosa, atrevida et mucho esforçada en lid" Don Quijote, en el "Discurso de las armas y de las letras", concedió la supremacía al servicio marcial. Lo que rezuman los romances, los cantares de gesta, los cantares de ciego; los fueros y las crónicas es esencia de lucha y afán de pelea. Nuestros teólogos de hacia 1500 justificaban en las guerras justas las matanzas del enemigo, su esclavitud, el despojo de sus bienes y la destrucción de sus casas y sus ciudades. Llegando, como Juan Ginés de Sepúlveda, a afirmar: "Hoc reprehendere timidorum est, non religiosorum". El doctor Palacios Rubios escribe un "Tratado del esfuerzo bélico-heroico", y el P. Mairena considera la forzosidad y la necesidad de la guerra justa. Entonces iban a la par el pueblo y los intelectuales y todos sabían donde brillaba la justicia y donde resplandecía la llama del espíritu. Entonces se luchaba por la Cristiandad. Esto es, por la Confederación de los Estados Cristianos; es decir, por la Confederación de los pueblos cultos. Contra la Francia, aliada del Turco y del infiel y protectora del Comunero.

Contra esta misma Francia amiga ahora de la U.R.S.S., de las logias masónicas y de los separatistas catalanes; contra la Francia eterna de la Casa de Valois o de monsieur Herriot.

El lunes de Pascua de 1536 el Emperador Carlos V, delante del Pontífice, cardenales y embajadores, sostuvo en español la doctrina verídica y decidida de nuestra Historia: "Quiero la paz; pero mientras tanto nos romperemos la cabeza".

Nosotros, que sin renunciar a la paz también estamos dispuestos a rompernos la cabeza y el corazón por España, hemos creído necesario reproducir aquí el remoto y presente discurso de Carlos V.

(«JONS», nº 2, junio de 1933, pág. 72. Entradilla)

La nacionalización del Partido Fascista

Joaquín Volpe ha redactado la Historia oficial del Fascismo, desde el germen de los "Fasci di combattimento" hasta su expansión mundial como verdad política y panacea pragmática.

Consideramos de enorme interés para la formación de nuestros camaradas la lectura y meditación del siguiente ensayo de la Historia de Volpe.

(«JONS», nº 2, junio de 1933, pág. 87. Entradilla)

NUMERO 3. Agosto 1933.

Circular para el Partido.

A todos los Triunviratos locales, Triunviratos de Junta, Secretarios de Grupo y militantes todos de las JONS

Camaradas:

Nuestras Juntas van adquiriendo día a día prestigio, eficacia y éxito. Somos ya de un modo indiscutible los representantes del nuevo espíritu combativo y nacional que orienta hoy a las fuerzas jóvenes de España. En un momento así, lograda con honor esa representación política, nos dirigimos al Partido señalando a todos los camaradas la línea de acción «jonsista» que conviene y corresponde seguir en lo futuro.

Nuestras normas han de ser cumplidas con rigidez y precisión. Agentes especiales de este Triunvirato Ejecutivo vigilarán las organizaciones, controlando de un modo directo la plena vigencia de las mismas. Proclamamos, pues, ante el Partido:

1. Las JONS se disponen a destruir todos los confusionismos que les cercan hoy. Somos un Partido en absoluto independiente de todos los demás, surgido con posterioridad a la ruta revolucionaria de abril, que persigue unos objetivos políticos opuestos a las desviaciones antinacionales que hoy predominan, pero sin compromiso ni afán de restablecer aquella canija, temblorosa y cobarde realidad que ofrecía el régimen monárquico a los españoles.

2. Las JONS depurarán con rigor los cuadros dirigentes de las organizaciones locales. No importa ni son peligrosos en la base aquellos camaradas que no estén debidamente informados Ni influidos por el Partido. Pero hay que evitar que ocupen puesto alguno de mando, por modesto que sea, quienes no ofrezcan garantías seguras de estar en condiciones de comprender y seguir rígidamente la acción y la doctrina del Partido.

3. No constituimos un Partido confesional. Vemos en el catolicismo un manojo de valores espirituales que ayudarán eficazmente nuestro afán de reconstruir y vigorizar sobre auténticas bases españolas la existencia histórica de la Patria. Todo católico «nacional», es decir, que lo sea con temperatura distinta a los católicos de Suecia, Bélgica o Sumatra, comprenderá de un modo perfecto nuestra misión. No somos ciertamente confesionales, no aceptamos la disciplina política de la Iglesia, pero tampoco seremos nunca anticatólicos.

4. Nuestro rumbo social sindicalista nos da el carácter, que no rechazará nunca el Partido, de un movimiento de amplia base proletaria y trabajadora. Las JONS conocen la decrepitud del sistema económico liberal burgués que hoy rige, y por eso, con línea paralela a las propagandas marxistas, machacando sus posiciones y creando otras más eficaces, verdaderas y limpias, nos aseguraremos el concurso, el entusiasmo y la colaboración sindical de un amplio sector de trabajadores.

5. El Partido tiene que comprender rotundamente las dos eficacias que nos son imprescindibles: las JONS han de ser a la vez un Partido de masas y un Partido minoritario. Es decir, que influya directamente en grandes masas de españoles, orientándolos políticamente y que disponga al mismo tiempo de una organización elástica y responsable: las «Juntas», propiamente dichas, con sus equipos de doctrinarios, teóricos y propagandistas de un lado, y con sus secciones militarizadas de protección, ofensa y defensa, de otro.

6. Las JONS cuidarán y cultivarán, pues, ese objetivo doble en la incrementación y ampliación numérica del Partido. Interesa hoy más el segundo, y por él, naturalmente, han de dar comienzo a sus trabajos las secciones locales. La permanencia en el Partido, el título de militante «jonsista», obliga a capacitarse acerca de sus principios teóricos, de sus fines y de sus tácticas. La depuración de militantes debe hacerse con el máximo rigor, obligando a pasar a los núcleos de masa a todos aquellos elementos que no consigan sostener su puesto en el Partido con decisión, coraje y entusiasmo. Las JONS comprenden, pues, dos sectores bien distintos: el que hemos denominado «núcleos de masa»; es decir, simpatizantes y «jonsistas» a los que no sea posible formar en las

organizaciones activas del Partido, y el otro, los militantes de las «Juntas», con un amplísimo bagaje de deberes, capacidad de sacrificio y permanente movilización en torno a las tareas «jonsistas».

7. Todas las “JONS” locales deben tener un conocimiento exacto acerca de la importancia de las organizaciones marxistas de su ciudad, vigilando, sobre todo, sus preparativos de violencia y el espíritu con que esperan o provocan la acción revolucionaria.

8. Todos los camaradas del Partido deben fortalecer cada día más su disciplina. Es el arma de mejor filo con que puede equiparse nuestro movimiento. Sin ella seremos destruidos en las primeras jornadas. Ni un segundo de perplejidad, pues, debe consentirse en el seno de los Triunviratos para sancionar hechos contra la férrea disciplina del Partido. En el capítulo de expulsiones las efectuadas por este concepto tienen que ocupar siempre, por su cifra, el primer lugar.

9. Los Triunviratos locales tienen que acelerar, conseguir con premura, que sus núcleos alcancen la máxima eficiencia «jonsista». Asimismo, perfeccionar y ampliar sus informes mensuales a este Ejecutivo.

10. Se prohíben en absoluto las relaciones políticas con otros partidos, sin conocimiento ni autorización concreta de este Ejecutivo Central. Corresponde a las JONS, en todas partes, desarrollar la mayor eficacia en su acción contra el marxismo, absorbiendo los núcleos de lucha que se formen espontáneamente a extramuros de nuestro Partido. Hay que dar a éstos tácticas seguras, orientación política y sentido nacional, evitando que la acción antimarxista adopte un carácter antiproletario de lucha de clases. Para ello nada mejor que ser nosotros los más diestros, seguros y eficaces.

En fin, camaradas, una vez más os invitamos a apretar el cerco en torno a nuestras consignas justas, respondiendo con tenacidad a los clamores más hondos de España.

Contra la lucha de clases.

Contra los separatismos traidores.

Contra el hambre y la explotación del pueblo trabajador.

Por la ruta triunfal de España.

Por nuestra dignidad de españoles.

Por el orden nacional, fecundo y fuerte.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

EL TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL

Madrid, julio.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La voluntad de España

Conviene que se tengan siempre presentes los orígenes del Partido. En horas de confusión, caos y peligro, España se nos iba de las manos a los españoles, y ello sin pelea, sin derrotas, estúpida y absurdamente. Nadie se ha conmovido ante ese drama; sigue en pie, y hasta aquí la única presencia disconforme e irritada es la que supone la aparición jonsista. Está ya fatal y gloriosamente ligado el Partido al perfil de España. Somos y seremos el barómetro de su prosperidad, de su honor y de su fuerza. Si las JONS triunfan y se extienden, es porque los españoles alcanzan brío nacional, capacidad de salvación económica y política. Si, por el contrario, quedamos reducidos a pequeños grupos disidentes, sin amplitud ni influencia, España será lo que sea; pero nunca una Patria, con algo que hacer en el mundo y una ilusión con que forjar y ennoblecer el corazón de los españoles.

Con esa simplicidad, con esa fe rotunda, hablamos los jonsistas. ¿Quiere algo España de un modo pleno y unánime? Pues nosotros entraremos al servicio de eso, colaboraremos al logro triunfal de ese afán de España. ¿No quiere nada España? Si quienes interpretan la conciencia y la voz de una Nación son sus equipos dirigentes, hay a la vista algo aún más depresivo: ¿Tiene hoy España el solo y único afán de desaparecer, disgregarse, morir?

Pero los pueblos no se suicidan nunca. Pueden, si, un buen día morir de vejez, una muerte natural y recatada. Pueden, también, morir avasallados por un enemigo, perder su independencia, su expresión y su carácter. Lo primero es decadencia; lo segundo, esclavitud. Nada de esto acontece ni tiene lugar en España, aunque vivamos en riesgo permanente de ambas cosas. Nosotros sostenemos, como decía en el número anterior un camarada, que España no es ni ha sido un pueblo en decadencia, sino un pueblo dormido, extraño y ajeno a su deber histórico. Es lícita, pues, nuestra voluntad de hallazgos nacionales firmes, nuestra tarea de recuperar, conseguir e imponer la victoria española.

La ausencia de las cosas es la mejor justificación para su conquista. Los españoles aparecen en el escenario nacional desde hace muchos años sin vinculación ni disciplina a nada. Se está viviendo en plena frivolidad, sin advertir la anomalía terrible que supone el que las gentes desconozcan u olviden ese pequeño número de coincidencias, de unanimidades, que nutren el existir de España. Ser español no obliga hoy, oficialmente, a fidelidad alguna de carácter noble. Ni los niños, ni los jóvenes, ni más tarde los hombres maduros de España se sienten ligados a propósitos y tareas que respondan a una exigencia nacional ineludible.

Es ese momento, cuando se pierde en anchas zonas sociales el sentido de la Patria y de sus exigencias, el más propicio a los sistemas extraños para imponerse. Pues, si en la trayectoria histórica de un pueblo se debilita su autenticidad, puede, en efecto, seguir a la deriva, perplejo, sin sustituir ni negar su propio ser, sino simplemente ignorándolo; pero puede también negarse a sí mismo, ofrecerse a otros destinos, instalar y acoger con inconsciente alborozo al enemigo.

España, por ejemplo, podría llevar ochenta o más años con su autenticidad debilitada; pero sólo ahora, ante la presencia de los equipos marxistas, está realmente en peligro de perder hasta su propio nombre. Pues el marxismo no limita su acción a desviar poco o mucho la vida nacional, sino que supone la desarticulación nacional misma, no la revolución española, sino la revolución contra España. Sólo los separatismos regionales igualan o pueden igualar a los propósitos marxistas en eficacia destructora. Se auxiliarán incluso, mutuamente, porque nada más fácil para un marxista que conceder y atender las voces de disgregación. La Patria es un prejuicio burgués, exclama, y la hará pedazos tan tranquilo.

Nuestra aspiración jonsista es anunciar a los españoles que no es ya posible mantenerse ni un minuto en la «calma chicha» histórica en que España ha permanecido. Porque, si no la empujan vientos nacionales, pechos generosos y fieles, llegarán a toda prisa las tempestades enemigas.

Las JONS quieren poner en circulación una voluntad española. Es decir, identificar su propia voluntad con la voluntad de España. Con el mero hecho de querer y soñar para España una grandeza, se está ya en nuestras líneas, ayudando los propósitos nuestros. No importa que las querencias y los sueños se hagan o afirmen sin los contenidos que hasta aquí eran la sustancia tradicional de lo español. Pues la tradición verdadera no tiene necesidad de ser buscada. Está siempre vigente, presidiendo los forcejeos de cada día. Y no se olvide hasta qué punto ciertos valores palidecen, y cómo no es posible que un gran pueblo dependa por los siglos de los siglos de una sola ruta. No está España, no, agotada, ni en definitivo naufragio. Necesita voluntad, voluntad creadora, gentes que continúen y renueven su tradición imperial y magnífica.

Cuando se nace en una coyuntura floreciente de la Patria, los deberes son claros y a menudo tan rotundos, que nadie puede desconocerlos sin riesgo. Pero si la etapa es catastrófica, si la Patria es entonces un concepto al que todos los grupos e intereses adjetivan y desvirtúan, confundiéndola con su propio egoísmo, hay que ganarla y conquistarla como a una fortaleza. No hay Patria sin algo que hacer en ella y por ella. Ese quehacer es la dádiva, la contribución, el sacrificio de cada uno, para que la Patria exista y brille. Nadie más antinacional ni derrotista que aquel que habla siempre de la Patria sin concederle el sacrificio más mínimo. Hacen falta sacrificios, renunciaciones, y quien no se sacrifica intensamente, dice Mussolini, no es nacionalista ni patriota. Esta verdad explica la contradicción del supuesto patriotismo jacobino. Porque no es posible proclamar a la vez la realidad de la Patria y el derecho individual a zafarse de todo, hasta de su propio servicio.

La Patria es coacción, disciplina. Por eso en nuestra época, necesitada de instituciones políticas indiscutibles, de poderes sociales absolutos, ha sido el sentimiento nacional, la movilización nacionalista, lo que ha proporcionado al Estado la eficacia y el vigor que requería. Pues al asumir el Estado rango nacional, identificándose con la Nación misma, hizo concreta y fecunda la fidelidad a la Patria, hasta entonces puramente emotiva y lírica. El triunfo y creación del Estado fascista equivale a utilizar de modo permanente la dimensión nacional que antes sólo se invocaba en las calamidades o en las guerras.

Pero hay más: a los destinos de la Patria están hoy ligados, como nunca, los destinos individuales. Pues no existe posibilidad de que país alguno atrape instituciones políticas firmes, si no dispone, como raíz motora de sus esfuerzos, del patriotismo más puro. No hay Estado eficaz sin revolución nacional previa que le otorgue la misión de iniciar o proseguir la marcha histórica de la Patria.

Por eso el jonsismo, que es una doctrina revolucionaria, pero también una seguridad constructiva en el plano social de las realizaciones, inserta el Estado nacional-sindicalista en la más palpitante dimensión patriótica, busca su plataforma el hallazgo más perfecto y radical de España.

Todos los camaradas del Partido han de tener conciencia de que las «Juntas» asumen la responsabilidad de sustituir, mejor dicho, interpretar con su voluntad la voluntad de España. Ello es obligado y lícito, en un momento en que ni el Estado ni nadie se cuida ni preocupa de ofrecer a los españoles una tabla de dogmas hispánicos a que someterse. Nace y se educa aquí el español sin que se le insinúen ni señalen los valores supremos a que se encuentra vinculada la propia vida de su Patria.

El hombre sin Patria es justamente un lisiado. Le falta la categoría esencial, sin la que no puede escalar siquiera los valores humanos superiores. Pero ese hecho que es, sin duda, fatal y triste, tratándose de un individuo de Sumatra, el Congo o Abisinia, alcanza relieve de hecho criminoso en aquel que nace, crece y muere en el seno de un gran pueblo histórico. En España, a causa de los aluviones y residuos raciales sobrevenidos, y de un cansancio indudable para las realizaciones colectivas, se ha extendido la creencia de que es primordial y de más interés sentirse hombre que español. A todos esos seres descastados y resecos, sin pulso ni decoro nacional, hay que enseñarles que su alejamiento de lo español les veda y prohíbe alcanzar la categoría humana de que blasonan. Nada hay más absurdo, negativo y chirle que ese internacionalismo humanitarista, con derechos del hombre, ciudadanía mundial y diálogos en esperanto.

Hay que barrer de España todas esas degeneraciones podridas. Ello ha de ser obra de juventudes tenaces y entusiastas, cuyo norte sea la Patria libre y grande. Es una de las tareas jonsistas, la más fundamental y urgente de todas. Porque sin ella nada podrá hacerse ni intentarse en otros órdenes. Nadie piense en edificar un Estado nacional-sindicalista donde no haya ni exista una Patria. Nadie piense en establecer una prosperidad económica ni conseguir una armonía social, ni lograr un plantel de héroes en un pueblo sin rumbo ni grandeza. Pues es la Patria, el Estado nacional, nutrido por el sacrificio y el culto permanente de todos, quien garantiza nuestra libertad, nuestra justicia y nuestro pan.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La violencia política y las insurrecciones³

Desde hace diez años ha cambiado radicalmente la órbita moral en que se debaten las decisiones políticas últimas. A no ser en aquellos países idílicos que precisamente ahora han conseguido el hallazgo de las libertades, las transigencias y las tolerancias y viven así fuera de todo

³ Ramiro escribió este artículo bajo el pseudónimo de «Roberto Lanzas», que utiliza para analizar fenómenos políticos y sociales de índole mundial.

peligro de choques violentos, de peleas facciosas y de sangre en la calle -¿lo decimos de este modo, españoles?-, en los demás, en todos los demás, se entra en el período de las jornadas duras o se sale de ellas, quizá con la cabeza rota, pero con los problemas resueltos y la vida de la Patria conquistada y ganada a pulso en las refriegas.

Vivimos hoy bajo la franca aceptación y justificación de la violencia política. Así, pues, en nuestra época, en estos años mismos, la violencia ha adoptado formas en absoluto diferentes de las que regían, por ejemplo, en Europa hace cuarenta años. Eran entonces focos de terrorismo, partidas poco numerosas de actuación secreta y turbia que escandalizaban la circulación pacífica de las gentes con sus intervenciones y no contaban con la adhesión, ni menos con la colaboración activa, de los sectores sociales afines, como los nihilistas rusos, que durante diez años, de 1875 a 1885, consiguieron la intranquilidad permanente del imperio zarista; y de otro lado, los grupos de acción de los Sindicatos libres frente al anarco-sindicalismo revolucionario, muy pocas docenas, que durante los años 1920-1923 fueron en España la única violencia directa, extraoficial, que existió frente a la violencia de los grupos rojos.

La pugna fascismo-comunismo, que es hoy la única realidad mundial, ha desplazado ese tipo de violencia terrorista, de caza callejera a cargo de grupos reducidos heroicos, para presentar ese otro estilo que hoy predomina: el choque de masas, por lo menos de grupos numerosos que interpretan y consiguen la intervención activa, militante y pública de las gentes, extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida noble de riesgo, de sacrificio y de violencia.

El fenómeno es notorio y claro: a los grupos secretos, reducidos y anormales, los sustituyen ahora las milicias, que ostentan pública y orgullosamente ese carácter, que visten uniforme, adquieren capacidad militar propia de ejércitos regulares y, lo que es fundamental, son, viven y respiran en un partido, encuentran justificación en una doctrina política, se sienten ligadas a la emoción pura y gigantesca de los jefes.

De ese modo, lo primero de que tienen conciencia quienes forman en esas milicias, es que su esfuerzo es un esfuerzo moral, encaminado a triunfos y victorias de índole superior, sin cuyo logro su vida misma carece de plenitud y de centro. Es ahí donde radica el origen moral de la violencia, su carácter liberador, creador y lo que le presta ese ímpetu con que aparece en los recodos más fecundos de la Historia.

La violencia política se nutre de las reacciones más sinceras y puras de las masas. No caben en ella frivolidades ni artificios. Su carácter mismo extraindividual, trascendente, en pos de mitos y metas en absoluto ajenos en el fondo a las apetencias peculiares del combatiente, la eximen de sedimentos bárbaros de que, por otra parte, está siempre influida la violencia no política o ésta misma, cuando se recluye en la acción individual, enfermiza y salvaje.

Por los años mismos en que actuaban aquí contra la acción terrorista del anarco-sindicalismo los grupos igualmente terroristas de los libres, se creó, desarrolló y triunfó en Italia el movimiento fascista, primera aparición magna y formidable de la violencia con un sentido moral, nacional y creador. Aquí, entonces la cobardía del ambiente, la incapacidad para la acción directa de los núcleos jóvenes y la ausencia de una profunda adhesión a los valores superiores, a la Patria, impidieron que brotase a la luz del día un movimiento político violento que tomase sobre sí la tarea de combatir con las armas los gérmenes anárquicos, aplastando a la vez la arquitectura de aquel Estado tembloroso e inservible. En vez de eso, surgieron los grupos contrarrevolucionarios, profesionales, con idéntica táctica terrorista que la del enemigo, y que constituyen uno de los más tristes e infecundos episodios de la historia social reciente. Se inhabilitaron en unas jornadas sin gloria y sin brío hombres que con otra orientación hubieran estado a la altura de los mejores, y que así, hundidos en el drama diario de la lucha en las esquinas, están clasificados con injusticia. Si insistimos en la crítica de estos hechos es porque debido a que surgieron en la época misma que el fascismo italiano, que derivó con fecundidad a la lucha de masas y el triunfo político, se advierta la diferencia y el inmenso error que todo aquello supuso para España. ¿Podrá repetirse la absurda experiencia?

La violencia política nutre la atmósfera de las revoluciones, y desde luego, es la garantía del cumplimiento cabal de éstas. Así el fascismo, en su entraña más profunda y verdadera, se forjó a base de arrebatar a las fuerzas revolucionarias típicas el coraje y la bandera de la revolución. Las escuadras fascistas desarrollaban más violencia y más ímpetu revolucionario en su actividad que las formaciones marxistas de combate. Esa fue su victoria, el dominio moral sobre las masas enemigas,

que después de un choque se pasaban con frecuencia, en grupo numeroso, a los camisas negras, como gentes de más densidad, más razón y más valentía que ellos.

Hoy sólo tienen capacidad de violencia o, lo que es lo mismo, capacidad revolucionaria, afán de coacciones máximas sobre las ideas y los grupos enemigos, las tendencias fascistas -nacionales- o las bolcheviques -antinacionales y bárbaras-. A todas las demás les falta seguridad en sí mismas, ímpetu vital, pulso firme y temple.

Es evidente que la violencia política va ligada al concepto de acción directa. Unas organizaciones, unas gentes, sustituyen por sí la intervención del Estado y realizan la protección y defensa armada de valores superiores que la cobardía, debilidad o traición de aquél deja a la intemperie. Ello ha de acontecer siempre en períodos de crisis, en que se gastan, enmohecen y debilitan las instituciones, a la vez que aparecen en circulación fuerzas e ideas ante las cuales aquéllas se sienten desorientadas e inermes. Es el caso del Estado liberal, asistiendo a la pelea entre fascistas y comunistas en los países donde esta pugna alcance cierta dosis.

España ha penetrado ya en el área de la violencia política. Situación semejante podía ser o no grata, y, desde luego, no desprovista de minutos angustiosos; pero está ahí, independiente de nuestra voluntad, y por lo menos ofreciéndonos la coyuntura propicia para resolver de una vez el problema de España, el problema de la Patria. De aquí, de la situación presente, sólo hay salida a dos realidades, sólo son posibles dos rutas: la ciénaga o la cima, la anarquía o el imperio, según escribía en el anterior número un camarada «jonsista».

Bien está, pues, enarbolar ante la juventud nacional el grito de la ocasión que se acerca. Elevar su temperatura y llevarla al sacrificio por España. Pero no sin resolver las cuestiones previas, no sin dotarla de una doctrina segura y de una técnica insurreccional, moderna e implacable. Es nuestra tarea, la tarea de las JONS, que evitará las jornadas de fracaso, arrebatando a la gente vieja el derecho a señalar los objetivos políticos y a precisar la intensidad, el empuje y la estrategia de la insurrección.

No utiliza la violencia quien quiere, sino quien puede. Desde hace diez años asistimos a experiencias mundiales que ofrecen ya como un cuerpo de verdades probadas sobre algunos puntos muy directamente relacionados con el éxito o el fracaso de las insurrecciones, cualesquiera que ellas sean.

La insurrección o el golpe de Estado -les diferencia y distingue la táctica, pero se proponen la misma cosa y por muy similares medios- son el final de un proceso de violencias, de hostilidades, en que un partido político ha probado sus efectivos, su capacidad revolucionaria, disponiéndolos entonces hacia el objetivo máximo: la conquista del Estado, la lucha por el Poder. Día a día ese partido ha educado a sus grupos en una atmósfera de combate, valorando ante ellos sólo lo que estuviese en relación con los propósitos insurreccionales del partido.

Para ser breves indicaremos de un modo escueto algunas observaciones que deben tenerse en cuenta en todo plan de insurrección o golpe de Estado que hoy se organice en cualquier lugar del globo.

1. *La insurrección ha de ser dirigida y realizada por un partido.* En torno a sus cuadros dirigentes y a sus consignas han de congregarse los elementos afines que ayuden de una manera transitoria la insurrección. El partido que aspire a la conquista del Poder por vía insurreccional tiene que disponer de equipos armados en número suficiente para garantizar en todo minuto el control de las jornadas violentas en que intervengan fuerzas afines, que deben ser incorporadas, siempre que sea posible, a los propios mandos del partido. Y esto, no se olvide, incluso tratándose de fuerzas militares, en el caso de que se consiga la colaboración de parte del ejército regular.

2. *Es imprescindible una educación insurreccional, una formación política.* Carecen por lo común de toda eficacia las agrupaciones improvisadas que surgen a la sombra de ciertos poderes tradicionales, en horas de peligro, sin cuidarse de controlar y vigilar su capacidad real para la violencia. Aludimos a los grupos sin disciplina política, que se forman un poco coaccionados por sentimientos y compromisos ajenos a la tarea insurreccional, en la que toman parte sin conciencia exacta de lo que ello supone. Ahí está reciente el ejemplo de aquella famosa «Unión de los verdaderos rusos», por otro nombre las «Centenas negras», que formó en Rusia el arzobispo de Volhinia, Antonio, con todo aparato de liga numerosa, dispuesta para la lucha contra la ola bolchevique, pero de la que a la hora de la verdad no se conoció ni un solo paso firme. Sólo la acción

en una disciplina de partido con objetivos concretos y desenvoltura política alcanza y consigue formar grupos eficaces para la insurrección.

3. *Los equipos insurreccionales necesitan una movilización frecuente.* Es funesta la colaboración de gentes incapaces de participar en las pruebas o ensayos previos, en la auténtica educación insurreccional que se necesita. Todos esos individuos que suelen ofrecerse «para el día y el momento decisivo» carecen con frecuencia de valor insurreccional y deben desecharse. Asimismo, las organizaciones no probadas, hechas y constituidas por ficheros, sin que sus miembros tengan una demostración activa de su existencia en ellas, sirven también de muy poco. Está comprobado que es fiel a los compromisos que emanan de estar en un fichero un cinco por ciento, cuando más, del total de esas organizaciones. Además el rendimiento suele ser casi nulo. El peso y el éxito de la insurrección dependen de los equipos activos que proceden de las formaciones militarizadas del partido. Con su práctica, su disciplina y la cohesión de sus unidades, estos grupos o escuadras logran a veces, con buena dirección y gran audacia, formidables éxitos. Deben formarse de muy pocos elementos -diez hombres, veinte cuando más-, enlazados, naturalmente, entre sí; pero con los objetivos distintos que sea razonable encomendar a cada uno de ellos. Estas pequeñas unidades son además militarmente las más oportunas para la acción de calles, teatro corriente del tipo de luchas a que nos referimos, y son preferibles por mil razones técnicas, fáciles de comprender, a las grandes unidades, que se desorientan fácilmente en la ciudad, perdiendo eficacia, y por ello mismo en riesgo permanente de derrota.

4. *El golpe de mano y la sorpresa, elementos primeros de la insurrección.* No hay que olvidar que la insurrección o el golpe de Estado supone romper con la legalidad vigente, que suele disponer de un aparato armado poderoso. Es decir, ello equivale a la conquista del Estado, a su previa derrota. El propósito es por completo diferente a la hostilidad o violencia que pueda desplegarse contra otros partidos u organizaciones al margen del Estado. Todo Estado, aun en su fase de máxima descomposición, dispone de fuerzas armadas muy potentes que, desde luego, en caso de triunfo de la insurrección, conservan su puesto en el nuevo régimen. Estas fuerzas ante un golpe de Estado de carácter «nacional», es decir, no marxista, pueden muy fácilmente aceptar una intervención tímida, algo que equivalga a la neutralidad, y para ello los dirigentes de la insurrección han de cuidar como fundamental el logro de los primeros éxitos, aun cuando sean pequeños, que favorezcan aquella actitud expectante. En la lucha contra el Estado es vital paralizar su aparato coactivo, conseguir su neutralidad. Esto puede lograrse conquistando la insurrección éxitos inmediatos, y siendo de algún modo ella misma garantía y colaboradora del orden público. Sin la sorpresa, el Estado, a muy poca fortaleza de ánimo que conserven sus dirigentes, logra utilizar en la medida necesaria su aparato represivo, y la insurrección corre grave riesgo.

5. *Los objetivos de la insurrección deben ser populares, conocidos por la masa nacional.* Las circunstancias que favorecen y hacen incluso posible una insurrección obedecen siempre a causas políticas, que tienen su origen en el juicio desfavorable del pueblo sobre la actuación del régimen. La agitación política -que, insistimos, sólo un partido, las consignas de un partido, puede llevar a cabo- es un antecedente imprescindible. Las jornadas insurreccionales requieren una temperatura alta en el ánimo público, una atmósfera de gran excitación en torno a la suerte nacional, para que nadie se extrañe de que un partido se decida a dirimirla por la violencia. A los diez minutos de producirse y conocerse la insurrección, el pueblo debe tener una idea clara y concreta de su carácter.

6. *El partido insurreccional ha de ser totalitario.* Naturalmente, al referirnos y hablar en estas notas de «partido» dirigente y organizador de la insurrección, no aludimos siquiera a la posibilidad de que se trate de un partido democrático-parlamentario, fracción angosta de la vida nacional, sin capacidad de amplitud ni de representar él solo durante dos minutos el existir de la Patria. El partido insurreccional será, sí, un partido; es decir, una disciplina política, pero contra los partidos. Requiere y necesita un carácter totalitario para que su actitud de violencia aparezca lícita y moral. Es exactamente, repetimos, un partido contra los partidos, contra los grupos que deshacen, desconocen o niegan la unanimidad de los valores nacionales supremos. Ese aspecto del partido insurreccional de fundirse con el Estado y representar él solo la voluntad de la Patria, incluso creando esa voluntad misma, es lo que proporciona a sus escuadras éxitos insurreccionales, y a su régimen de gobierno, duración, permanencia y gloria.

Estas notas analizan la insurrección política como si fuera y constituyese una ciencia. Nos hemos referido a la insurrección en general, sin alusión ni referencia cercana a país alguno; son verdades y certidumbres que pueden y deben ya presentarse con objetividad, como verdades y

certidumbres científicas. Es decir, su desconocimiento supone sin más el fracaso de la insurrección, a no ser que se trate de situaciones efímeras, sin trascendencia histórica, y se realicen en países sin responsabilidad ni significación en la marcha del mundo.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La represión contra las J.O.N.S.

La eficacia y el brío con que se desarrollan y se organizan los grupos del partido, nos ha proporcionado el honor de ser el blanco predilecto en la última represión del Gobierno. A todos los detenidos, fuesen de la tendencia y el partido que fuesen, se les interrogaba de modo sibilino, acerca de las JONS, y se inquiría de ellos el más mínimo detalle sobre sus posibles relaciones con este partido. Nos consta que en el informe policiaco utilizado por los jueces, se presentaba a las JONS como la organización clave, y se señalaban a los camaradas dirigentes como los más terribles y activos "complotadores".

Las detenciones de jonsistas han sido en Madrid y provincias muy numerosas. En el penal de Ocaña permanecieron veinte días los camaradas Ledesma Ramos, del Triunvirato Ejecutivo Central del partido; Aparicio López, de la redacción de "JONS", y Compte Azcuaga.

Todo indica que el partido entra en una etapa a la que hay que hacer frente con tenacidad, entusiasmo y decisión. Que nadie flaquea ni se acobarde ante la prueba.

(«JONS», nº 3, agosto de 1933, pág. 113)

La crítica de los partidos

En medio del guirigay y la zarabanda de las Cortes, el diputado García Valdecasas es una voz casi afín a las JONS. Símbolo de un sentido novísimo y nacional, es el único representante en el Congreso de la auténtica juventud española. Procedente de la pseudorrevolución del 14 de abril, con sinceridad se ha desligado pronto de los falsos Mitos y de las metas inmorales. Y aquí está muy cerca de las JONS como una gran figura del porvenir. Reproducimos con toda simpatía la crítica de los partidos gobernantes, desarrollada durante su última intervención parlamentaria.

(«JONS», nº 3, agosto de 1933, pág. 114. Entradilla)

Notas

El fantástico complot y la conjura socialista

No hay desde luego un español que ignore el carácter policíaco, de represión gubernativa, que tuvo el famoso complot anarco-fascio-jonsista. El Gobierno ensayó la paralización de los dos sectores que le son más eficaz y diestramente adversos: los anarquistas, la Confederación Nacional del Trabajo, de un lado; los grupos nacionales, de tendencia fascista, las JONS, de otro. No se molestó el aparato gubernativo en atrapar para cada sector enemigo una motivación subversiva diferente, sino que los enroló en los mismos propósitos, atribuyéndoles bufa y absurdamente una colaboración estrecha contra el régimen. La cosa abortó, sin embargo; es decir, la incredulidad del país obligó al Gobierno a frenar su afán represivo, cesando las detenciones, reduciendo a setenta el número de los concentrados en el penal de Ocaña, y declarando luego el mismo ministro de la Gobernación que no había complot alguno. Pero se nombraron jueces especiales, que, si no complot, descubrieron una figura de delito novísima: las coaligaciones punibles, y que sirvió para dictar casi un centenar de procesamientos.

He ahí el perfil externo de la cosa: dos mil detenidos, setenta concentrados en el penal de Ocaña y casi cien procesamientos.

Ya es una monstruosidad y un síntoma de degeneración intolerable en la vida política que todo eso acontezca sin motivo alguno, para vigilar y tener cerca de la ventana policíaca a unas docenas de personas que, con lícito entusiasmo, desarrollan una acción política. Pero no es eso sólo. El fantástico complot se urdió con propósitos más turbios, de inmensa gravedad, y es preciso situar a plena luz su zona oculta.

Hace ya meses que los socialistas vienen planteando en el seno del partido el problema de la conquista del Poder, y en las últimas semanas, coincidiendo con algunas dificultades políticas que se presentaban al Gobierno, tramaron con urgencia la realización de los planes que antes tenían preparados y organizados para el mes de octubre, fecha tope de la actual situación Azaña.

El partido socialista, para implantar su dictadura, tenía previamente que reducir, o por lo menos conocer, la fuerza real que representan hoy en España los grupos «nacionales» que él supone le presentarían batalla violenta, en caso de implantación de la dictadura marxista del proletariado. El partido socialista, que carece de preparación revolucionaria, de capacidad suficiente para la acción revolucionaria, sabe que no puede insinuar siquiera un gesto de conquista integral del Poder, si no desarticula las falanges combativas de la CNT y las organizaciones de tendencia nacional-fascista. En este hecho hay que buscar la explicación y los motivos reales del fantástico complot. Una maniobra socialista que envolvió incluso a Casares Quiroga y al director de Seguridad, inconscientemente quizá, en este caso, al servicio de los intereses políticos del partido socialista. El ministro de la Gobernación parece que descubrió a tiempo el propósito y, a las veinticuatro horas de hablar Azaña a los periodistas del complot terrible, negó él terminantemente, su existencia.

Los socialistas, repetimos, gestionaron en los medios gubernativos la incubación del complot, claro es que exponiendo motivos diferentes a los que realmente les animaban. Y tuvieron la fortuna de que se aceptasen sus indicaciones. Nos consta que todas las incidencias a que han dado lugar estos hechos, detenciones, concentración en el penal de Ocaña, procesos, asistencia a los detenidos, etc., han sido observadas de cerca por agentes de los socialistas, que preparan, como es notorio, un golpe de Estado, y se muestran inquietos y nerviosos ante la posibilidad de que el sector anarco-sindicalista o los grupos de JONS y de los fascistas les presenten resistencia armada.

Esa es la realidad del complot. Los socialistas han querido que dos autoridades republicanas -el señor Casares, ministro, y el señor Andrés Casaús, director de Seguridad- les preparen el terreno, desarticulen, vigilen y persigan a las únicas gentes de España que no darán jamás permiso a los socialistas para sus experiencias y sus traiciones.

¿Dictadura del proletariado?

Largo Caballero es hoy, sin duda alguna, el orientador y estratega más calificado del partido socialista. En su última conferencia de Torreldones ha dicho con claridad que el marxismo español aparta su mirada de la democracia burguesa. Los jóvenes socialistas aplaudieron mucho, al parecer, ese viraje del partido. Ya están, en efecto, bien exprimidas y explotadas por el marxismo las posibilidades que ofrece para su arraigo una democracia parlamentaria. Y ahora, obtenido y conseguido ese arraigo, no está mal iniciar sobre bases políticas firmes la etapa marxista de la dictadura proletaria.

Pero Largo Caballero se dolía y extrañaba de que en una democracia burguesa no se pueda realizar el socialismo. Naturalmente. Parece obligado que si se desea y pretende por los socialistas la implantación de la dictadura de clase, de su dictadura, realicen previamente con éxito una leve cosa que se llame la revolución proletaria, desarticulen el actual régimen de democracia burguesa. Hasta ahora, éste no les ha opuesto la resistencia más leve, ni les ha presentado batalla en frente alguno. Al contrario, llevan los socialistas veintiocho meses seguidos en los Gobiernos del régimen.

Los propósitos expuestos por Largo Caballero con la aprobación y la asistencia del partido, obligan a los socialistas a preparar y organizar la revolución. No puede hablarse de dictadura proletaria sin haber resuelto el problema insurreccional de la conquista del Poder. ¿Provocarán los socialistas jornadas revolucionarias para un objetivo de esa naturaleza? De todas formas, su declaración está ahí, clara y firmemente proclamada por los jefes.

Hay que contar, pues, y obtener las consecuencias políticas obligadas, con esos pinitos bolcheviques de los socialistas, porque contribuirán a hacer más endeble y delgada la plataforma sobre que se apoya la legalidad actual.

No obstante siguen los grupos, gentes y periódicos antimarxistas defendiendo los postulados de la democracia burguesa, fieles a toda esa marchita fraseología del Estado parlamentario, sin advertir que los disparos contra el socialismo, hechos desde semejante trinchera, carecen en absoluto de razón y de eficacia. Así ocurre que media docena de partidos y otros tantos periódicos vienen desde hace dos meses combatiendo las posiciones socialistas, y la verdad es que no logran desplazarlos ni un milímetro.

No hay en la democracia burguesa acometividad contra nada, y menos contra la estrategia marxista. Estén bien seguros de ello los socialistas; mientras se les ataque solo en nombre de la ortodoxia liberal-burguesa, pueden seguir tranquilos organizándose y esperando el momento propicio para su victoria.

Una respuesta inadmisibile

Contra la dictadura marxista de clase sólo cabe la dictadura nacional, hecha, implantada y dirigida por un partido totalitario. Pero nunca la dictadura de unas supuestas «derechas conservadoras», como reclamó Maura en Vigo, a los pocos días del discurso leniniano de Largo Caballero. No pudo expresarse Maura con menos fortuna ni mostrar más al desnudo su incapacidad para comprender los fenómenos políticos de la época. ¿Qué es eso de dictadura de las «derechas conservadoras»? Sería un fenómeno típico de lucha de clases, tan antinacional, injusto e inadmisibile como los conatos marxistas en nombre de la clase proletaria.

Esa posición de Maura es sintomática. Está visto que la burguesía liberal desbarra fácilmente y no ve claros sus objetivos. Pues se levantan los pueblos contra el marxismo justa y precisamente porque significa la negación misma de la existencia nacional, la conspiración permanente contra la Patria. Es, pues, en nombre de todas las clases, interpretando los clamores de «toda» la Nación, como se organiza el frente antimarxista, la salvación nacional. Esa consigna de Maura debe rechazarse de plano. Favorece incluso las líneas marxistas, proporcionándoles razones dialécticas. Insistimos en la extrañeza que nos produce la lentitud y la poca inteligencia con que surgen voces y campañas antimarxistas de esas anchas zonas fieles hasta aquí, a las fórmulas de la democracia burguesa. Desearíamos advertir en ellos decisión para mostrar sus propias dudas interiores y para insinuar ante el país la necesidad real y urgente de sustituir las normas actuales del Estado por otras más firmes y vigorosas. Pero orientaciones como la de Maura que comentamos, nos parecen perturbadoras, desviadas y nocivas.

Jonsismo y fascismo

Ningún camarada de nuestro Partido se siente mal interpretado políticamente cuando le llaman o denominan fascista. Es ello admisible en el plano de las tendencias generales que hoy orientan los forcejeos políticos del mundo. Si, en efecto, no hay otras posibles rutas que las del fascismo o el bolchevismo, nosotros aceptamos y hasta requerimos que se nos incluya en el primero. Ahora bien, fascismo es, antes que nada, el nombre de un movimiento concreto triunfante en Italia en tal y cuál fecha, y en tales y cuáles circunstancias, concebido por unos hombres italianos con una tradición, un ambiente y una mecánica social peculiarísima de su país. El fascismo ha incorporado a nuestro tiempo valores universales indiscutibles, ha iniciado con éxito firme una labor que representa un

viraje magnífico en la marcha de las instituciones políticas. Es además un régimen y un estilo de vida que centuplica las posibilidades de los hombres y contribuye a dignificar y engrandecer el destino social e histórico de los pueblos. Muy difícil es, por tanto, evadirse de su influencia en las horas mismas en que andamos aquí en pugna diaria para reencontrar y robustecer el auténtico pulso nacional de España. Muchas de sus victorias no son aquí precisas con urgencia. Muchos de sus pasos hemos de recorrerlos también nosotros, sin rodeo posible.

Pero, a pesar de todo eso, las JONS, aquí, en su Revista teórica, donde hay que precisar y distinguir la entraña más honda del Partido, tienen necesidad de situarse claramente ante el fascismo y reclamar como primer impulso y base fundamental del Partido una raíz nacional, sincerísima y auténtica, que sólo en nuestros climas hispánicos es posible, urgente y necesaria.

El tema es de interés máximo, sobre todo si recordamos que hay hoy anchas zonas de españoles pendientes de las eficacias y de los caminos fascistas. Por eso, en nuestro próximo número publicaremos un amplio trabajo del camarada Ramiro Ledesma Ramos, el definidor y forjador más calificado de nuestro Partido, con el mismo título de esta nota: «Jonsismo y fascismo.»

Estamos seguros de que el Partido robustecerá su posición hispana, distinguiendo con pulcritud su propio carácter. Y conviene a todo el Partido disponer de ideas claras acerca de un extremo así. Esperemos el trabajo de nuestro camarada. Todas las coincidencias con el fascismo y todo lo que nos separa de él tendrán allí su justificación rigurosa.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

NUMERO 4. Septiembre 1933.

Declaraciones terminantes

Jonsismo. Fascismo. Las Derechas. La violencia. La juventud. Las masas

Los movimientos políticos, en caso de ser entrañables, fecundos y sinceros, no se caracterizan sólo por sus ideas, su programa escrito, en cuyas cosas coinciden quizá con otros, sino que poseen también zonas más genuinas y profundas. Habrá que percibir en ellos qué calor humano arrastran, qué voluntades y qué gentes sostienen y nutren su camino.

El jonsismo no consiste, pues, en estas o en aquellas ideas. Las ideas políticas tienen poco valor, casi ningún valor, si no cabalgan sobre creaciones fornidas, sobre entusiasmos voluntariosos, que sólo existen y son posibles allí donde brota la acción durísima y urgente. No habrá mejor definición para nuestro movimiento que la que se limite a indicar que exalta, recoge y encuadra a las juventudes nacionales. Esa es nuestra razón de ser, la ejecutoria de las Juntas. Queremos ligar al Partido a un solo y magno compromiso: que las generaciones jóvenes -veinte a cuarenta años- vean con espanto la posibilidad de que coincida un período de deshonor, ruina y vergüenza de la Patria con la época en que ellos son fuertes, vigorosos y temibles.

Ahí tan sólo radica y reside la justificación jonsista. Todo lo demás que las JONS sean surge de eso. Nadie puede, por tanto, vincular a las JONS con cosas y propósitos que no tengan ahí su raíz fundamental. Salvada nuestra fidelidad a las tradiciones de la Patria, somos en la acción presente nuestros propios clásicos. Día a día, advierten ya quienes sigan la labor jonsista, que la juventud de España nos entrega forjadores teóricos y destaca a la vez pulsos firmes para la acción y la violencia.

Yo prosigo con fe la organización de las JONS y mantengo con firmeza la ruta del Partido, sin oír las voces más o menos afines que solicitan la desaparición de las Juntas, porque advierto cada día las incorporaciones magníficas con que los medios jóvenes de España garantizan nuestra victoria. Y una vez que se reconozca nuestra tarea como una tarea de juventudes -siempre, claro, utilizamos este concepto sin atenernos con rigor a este o aquel número de años-, se nos otorgará derecho a repudiar toda clasificación política que afecte a batallas y jornadas anteriores a la presencia del Partido.

Las JONS encuentran en Europa un tipo de Estado, el Estado fascista, que posee una serie de formidables excelencias. Pero afinen nuestros militantes su atención sobre este hecho, porque es de gran interés para que se sitúen con claridad como jonsistas. Hay una escala de apreciaciones que nos servirá bien para el caso: primero está nuestro carácter de españoles, con la angustia de nuestro problema español y el arranque voluntarioso de salvarnos. En ese momento surgen las Juntas, aparece nuestro Partido como bandera nacional y llamamiento a la pelea. Las JONS orientan la táctica, sistematizan y aclaran la hora española, localizan al enemigo y construyen una teoría, una doctrina política que ofrecer a las gentes de España. Y es cuando tratamos de perfilar las características del nuevo Estado, cuando sentimos la necesidad de elaborar las líneas generales que servirán para edificar unas instituciones, es precisamente ese momento el que nos encara y coloca de modo admirativo en presencia del Estado fascista. Se nos puede denominar por ello, si se quiere, fascistas, pero quede bien claro que el fascismo de aquel o del otro país es ajeno a la raíz emocional, voluntariosa y honda a que obedecen y son fieles las Juntas.

Las JONS no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España y en todo momento encanalladamente derrotistas. Quien se califique a gusto entre las derechas o las izquierdas no indica sino su carácter burgués liberal y parlamentario. Ahí están las declaraciones de Gil Robles acerca del fascismo, hechas a su regreso de Alemania. Parece que algunos sectores de las derechas se extrañan o disgustan porque Gil Robles no muestra gran admiración por el fascismo. Pero nosotros las hemos encontrado naturales, lógicas y adecuadas a la representación política de Gil Robles, que es típica y fielmente un «hombre de derechas». Y que por eso, mientras lo sea, no puede mostrarse conforme con el fascismo. Convendría que algunos fijasen acerca de esto sus ideas, al objeto de que no se produjesen chascos formidables, y que se llevarían sobre todo quienes

andan hoy reclutando un supuesto fascismo español, no ya entre las derechas, sino en el sector y a base de la prensa más típicamente «derechista» de España.

La existencia de unas derechas supone la existencia lícita -aceptada y tolerada por aquéllas- de unas izquierdas. Los ideales políticos llamados de derechas se han elaborado teniendo en cuenta que hay otros ideales políticos llamados de izquierda. Unos y otros son parcialidades, clasificaciones que funcionan en regímenes parlamentarios. No puede haber en ninguno de esos dos sectores licitud para presentarse únicos y exclusivos, para dictar e imponer la desaparición del otro. Ambos, derechas e izquierdas, se necesitan entre sí. ¿Con qué derecho alzarse unas u otras y presentar los intereses y la ruta histórica de la Patria como adscrita a su sector y punto de vista?

Las tendencias fascistas excluyen esas denominaciones, que residen y radican en los hemisferios parlamentarios, precisamente la institución básica contra cuya infecundidad y degeneración disparan con más eficacia las baterías fascistas. Ahora bien, si hablamos de la necesidad de hallazgos unánimes, de cosas que pueden ser impuestas sin vacilaciones ni dudas a la totalidad nacional, no nos referimos, naturalmente, a ideas y propósitos que acepten de modo voluntario la gran mayoría «numérica» de los españoles. Puede ocurrir, y de hecho así acontece siempre, que una minoría heroica interprete por sí, apoyados en su coraje, los valores nacionales escarnecidos por otra minoría y abandonados por una mayoría neutra.

La razón nacional, el derecho al triunfo de los movimientos «nacionales» no puede en modo alguno estar vinculado a la movilización de las mayorías. Es aquí donde aparece el uso y la táctica de violencia que siguen, y tenemos que seguir los jonsistas, los fascismos. La violencia política tiene dos formas o etapas bien definidas y diferentes. Una, la violencia que requiere toda toma del Poder por vía insurreccional. Otra, la que se desarrolla en forma de coacción y de imposición por la tendencia nacional triunfante. La primera es típica de todos los grupos y sectores revolucionarios. No hay que ser fascistas, por ejemplo, para organizar golpes de Estado. Por eso no nos interesa ahora examinar la violencia insurreccional.

La segunda forma de violencia, la que desarrolla un Estado totalitario contra los núcleos disidentes, sí, es propia de una situación fascista. Esta sistematizada y justificada sólo en el Estado fascista, frente a la doctrina liberal de las democracias parlamentarias que, por lo menos de un «modo teórico» -recuérdese el período de Azaña-, respeta la existencia de organizaciones disidentes.

Contra la afirmación teórica y práctica de que no es lícito al Estado obligar a los individuos y a los grupos a servir en un orden nacional, está toda la decrepita doctrina de los partidos demoliberales, a la que se acogen hoy todos los farsantes y todos los incapaces de hinchar dentro de sí una fe nacional y un esfuerzo.

Las JONS saben que hay un manojo de magnas cosas que deben ser salvadas, defendidas e impuestas como sea. De ellas depende el existir de la Patria, nuestro ser de españoles -que es para nosotros la categoría fundamental- y la salvación misma física, económica de todos. Pues bien, no nos avendremos nunca, por ejemplo, a que sea voluntario el aceptar o no la idea de España como algo que preside y está por encima de todos los intereses individuales y de grupo. Eso hay que imponerlo, entre otras razones, porque es incluso la garantía de una vida civilizada y libre, e imponerlo con toda la violencia y toda la coacción precisas. Existen cosas innegables, indiscutibles, que a los individuos y a los grupos no cabe sino aceptar, con entusiasmo o no. Pues aunque algunos poderes -como el de la Iglesia- no se sientan hoy con fuerza moral ni desde luego con deseos de aplastar a los herejes -lo que nos parece bien porque somos, como la Iglesia, partidarios de la libertad religiosa de conciencia- hay otros que en nombre del interés nacional, la vida grandiosa del Estado y el vigor de la Patria, se muestran con suficientes raíces absolutas para aplastar a quienes se sitúen fuera o contra ellos.

Vamos, pues, a conseguir para las JONS el derecho a conducir y orientar las masas nacionales. Esas masas de compatriotas angustiados, sin fervor ni claridad en sus vidas, y a los que es preciso dotar de una Patria, obligándoles a considerar como imprescindible un puesto en la tarea de forjarla con su propia sangre. Necesitamos los españoles mejores, es decir, los de más fe y más capacidad de entusiasmo, sacrificio y disciplina. Los más voluntariosos, enérgicos y fuertes. Ellos serán en todo caso las masas, multiplicándose en su acción y en su presencia. Pues habrá que llevar la lucha al plano heroico y verdadero, donde realmente valgan los hombres por su dimensión más eficaz y honda. No son las masas las mayorías. Estas pueden muy bien recluírse, esconderse, mientras

aquellas llenan la calle con su verdad y con su imperio. Haremos que coincidan con la verdad y el imperio de España.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

Circular para el Partido

A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

La situación política de la Patria ha adquirido en las semanas últimas un perfil claro, al que urge ajustar la acción de las Juntas.

Para ello circulamos las siguientes observaciones que deben tener en cuenta todos los grupos locales de un modo riguroso:

1) Hay que vigorizar el impulso de las Juntas que funcionen a base de camaradas universitarios. El Partido espera lícitamente que sean estas Juntas las que inicien con rabia y coraje juveniles la agitación en el próximo mes de octubre. Los Triunviratos locales respectivos han de poner a disposición de esos núcleos los medios de que dispongan, apoyando en todos los casos la actividad de los camaradas estudiantes. Corresponde a las JONS conseguir que desaparezcan de las Universidades de España los gritos traidores de los marxistas.

2) El Partido necesita con urgencia hacer la máxima propaganda entre nuestros compatriotas de los campos. Sólo las JONS pueden ofrecer a los agricultores nacionales una bandera eficaz y una garantía de victoria. Los Triunviratos que tengan en torno una comarca propicia, deben ofrecer a la consideración de este Ejecutivo Central medios y orientaciones para una difusión rápida de las Juntas e intensificar ellos mismos la propaganda.

3) Muy en breve comenzarán las JONS una activísima campaña a base de actos públicos. Es de gran interés que los Triunviratos locales que crean ya disponer de suficiente atmósfera «jonsista» en su ciudad soliciten de la Secretaría nacional se desplace algún miembro de este Ejecutivo para los mítines que ellos organicen.

Madrid, septiembre.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

La finalidad de “JONS”

Al iniciar la Revista “JONS” el segundo trimestre de su vida es muy conveniente deshacer la insatisfacción de algunos camaradas que han buscado, sin encontrarlo en su interior, el comentario popular y ligero a los hechos de cada día o la exposición vulgarizada y fácil de nuestro programa.

Piensen los camaradas que “JONS”, como se indica debajo de su título, es el órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista y, por lo mismo, el lugar donde se está elaborando la teoría, la justificación intelectual «jonsista». Es como un laboratorio al que sólo asisten los investigadores especializados y acaso sus discípulos. “JONS” está destinada a cuantos ponen su cerebro y su sensibilidad al servicio de nuestra verdad eterna y española y a los futuros propagandistas y jerarcas provinciales y nacionales del «jonsismo». También tiene su público de simpatizantes y afines, que nos siguen cada vez más interesados. Hay que acercarse, por lo tanto, a

“JONS” con tensión de inteligencia y fe. Nosotros no creemos en la vulgarización de la ciencia, sino en la jerarquía del conocimiento. En principio son pocos los que deben saber ciertas cosas, pero con la devoción, el entusiasmo y el trabajo puede ensancharse la base y cantidad de los enterados. Nunca la calidad que ha de ser exigente y en su punto.

Elaborada la teoría «jonsista», el Partido se cuidará de espolvorear sus aspectos populares, perentorios y sencillos, utilizando la mayor difusión y claridad posibles.

Por ejemplo, ahora nos es gratísimo anunciar la inminente publicación de «PAN» -periódico de la juventud, del campo y la ciudad, de la afirmación nacional-. Allí encontrarán todos los camaradas y amigos de las JONS la glosa vibrante, el ataque directo, la verdad desnuda.

ESPAÑA

UNA,

GRANDE,

LIBRE

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

La disciplina política

Todos los españoles han recibido, sin duda, una excelente lección durante las sesiones del último Congreso del partido radical socialista. Así son, en efecto, los partidos que nacen, triunfan y prosperan en las democracias burguesas, liberales y parlamentarias. Así las gentes y los políticos que atrapan los Gobiernos en esos regímenes. ¿Qué tienen que ver con las masas organizadas a base de una fe, de un sacrificio tenaz y de una disciplina noble?

Aparecen bien claras las características reales de esos partidos. Nacen para peleas chicas, enfermizas, antiheroicas. Se ceban en sí mismos como seres degenerados e inconscientes. Bien se advierte que su existencia no va ligada a magnos compromisos, sino que se agota en el jolgorio permanente, en la discusión y en la vocinglería escandalosa.

Viéndolos en la marcha, en las jornadas mediocres que caracterizan su vida política, nos reafirmamos más que nunca nosotros en el odio y el desprecio a toda la mendacidad y la farsantería de las democracias parlamentarias. Sin embargo, en el seno de esos partidos se habla también de disciplina, sin que nadie comprenda en qué altas verdades pretenden engarzar la disciplina quienes necesitan destruir en los pueblos todo fervor nacional, toda raíz absoluta, para ellos existir como partido.

La disciplina es nuestra. Sólo en nuestros campos adquiere esa palabra sentido y realidad. Nuestras organizaciones nacen y surgen a la vista de gigantescas tareas, tienen ante sí un enemigo a quien batir y una empresa nacional a que entregar el esfuerzo y el coraje. La indisciplina es incomprensible en las Juntas. Ni un minuto nos es dado para batallas interiores, en el seno mismo del Partido porque vivimos con los ojos vigilantes hacia fuera, hacia el enemigo poderoso, exterior y hemos de dedicar todas las energías a los propósitos fecundos de las Juntas.

No creemos que los camaradas del Partido necesiten ejemplos edificantes como ese de los radicales socialistas para reafirmarse en su sentido del deber y de la disciplina «jonsista». Nunca permitirán los dirigentes de las JONS que en su seno se riñan batallas. Para eso está el remedio eficaz y a tiempo de que hablan con claridad los estatutos del Partido.

Nada haremos sin disciplina férrea en nuestros cuadros, sin un misticismo de la unidad, de la jerarquía y de la eficacia. No hay frivolidades políticas en nosotros. Nacemos para el sacrificio, y es imprescindible para la victoria que cada uno pade y elimine de sí mismo todo conato de infecundas disciplinas.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

El Sindicalismo Nacional del Fascismo

Este ensayo del italiano Missiroli resulta de un enorme interés actual después de la fracasada experiencia socialista en España. Como todavía hay que combatir muchísimo y acaso dar la batalla decisiva —a la que nos disponemos— contra la epidemia del marxismo actuante, es muy conveniente la publicación de las páginas de Missiroli, donde se examinan con agudeza y precisión la solución nacional, legal y verdadera del fascismo, a las contradicciones económicas. Es decir, el camino de conseguir la patria, el pan y la justicia.

(«JONS», nº 4, septiembre de 1933, pág. 169. Entradilla)

Un poeta de lo España imperial. Ramón de Basterra

Fino diplomático, agudo escritor, eximio poeta, fue Ramón de Basterra un insigne prócer de las letras españolas. Dotado de ardiente imaginación y claro talento perspectivo, produjo en sus dos etapas de ausencia profesional —Rumania y Venezuela— escritos, como "La obra de Trajano" y "Los navíos de la Ilustración", cuyas páginas henchidas de auténtico hispanismo, iluminan la gran figura del emperador español y la última época, decadente ya, de nuestra colonización americana. Sus obras en verso, en las que palpita un profundo fervor místico hacia la España alumbrada a la civilización por la Roma Imperial, forman hoy un ramillete de tal actualidad ideológica, que es preciso ofrecerlas como símbolo a nuestra juventud, ansiosa de Verdad Nacional, su autorretrato habla bellamente de cuanto decimos:

*Defiendo en mi interior contra enemigos vientos,
La llama que en mi suelo fue prendida por Roma
Y en ella, dando al aire de la Patria su aroma,
Ovejas de holocaustos, quemó mis pensamientos.*

Ramón de Basterra fue, sin saberlo, un gran precursor de este movimiento nacional, vigoroso y firme, que hoy despunta en la juventud de nuestra Patria. Ignoraba, seguramente, al morir hace unos años —arrebata su razón por el Destino adverso—, que se hallaba tan próxima en España la hora de la catástrofe marxista, del hundimiento de nuestra unidad política, de la quiebra rotunda del sentido nacional. Y también, que toda esa secuela de desdichas no era sino una crisis honda, a lo Enrique IV, con su inevitable cortejo de oligarquías sueltas y Beltranajes audaces, aurora de una España grande, fuerte y libre.

Estás páginas se honran hoy con las estrofas admirables de "Las ubres luminosas".

(«JONS», nº 4, septiembre de 1933, págs. 189-190. Entradilla)

Notas

Lerroux en el Poder

No creemos que sean necesarios en España más Gobiernos de tendencia democrático-burguesa para que el pueblo español advierta la ramplonería y la ineptitud de las democracias parlamentarias. Pero es inagotable la candidez de los hombres. Ahí está Lerroux recogiendo todavía un poco la ilusión de las gentes en torno a una mayor pureza liberal. Y en la cola, haciendo espera, también hay los Gil Robles, que, por la llamada derecha, quieren asimismo conservar en España el espíritu, el tono y la mansedumbre nacional propios del liberalismo burgués.

Al ser encargado de formar Gobierno, dijo o insinuó el señor Lerroux que no llamaría a colaborar sino a representantes de partidos «nacionales», es decir, que excluiría a los grupos particularistas como la ORGA⁴ y la Esquerra catalana de Maciá. Ello era un criterio magnífico y, desde luego, lo menos que se puede pedir ante los resabios separatistas de esos partidos, aunque sea a la vez lo más que podría conceder un equipo gobernante como el actual, escéptico de España, sin vinculación con el ser más hondo y entrañable de la Patria. Claro que, además, la cosa quedó reducida a mero proyecto. Lerroux apareció a los dos días del brazo de dos ministros de aquellos grupos repudiados, y ello precisamente en las horas mismas en que se produjeron jornadas intolerables y vergonzosas en Barcelona durante la fiesta-homenaje de que se valen los catalanes separatistas todos los años, el 11 de septiembre, para injuriar a España, incluso a la España débil y cobarde que concede Estatutos a esa canalla.

Ese fue el primer tropiezo y la primera fase ridícula del Gobierno Lerroux. El segundo consistió en que el jefe radical había anunciado siempre que su etapa de Poder suponía la disolución de las actuales Cortes Constituyentes. Pero al contrario de eso, Lerroux formó un Gobierno típicamente parlamentario de estas Cortes, es decir, teniendo en cuenta los grupos y grupitos que en ellas hay, y dándoles cartera como garantía de su asistencia en las votaciones.

Pero, en fin, todas estas cosas son típicas y propias de los regímenes demoliberales, y no hemos de ser nosotros los que se extrañen de que acontezcan hoy en España con profusión.

Ante el Gobierno Lerroux no cabe otra preocupación por parte nuestra que la de percibir si cumplirá o no el destino histórico que corresponde a una situación así, en época revolucionaria, con las heridas nacionales abiertas. Es ahora, pues, cuando España se va a enfrentar con su propio problema, decidiendo o no salvarse con intrepidez. Ahí está el marxismo acechando la posible desertión de los españoles. Nuestro deber «jonsista» consiste en extraer de la situación Lerroux todas las consecuencias que resulten favorables para realizar con éxito un plan de acción directa contra los marxistas. El Gobierno Lerroux necesitará incluso de nosotros para combatir a esos elementos, que intentarán, sin duda, arrollarle en fecha breve. Y ha de ser más cómodo para un Gobierno liberal parlamentario, con miedo a que se le acuse de reaccionario o anarquizante, el que haya fuerzas «nacionales», como las JONS, que presenten batalla violenta al marxismo en vez de que tengan que ser los agentes de la autoridad los que realicen los actos punitivos.

Esta es la nueva realidad para las JONS: han aumentado considerablemente los deberes. Tiene ya el Partido el compromiso moral de desbordar su acción y su pelea. Hay que organizar mítines, salir a la calle popular, hincharse de coraje y de afán por la victoria.

El complot azaño-marxista contra el Gobierno Lerroux

Adquirió poca resonancia, porque no en balde esos «complotadores» gozan y disfrutan aún de la consideración y el respeto del equipo ministerial. Con motivo de la Asamblea agraria, se intentó, en efecto, por algunos elementos militares, reforzar la anunciada huelga general de los socialistas. No cabe ya duda a nadie, y menos al Gobierno, que adoptó medidas bien concretas y elocuentes para abortar la subversión, que se dieron todos los pasos para iniciar las jornadas violentas contra la

⁴ Organización Republicana Gallega Autónoma, fundada en 1929.

situación Lerroux. Son de dominio público las gentes y los grupos comprometidos, las zonas militares a quienes incumbía la tarea de mezclar tropas a la insurrección, las figuras dirigentes, los propósitos inmediatos que guiaban el golpe de fuerza.

Se contaba con la presencia en Madrid de las masas agrarias, a las que se creía, desde luego con razón, inermes y sin organización especial para encuentros revolucionarios. Ese fue el motivo por el que Lerroux suspendió la Asamblea, claro que sin proclamarlo así en alta voz, pudiendo y debiendo hacerlo, porque sobraban al Gobierno pruebas y datos acerca del intento.

Parece que los organizadores del complot se proponían implantar una especie de democracia revolucionaria, tipo Méjico, a base de la dictadura personal de Azaña, como paso a una posterior y franca situación socialista. Desde luego, jacobinismo trasnochado, malos humores de gentes que no olvidan las delicias del mando y, sobre todo, aparecían apellidos y núcleos que ya existen en la historia española, ligados al nombre terrible de Casas Viejas. Eran, en efecto, las gentes de Casas Viejas los principales y más destacados individuos de la subversión.

La realidad indudable de cuanto decimos nos obligará a todos a estar vigilantes y alerta. Pues la consumación de hechos como los que aquí aparecen denunciados deben equivaler, para nuestro Partido, a una orden movilizadora.

El Gobierno tomó quizá en este caso medidas eficaces, como fue la desarticulación del aparato policíaco del anterior Gobierno, pero también es cierto que fueron los complotadores quienes suspendieron o aplazaron la cosa. No hay, pues, que tener excesiva confianza en la acción del Gobierno, donde hay después de todo representantes de los grupos más ligados a «lo anterior», y que, por ejemplo, actúa con vacilaciones como la que supone sospechar y aislar del servicio durante esos días a un jefe destacado en una de las armas del Ejército, para después, según ya acontece, restituirlo de nuevo al mando.

La Asamblea agraria

Todo el mundo percibe ya en los españoles del campo la levadura intrépida que necesita la Patria. Se movilizan, es cierto, hoy por algo tan inmediato y extrapolítico como la reclamación de medidas que salven sus economías deshechas. Pero nadie vea en el fenómeno una manifestación monda y escueta de lucha de clases. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas un grupo de valores espirituales, entre los que despuntan con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

Hemos estado a punto de ver en Madrid una amplísima representación de esos españoles. La Asamblea proyectada tendría, si se quiere, un puro carácter económico, sin dirección política alguna; pero la realidad iba a sobrepasar felizmente esos propósitos recortados y sinceros de los organizadores. Se habría hecho presente en Madrid una juventud del campo, los hijos de toda esa multitud de familias españolas, vejadas y atropelladas en los pueblos por las hordas marxistas, que saben muy bien quién es y dónde está el enemigo, y a la que es de toda urgencia enrollar y conquistar para unas filas nacionales y heroicas. Es una de las tareas más primordiales de las JONS, llevar a la conciencia de esas juventudes la seguridad de que dispondrán a nuestro lado de resortes victoriosos.

La Asamblea fue suspendida por el Gobierno, con razones que en nuestra nota anterior aparecen claras, pero que el pueblo español no sabe. Esa suspensión importa poco, pues el movimiento de las masas nacionales agrarias arrollará, desde luego, trabas tan débiles. Nosotros, las JONS, debemos esforzarnos por orientar ese movimiento, que es nuestro propio movimiento, impidiendo que caiga en manos de caciques mediocres e inmorales, y ganándolo para unos propósitos totalitarios, para una tarea «nacional» de emoción y de combate contra los enemigos de España.

Esos españoles de los campos han sido hasta aquí machacados por los rencores marxistas en nombre de una política de lucha de clases y de ignorancia malvada de todo lo genuino y limpiamente español. Su deber y sus mismos intereses no han de consistir, por tanto, en vincularse a una actitud clasista, sino en interpretar y escoger los anhelos y los clamores de la dimensión nacional entera, buscando y ligando su pelea a la de los españoles de «todas las clases» que coincidan grandiosamente en el afán de salvarse juntos, salvando el solar español.

Es la gente del campo, los hombres de la tierra, quienes tienen y disponen de espíritu más propicio para comprender esto que decimos. Hay, pues, que buscarlos, conquistarlos para las filas del Partido, dándoles consignas claras y eficaces. De otro modo, irán a engrosar esos cuadros pálidos y temblorosos que otros ofrecen con instrucciones electoreras y olvido persistente de lo que la Patria es, supone y obliga. Hemos citado a esa llamada CEDA, nido de escépticos, desviados o cosas aún peores.

Todos los jonsistas deben llevar a los campos la demostración y la evidencia de que sólo es lícito llamar y solicitar a esas masas de «agricultores nacionales» para ofrecerles un lugar en el combate, nunca para equiparles con papeletas frente a un enemigo armado, violento y criminal, como es siempre en todos los climas el enemigo marxista.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

NUMERO 5. 1933.

Las consignas electorales

La unidad. El marxismo. La revolución parlamentaria. El agrarismo. El nuevo Estado. La posición jonsista

Por mucho que eleven los partidos su puntería en las propagandas electorales, se les escapará íntegro el drama actual de España. Muchos creemos que el carácter y la magnitud de este drama van a exigir de los españoles algún mayor y más intenso servicio que el depositar una papeleta en las urnas. Las movilizaciones electorales pueden, sí, alcanzar cierta eficacia para discriminar y resolver cosas menores que aludan a problemas cotidianos y fáciles. Sólo si aparecen polarizadas con vigor dos rutas, y a título excepcional, puede conseguirse solventarlas electoralmente. Perciben entonces las masas de un modo sencillo la significación esencial, histórica, de ambas rutas. Pero hoy, en España, no hay planteadas cuestiones sencillas, sino muy complejas, y no puede resolverlas cualquiera, sino algunos; no los más, por el hecho de serlo, sino los menos, de un modo disciplinado, heroico y casi genial.

Nadie piense en reconstituir la unidad española con votaciones espléndidas y nutridas. El esfuerzo de voluntad y coraje que se precisan no lo sembrarán nunca en las gentes las propagandas electorales. El problema de la unidad nacional se enlaza con otras urgencias españolas, y todas ellas convergen en la obligatoriedad de plantearse el problema esencial del Estado, es decir, el de su derrocamiento y conquista. Por donde quiera que en España se aborde alguna de las enormes dificultades hoy existentes, se tropieza uno con esa necesidad revolucionaria, con ese tipo de intervención apremiante e imperiosa.

Pues en una época como la actual, en que es imposible a pueblo alguno regular y disciplinar su marcha si no dispone de un Estado eficaz, creador y fecundo, aquí en España el Estado parece construido para alimentar y vigorizar las secesiones. He aquí su carácter más grave, perturbador y doloroso. Es un Estado con capacidad de destrucción y aniquilamiento.

Ahí está, pues, la unidad española, inasible como consigna electoral de cualquier candidatura. Mostrarse hoy en España partidario de la unidad nacional equivale a mostrarse disconforme con el Estado, es decir, es una calidad revolucionaria. Y muy pocas veces acontece que el hacer la revolución sea una consigna electoral. La excepción universal y única todos la tenemos en España, bien y cercana. Fue la revolución electoral de abril, fenómeno que sólo podrá explicarse en la Historia como una revolución excesivamente madura, no realizada a su tiempo por la notoria cobardía de sus intérpretes.

La unidad española la defienden sólo algunos partidos, y ello con timideces y vacilaciones. Pues como hemos dicho antes, es una aspiración que sólo cabe y es posible en partidos revolucionarios. Los separatismos tienen su mejor guarida en la vigencia constitucional, y además, según bien reciente manifestación uniformada en Cataluña, se preparan con vistas a defensas más duras y eficaces.

El español que se acongoje en presencia de los separatismos traidores pasará en balde sus ojos por las candidaturas que se le ofrezcan estos días. Si quiere incorporar un esfuerzo, unirse con calor a una eficacia, tendrá que apartar su atención de las colas de votantes. La ofensiva armada contra los separatismos va a ser la primera gran prueba a que los españoles tienen que someter su capacidad para sostener sobre los hombros una Patria. Pues si en España triunfan y son posibles los separatismos, es que ha dejado de existir, de muerte natural y vergonzosa, sin catástrofes, sin lucha, justificación ni sepultura, con el cadáver al aire, para que lo escarnezan los canes europeos, forjadores de nuestro deshonor y nuestra ruina.

Sostenemos, pues, que la unidad española no puede ser litigada ni discutida en los comicios. Ya lo entienden así los partidos y desde luego no se atreverá ninguno a ofrecerla a cambio de votos. Hay, en cambio, muy extendida por ahí una consigna electoral, el antimarxismo, sobre la que urge mucho aclarar sus calidades.

El marxismo es, en efecto, batido con eficacia y entusiasmo en todas partes. Pero aquí se pretende hacerlo al revés, ignorando lo que el marxismo significa, cuáles son sus defensas más firmes, dónde aparece encastillado y acampado. Las filas marxistas se nutren de masas azuzadas en su gran mayoría por el afán de arrebatarse y conquistar cosas que otros tienen. Son masas en cierto modo insatisfechas, incómodas, que los dirigentes rojos, polarizan hacia la destrucción y la negación nacional. Quieren salvarse ellas mismas como sea, sin emociones ni complejidades que vayan más allá de sus afanes inmediatos. El antimarxismo electoral que anda por ahí no resuelve el problema de esas masas, y cuando más, su victoria será rápida, aprovechando alguna depresión de las mismas, pero es evidente que aparecerán de nuevo y se reharán de un modo facilísimo.

El marxismo queda aniquilado desvinculando sus organizaciones de esas masas insatisfechas a que nos referimos. Para ello se requiere ganarlas para la emoción nacional de España, demostrándole, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro terminarán cuando desaparezcan la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. Esto que decimos lo entienden, por ejemplo, bien en Italia y Alemania, donde el fascismo y el nacionalsocialismo lograron ese tipo de victoria social a que nos estamos refiriendo. Sin ella, el marxismo es inaniquilable o invencible, por más candidaturas y frentes electorales que se formen.

Repitémoslo de un modo tajante y sencillo: la lucha contra el marxismo no puede ser consigna electoral eficaz. Claro que en España tenemos las zonas extensas de la CNT, que no son marxistas, pero a los que sabemos algo de luchas sociales nos resulta imposible asentar sobre ellas ningún optimismo, si no es el de que su carencia de organización robusta haría menos difícil su conquista por nosotros.

Las JONS entienden así su antimarxismo y condenan los procedimientos blandos de los que, sin apoyo ni emoción nacional, luchan contra el marxismo dándole y proporcionándole en rigor nuevas y más firmes posiciones. Sólo desde nuestro campo, sólo desde nuestro sindicalismo nacional, es posible batir y destruir las líneas marxistas, arrebatándole dirigentes revolucionarios y uniendo el destino de los trabajadores al destino firme, real y grandioso de la Patria.

La revisión constitucional, que es meta y público deseo de las derechas, es lo que nosotros denominamos la revolución parlamentaria. Tampoco parece muy posible y hacedera. Pues no están aún destruidas y desmanteladas las columnas emocionales que plantó y edificó la revolución de abril. Parece imposible que retrocedan mansamente, en presencia de la palidez y frialdad de las papeletas electorales. Será más lógica una resistencia ante enemigo tan tenue, y por eso, mientras más densa y arrolladora aparezca la ola electoral contra la vigencia de la Constitución, con más premura, rapidez y urgencia se impone abandonar la táctica de la revolución parlamentaria.

Hay entre las consignas electorales una de radio amplísimo. Es la que se refiere a los campos españoles, a su victoria y a su temple. El agrarismo. Hace ya meses que impresiona a España esa presencia y esa bandera agrarias. Pues todos perciben en los españoles de los campos la posible levadura intrépida que necesita la Patria. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas valores espirituales, entre los que despunta con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

El fracaso o la desviación del movimiento agrario constituiría una catástrofe en esta hora de España. No hay que hacerse muchas ilusiones sobre lo que hoy es, pues el noventa por ciento de sus dirigentes y la ruta por la que éstos lo orientan carecen en absoluto de posibilidades. Todos los caciques mediocres, inmorales y decrépitos de los viejos tiempos aparecen ahí, en fila agraria, y contra ellos hay que conseguir arrebatárselos la dirección y la tendencia de la lucha. Esos caciques son los que desarrollan la táctica electoral, aferrándose a ella de un modo exclusivo. Pero la misión de los campos es dar también a España otro linaje de servicios, proporcionarle defensores corajudos y violentos.

No hay ni habrá nuevo Estado, instituciones grandiosas y firmes en España mientras no dejemos esa cuestión teórica que es saber al dedillo cómo va a ser el Estado hasta después de los «hechos» triunfales. Después de jornadas un poco ciegas si se quiere, en las que nadie vea claro si no una cosa, el arrojo y el sacrificio de sus actores, es cuando se plantea y puede plantearse la necesidad «teórica» de salir de los atolladeros, de las dificultades a que la acción, la acción pura, nos lleve. Esa es la posición de las JONS ante las elecciones. No creemos en ellas y menos en su eficacia. Y hay en ellas el peligro de la adormidera nacional del hacerse a una mediocre y no del todo incómoda tranquilidad, con las cabezas sin romper, sí, pero sin Patria, sin tierra noble, sin libertad y sin justicia. ¡Nunca nos resignaremos!

(«JONS», nº 5, 1933)

Circular para el Partido. Declaraciones ante un discurso

Camaradas:

Desde el primer día, las JONS han justificado siempre su actitud con arreglo a su teoría española, popular y revolucionaria. Nunca el Partido ha adoptado una posición que se le pudiera imputar como arbitraria y caprichosa. Pues hay ya pruebas hondas de que las JONS orientan y significan la verdad española, que hasta aquí se le había escamoteado traidora y criminalmente a los sectores más fieles ligados con la dignidad y la grandeza de España. Hemos conseguido poner en marcha una organización, sistematizar una doctrina, situar en los españoles jóvenes un aliento creador y una confianza ciega en el próximo futuro de la Patria. Y, sobre todo, la posibilidad de incorporar a las líneas nacionales, arrancándolos de la ciénaga marxista, amplios núcleos de trabajadores revolucionarios. Pues además de estar las Juntas vinculadas a un propósito emocional, el de crear, conservar y robustecer nuestra propia Patria, aparecemos también con el magno compromiso de salvar económica y socialmente las dificultades tremendas que hoy padecen y sufren los españoles. Ahí está nuestro rótulo: somos sindicalistas nacionales, ofrecemos a España la seguridad de una economía creadora, justa, sin lucha de clases ni marxismo, pero con raíz y eficacia populares, al servicio de la categoría esencial de España, tras de su fuerza, su riqueza y su esplendor, que representa el pan, la alegría y el optimismo de los españoles.

Las JONS se han nutrido al nacer de angustias auténticas, afanosas de encontrar para las juventudes que anunciaban su presencia una ruta de honor y de triunfo. La gente, los periódicos y los enemigos han dicho que hacíamos fascismo, que éramos fascistas. Ni un minuto siquiera han pensado las «Juntas» oponerse a esos calificativos, a esas denominaciones. Admiramos todos la gran revolución fascista de Italia, coincidimos en las líneas generales sobre las que se está constituyendo y elaborando en Italia un Estado fascista. Y si en efecto, nosotros aquí, interpretando un momento difícil de España, en que las fuerzas políticas de derecha, izquierda y centro aparecen desnutridas de valores españoles, huecas e inservibles, y en que andan libres y sueltas por las calles bandas criminales de marxistas imponiendo su rencor y su saña bárbara; si en un momento así, repetimos, las JONS significaban la eficacia política frente a los rojos, de igual manera que los fascistas en Italia, nos honraba muchísimo esa denominación de fascistas.

Nunca, desde luego, hemos reclamado ese nombre para que se aplicase a nuestros militantes. Pero mientras las JONS iniciaron en las Universidades y en algunos centros marxistas actos violentos de presencia que motivaron aquel famoso susto o queja de los diputados socialistas ante el entonces ministro Casares, y las persecuciones con motivo del complot policíaco de julio a raíz del asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia -hecho atribuido a un grupo de jonsistas-, había por ahí unos supuestos fascistas que desde la clandestinidad lanzaban hojillas candorosas anunciando que se organizaba a toda prisa un «fascio español», es decir, una sección española del fascismo italiano.

En el teatro de la Comedia se celebró días pasados un mitin que se enlaza, al parecer, con aquellas propagandas. Hemos de orientar, pues, a nuestros camaradas del Partido frente a esa nueva disciplina política que surge. Y para ello nos referiremos al discurso de Primo de Rivera, que se mostró en él como su dirigente mas destacado.

Las JONS han sido hasta aquí escépticas de un movimiento que parecía vinculado de manera excesiva a normas, consignas y ritos extranjeros. Bien es verdad que no existían documentos, hechos o propagandas responsables sobre los que ejercer la crítica seriamente. No podía saberse ni adivinarse a qué propósitos se ceñía aquel F.E. (fascismo español), sobre el que nos mostrábamos recelosos, desconfiados y vigilantes.

Ahora tenemos ya un discurso y una bandera en alto, pronunciado aquél y esgrimida ésta por José Antonio Primo de Rivera. Como habrá de seguirles una organización y una disciplina, nos resulta obligado calificar y enjuiciar ambas cosas.

Nosotros nos sabemos iniciadores en España de una actitud nacional y sindicalista, forjadores hasta de un lenguaje y de unos mitos para propagar entre las masas la conquista revolucionaria de la Patria. Nos hemos rodeado de unos símbolos históricos españoles y sin aprenderlo en parte alguna comenzamos a crear justificación teórica a la violencia, que desde el primer día aconsejábamos a nuestros camaradas como táctica y necesidad. EL DISCURSO DE PRIMO DE RIVERA RECOGE DE NUESTRAS COSAS TODO LO QUE EL PUEDE Y HACE BIEN EN RECOGER. En varios lugares del mismo aparecen las consignas jonsistas y nos felicitamos de ello, porque nada hay que decir sobre la forma irreproachable, nacional y honrada con que lo hizo.

La declaración que nos urge y que han de tener en cuenta todos los camaradas de las JONS es que, sin embargo, no podemos adherirnos a la bandera del marqués de Estella, aunque le declaramos persona grata, magnífica y valiosa. Hemos nacido para batallas diferentes a las que él sin duda se va a ver obligado a librar. Vamos mucho más allá y en direcciones que quizá a él y a sus amigos les estén vedadas. Somos mucho más exigentes en la acción, en el ataque y en el fervor nacional-sindicalista.

De todas maneras, terreno y conquistas que logre y efectúe Primo de Rivera las consideraremos de algún modo nuestras, pero sin separar los ojos de los magnos y solemnes compromisos que son el eje fundamental de las JONS: movilizar las juventudes nacionales, ser implacables y severas con las decrepitudes del capitalismo antinacional, liberando de su yugo a todos los trabajadores de España. Pues nos hemos propuesto incorporar a nuestras líneas zonas extensas de españoles que unan su peligro, su infelicidad y su angustia al peligro, infelicidad y angustia de España. De esa multitud española angustiada obtendremos los concursos violentos que precisamos y también la garantía de que nuestra ruta es ruta de masas, hecha para victorias populares y difíciles. Pues es otra declaración que las JONS hacen sobre el mitin y el discurso que comentamos: actitudes como la adoptada por Primo de Rivera son voraces de hechos, se alimentan y nutren de hechos. Si no se atrapan y consiguen los hechos necesarios, la posición se vuelve flácida y canija.

Las JONS permanecerán vigilantes en presencia de la nueva organización. Tenemos raíces firmes y grandes afanes por continuar nuestro camino. La juventud nacional es nuestra obra, y nuestra mayor o menor capacidad de aliento y de coraje, algunas veces demostrada, nos sostendrá en pie. El futuro de España, el futuro nuestro y el futuro de lo que ahora surge, señalará e impondrá a todos la actitud que corresponda.

¡VIVA EL SINDICALISMO NACIONAL DE LAS JONS!

¡VIVA LA JUVENTUD ESPAÑOLA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

Madrid, octubre.

(«JONS», nº 5, 1933)

El individuo ha muerto ⁵

Distingue a cada época una peculiar concepción del mundo, que es la clave de todas las valoraciones que en ella se hagan. El hombre exalta hoy lo que ayer despreciaron sus abuelos, y viceversa. Esto, que pudiera achacarse a la frívola caducidad de los valores, a relativismo ético y político, es, sin embargo, la raíz misma de la Historia, donde se denuncia y aparece la objetividad y continuidad de la Historia.

⁵ Escrito por Ramiro bajo el pseudónimo «Roberto Lanzas»

Con gran frecuencia se oyen hoy largos plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. El fenómeno es de tal rango, que encierra el secreto de las rutas políticas nuevas, y quien no logre comprenderlo con integridad se condena a ser un espectador ciego de las hazañas de esta época. Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad pública -el Estado- y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.

El Estado demoliberal aseguró al burgués cuantas garantías necesitaba para que nadie obstaculizara sus fines. Como respuesta, aparecieron las turbias concepciones socializantes, marxistas, en las que hoy comenzamos a ver con claridad cómo permanecen fieles a los valores burgueses que aparentemente combatían. Las bases que informan el fondo cultural y humano del socialismo son burguesas. El socialismo no es más que el afán de que se conviertan en burgueses todos los ciudadanos. Depende, pues, de la civilización burguesa y reconoce su superioridad, sin que aporte a ella ni un solo valor original y nuevo.

Pero la economía burguesa ha creado ella misma la degeneración y la ruina de la burguesía. Las exigencias de la producción situaron ante los pueblos un valor nuevo: la solidaridad creadora. Los hombres descubrieron que junto a los «fines de individuo», que la civilización burguesa exalta, están los «fines de pueblo» los fines colectivos, superindividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. El socialismo teórico -y el práctico, de acción, hasta la Revolución rusa- no logró salir del orbe de los «fines del individuo», y su anticapitalismo está basado en el deseo de que el Estado socialista garantice a «cada uno» la realización de sus fines.

Así, el socialismo -en contra de toda la terminología que utiliza- es individualista, burgués y permanece anclado en el mundo viejo.

Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de «fines colectivos superindividuales». El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualizadísima, su sentirse como «algo» frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos por lo que tenía de antisocial y negador de la política. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre derecho a negar el Estado.

Pero el hombre no es sólo un «yo individual, una conciencia irreductible», sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de «conciencia irreductible» lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos «fines de Estado» que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan -Rusia, Italia, Alemania- son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea, a la libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva. Fin último.

Hay, desde luego, hoy una necesidad, y es la de romper las limitaciones burguesas individualistas, destruir sus finalidades e instaurar otras nuevas. A ello colaboran con magnífica eficacia las rutas económicas y las apetencias de grandeza que se despiertan en algunos pueblos. Es un hecho real, ineludible, la producción en serie. Y a la vez el afán europeo de uniformarse de

formar en unas filas y hundirse en ellas anónimamente. Estos dos hechos aclaran gran parte de las inquietudes políticas de ahora.

Distingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada oscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. Su aparente sencillez da, sin embargo, lugar a que exhiba una serie numerosísima de peculiaridades. Ahora bien, el burgués se conforma con distinciones mediocres: la sortija, la corbata, las pieles, el calcetín de seda. No en balde las destaca frente a otros burgueses para diferenciarse de ellos y provocar su envidia, o bien frente al proletario, a quien desprecia con odio de clase. El uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo. La producción en serie favorece esa tendencia a uniformarse que aparece en la nueva Europa. Quizá más que el burgués sea la burguesa quien concentra más puramente ese género de fidelidad a la era individualista. La producción en serie es para la mujer del burgués una cosa absurda que la condena a vestir igual que la vecina de enfrente. Ella desearía unos abalorios especiales, producidos exclusivamente para su uso, pero la economía de nuestro tiempo no tolera ese género de satisfacciones...

La rota de la burguesía va también enlazada al descubrimiento de que no le preocupan ni le importan las auténticas grandezas nacionales. Prescinde fácilmente de ellas y se dedica a labrar su propio e individual destino. Carece de virtudes heroicas, de optimismo vital, y ello le impide dedicaciones grandiosas.

Valores y productos burgueses son, por ejemplo, los siguientes:

Pacifismo. Indisciplina.

Humanitarismo. Arbitrariedad.

Individualismo. Despotismo.

Seguridad. Tiranía.

Liberalismo. Explotación.

Teóricamente no ha sido aún superada la civilización burguesa. Pero de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un sentido antiburgués y antiliberal. Mussolini en Italia hizo algo superior logrando que un pueblo que en la gran guerra dio muestras de cobardía y de vileza adore hoy la bayoneta y los «fines de imperio». Algo disciplinado y heroico. De lucha y de guerra. Adolfo Hitler sigue la misma ruta. Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: el individuo ha muerto.

(«JONS», nº 5, 1933)

El campesino y la política

Estamos en un mes bifronte de sementeras y de preparativos electorales. No creemos en la cosecha de las urnas y nos angustia demasiado la tragedia del campo. Nuestras JONS van a derramarse por los agros de España a dar el santo y seña de la batalla campesina en pos del pan, la paz, la patria y la justicia. Paralelamente, aquí dedicamos hoy una atención mayor a la misma cosa.

(«JONS», nº 5, octubre de 1933, pág. 212. Entradilla)

La libertad económica

El profesor Hugo Spirito es uno de los más agudos teorizantes del Estado fascista. Sus polémicas contra los partidarios de la economía liberal y marxista han sido famosas en Italia.

Interesará muchísimo a nuestros camaradas la lectura del siguiente ensayo, donde expone las bases del nuevo derecho corporativo.

(«JONS», nº 5, octubre de 1933, pág. 225. Entradilla)

NUMERO 6. Noviembre 1933.

Hacia el sindicalismo nacional de las JONS

No necesitamos por ahora más puntales teóricos que los imprescindibles si acaso para sostener y justificar la táctica violenta del Partido. La primera verdad jonsista es que nuestras cosas, nuestras metas, están aún increadas, no pueden ofrecerse de un modo recortado y perfecto a las multitudes, pues son o van a ser producto o conclusiones de nuestra propia acción.

Por eso, las Juntas eluden y rechazan vincularse a fórmulas de estricta elaboración teórica, llegadas al Partido desde fuera de él, y postularemos siempre el aprendizaje político en la acción de cada día. Nos alarma la sola presunción de que el ambiente que hoy se inicia en España, favorable a extirpar de raíz los brotes marxistas y las frías palideces de la democracia burguesa, se resuelva y disuelva en una invocación formularia y sin brío. Pues anda ya por ahí una consigna que va convirtiéndose en el asidero fácil de muchos cerebros perezosos: el Estado corporativo.

Nosotros sabemos bien que lo de menos es mostrarse partidario de eso que se llama Estado corporativo y soñar con su instauración y triunfo. Ese hallazgo, por sí solo, se convertiría en una meta tan invisible y fofa como es para los anarcosindicalistas su pintoresco comunismo libertario. No, camaradas, no hay que hablar, o hay que hablar muy poco, en nuestras filas del Estado corporativo ni de si van a ser así o del otro modo las instituciones. Es la única manera de que lleguemos algún día a edificar grandiosamente un régimen corporativista en España, como en las JONS decimos, un Estado nacional-sindicalista. Once años triunfales lleva vigente en Italia el fascismo, y es al cabo de ellos cuando Mussolini inicia de modo efectivo la forja del Estado a base de las corporaciones.

El problema de nuestra España es de índole más primaria y simple, y también de otro tipo de urgencias. Nos corresponde la tarea inmediata de vigorizar la existencia nacional misma, encajando el vivir de España sobre los hombros hoy en gran parte intolerablemente indiferentes de los españoles. Muy pocos se sienten hoy ligados de modo absoluto al destino de su Patria. Ese es y tiene que ser nuestro primer propósito. Sin cuya consecución no podremos reclutar milicias bravas que combatan a los rojos ni llevar al ánimo de los trabajadores, que es ahí, en la Patria, donde reside la protección absoluta contra el paro, la injusticia y la miseria, ni frenar las apetencias de poderío económico y social de la alta burguesía capitalista, que ve en los regímenes demoliberales la posibilidad de enfrentar sus feudos contra el Estado, al que, por tanto, necesita canijo, extranacional y expectante.

Nadie, pues, se engañe. La lucha contra el marxismo, el camino hacia el Estado corporativo, es todo menos una cosa fácil, hacedera con sólo proponérselo una mayoría parlamentaria. El Estado corporativo, el sindicalismo nacional, presupone una Patria, un pueblo con conciencia de sus fines comunes, una disciplina en torno a un jefe y una plenitud nacional a cuyos intereses sirven las corporaciones. Es decir, un Estado auténtico, fundido con la ilusión popular y con la posibilidad misma de que halle paz y justicia para las gentes. Y sobre todo, cien mil hombres de armas, movilizados no por la circunstancia de un cupo o de un sorteo, sino por la imperiosidad de salvarse heroicamente, salvar la civilización donde se ha nacido, la tradición de la tierra propia, es decir, salvar la unidad, la grandeza y la libertad de la Patria. Sin eso, nada. Pues actitudes como la nuestra son, de por fuerza, maximalistas. ¿Cómo hay quien desde un plano frío, pacífico y sin apelación entrañable a la dimensión más profunda de la Patria se atreve a hablar de corporaciones, vida tensa del Estado y antidemocracia? Ese es el equívoco de la Acción Popular y de todos los pseudofascismos que andan por esos pueblos, triunfantes o no, como el régimen de Dollfuss, de Salazar, etc. No hay en ellos soporte nacional legítimo. Es decir, no hay una Patria con suficientes posibilidades históricas para dar cima a los «fines» del Estado. Pero en España existen y radican esas posibilidades. Por eso es intolerable aplicar aquí tales frías recetas y adoptar su levísima temperatura.

El paso del Estado liberal parlamentario a un régimen de corporaciones, a un régimen de imperio -que ésta es la palabra-, supone que se desplaza del individuo al Estado el rango primordial en cuanto a los fines. Un Estado nacional-sindicalista, un imperio, sitúa sobre los individuos y las clases otro linaje de jerarquías. Es ahí donde reside su eficacia social, su autoridad y su disciplina.

Pero volvamos a la inmediatez española, a la urgencia nuestra. Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las JONS tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces para dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos «fascios» de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella no hay JONS, ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas.

Dejad, pues, camaradas, que los teorizadores y los optimistas de las fórmulas tejan sueños vanos. Nos consta lo inocuo de tales especulaciones si no se asientan y subordinan a la eficacia diaria y permanente de una acción briosa. Se acabaron en España las revoluciones fáciles y las conquistas sin esfuerzo. No podría sernos perdonado que en ocasión como la actual, en que la España más joven y mejor intuye y prevé la posibilidad de reconstruirse, nos deslizásemos las avanzadas por rutas de salida mediocre.

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción, que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen y consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las JONS no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria. No añoramos nada o muy poco; es decir, no nos situamos, política y socialmente, como tradicionalistas, sino como hombres actuales, cuya necesidad primera es sentirse españoles, disponer de un orden nacional donde confluya nuestro esfuerzo y se justifique incluso nuestra propia vida.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España. En plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, lo que da entrañas y personalidad a la Patria, se realice o no.

Aquí están las regiones pidiendo Estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios, pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc. Las JONS incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigore y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizarse los mismos sindicatos, es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca. Pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene una economía propia que no coincide ni es la economía privada de estos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como Nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Pues hay las economías privadas de los españoles. Pero hay, y sobre todo, la economía nacional, la economía de España, cuyo estado próspero y pujante es la garantía de la prosperidad y pujanza de España. Y es España el objeto y fin de la economía. Ahora bien, es notorio que el bienestar económico de las masas obreras depende más de la economía española que de las economías privadas de los capitalistas. Una política, por ejemplo, de salarios altos no significa nada, en el terreno de las ventajas populares, si va seguida de una inflación. Y ello sin perturbar la economía de los capitalistas, que tienen mil medios, incluso de lucrarse con la política financiera

inflacionista. Puede haber españoles multimillonarios y por imperativos económicos haber también la imposibilidad de poner el menor remedio a las masas hambrientas. Esto lo saben también de sobra los dirigentes rojos. La única economía a la que están realmente vinculados los intereses de las masas, es la economía nacional. Que implica un Estado robusto, una España grande e incluso temible. Su existencia interesa, más que a nadie, a las propias masas, y es ahí, en predicarles lo contrario, donde aparece la traición y el engaño de que les hacen objeto los marxistas.

Por eso las JONS, con su idea nacional-sindicalista, con su aspiración a situar sus problemas y sus soluciones en el plano de la grande y gigantesca realidad que resulta ser la Patria española, es la auténtica bandera de los trabajadores. Los propagandistas del Partido pueden decirlo así, sin miedo a demagogias ni a practicar frente al pueblo proselitismos engañosos y falaces.

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Circular importante

La Secretaría Nacional de las JONS comunica al Partido que tiene órdenes directas del Triunvirato Ejecutivo Central de recordar a todos los núcleos y secciones jonsistas la obligación ineludible de cumplir los reglamentos y normas interiores. A este efecto destacamos ante todos los camaradas lo siguiente:

1) En el registro nacional de las JONS y para los efectos de la vida oficial del Partido, no figurarán otras secciones locales que aquellas que mensualmente envíen el informe político reglamentario al Triunvirato Ejecutivo Central, liquiden con la Secretaría Nacional el quinto de sus cotizaciones y realicen labor jonsista eficaz.

2) El hecho de ser militante de las JONS es incompatible en absoluto con la adhesión a cualquiera organización política, por muy afín que se titule a nuestro movimiento.

3) La fundación de una sección de las JONS requiere que su Triunvirato dirigente haya sido nombrado por el Triunvirato Central, que expedirá un documento probatorio, con la firma del Triunviro. Presidente camarada Ramiro Ledesma Ramos, y el sello de la Secretaría nacional. Cuando se organicen las comarcas jonsistas, ese documento lo expedirá el Triunviro de la capitalidad correspondiente.

4) Ningún núcleo de simpatizantes puede utilizar el nombre de las JONS mientras no esté constituido con arreglo a los Estatutos del Partido, a no ser que posea autorización expresa del Triunvirato Ejecutivo Central. Cualquier contravención en este punto, que sea conocida por algún camarada, debe ponerse en conocimiento de esta Secretaría, para proceder según corresponda.

Secretaría Nacional de las JONS Madrid, noviembre.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 253)

Presente y futuro

La genialidad de Mussolini se perfila cotidianamente sobre el mundo. Todos admiten ya que el creador y animador de la verdad fascista triunfa y ha triunfado en todos los frentes. Coinciden el feliz

término de la "batalla del trigo", con el propósito cercano de implantar la estructura corporativa, con la entente directa con Francia.

Ofrecemos al lector de JONS dos fragmentos de un par de arengas del "Duce", donde se adelanta y se confirma el éxito del año X y las posibilidades futuras del fascismo.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 254. Entradilla)

Las JONS no se desvían. Ante la desviación de F.E.

Tenacidad y firmeza es lo que nos distingue y nos distinguirá siempre. Bien acorazados en nuestro propio vigor haremos cara a todo y a todos. Menos que nada podrán hacernos vacilar esos conatos de organización que van surgiendo a la sombra de nuestras ideas, nuestros propósitos y nuestros símbolos. Son rivalidades que no nos estorban, nacidas, es cierto, sin justificación y aupadas sólo fuera de la órbita jonsista por motivos frívolos.

Las Falanges españolas (F.E., fascismo español), están, nos interesa decirlo, fuera de la disciplina jonsista. No tienen nada que ver con las JONS. Pero sí debemos declarar y precisar que al fundarse las tales Falanges lo han hecho utilizando las ideas, los propósitos y las tácticas que las JONS han creado y extendido por España. Nos resulta imposible enfadarnos ni molestarnos por ello. Pues un atraco de esta calidad es el único contra el que no se puede reaccionar con violencia. Si alguien nos quita la cartera es indudable que nos perjudica hondamente. Pero si se intenta utilizar y llevar al triunfo unos ideales políticos que nosotros hemos creado, si se trata de lograr unas metas que nosotros hemos reconocido y señalado como urgentes, la usurpación tiene para nosotros aires de victoria. Hay que dar las gracias a quien nos atraca.

Pues parece, y así lo transmitimos a nuestros camaradas, que las Falanges piensan utilizar las flechas de la bandera jonsista, poner en circulación triunviratos, airear un posible sindicalismo nacional, declararse antimarxistas tremendos, levantar un nacionalismo unitario, etcétera, etcétera. Es decir, nuestras consignas fundamentales desde el primer día.

Claro que sólo puede tener explicación un hecho como el de no entrar ni sumarse a las JONS, pero sí utilizar y aceptar todo lo que las JONS son y representan, sin añadir ni incorporar nada, interpretándolo como una consciente o inconsciente falsificación de los propósitos jonsistas. Y aquí, en esta sospecha y casi seguridad que tenemos de que las consignas de las JONS sean falsificadas y desvirtuadas alegremente cuando las recogen y esgrimen otros que no seamos nosotros, radica nuestro alejamiento, nuestra desconfianza y nuestra disconformidad con el grupo de Falange española, Frente español, Fascismo español, que los tres nombres, al parecer, utilizan esos casi amigos.

Tendremos en lo sucesivo muy al corriente a todos los camaradas acerca de las posibles incidencias que nos ocurran en este sentido. Las JONS no deben ver en el grupo falangista un rival, ni por ahora un enemigo. Lo único que nos corresponde hoy es robustecer nuestra propia disciplina, impidiendo las defecciones ligeras, pero también sin impresionarse demasiado ante los que se vayan; pues desde el momento en que se apartan con facilidad de nuestra bandera, prefiriendo la falsa a la auténtica, denotan que eran falaces camaradas nuestros, invaliosos para la tarea jonsista.

Claro que toleraremos con dificultad la tarea a que, según nos cuentan varios camaradas de provincias, se dedican algunos falangistas: la de captar o pretender captar con malas artes nuestros cuadros. ¿Cree el falangismo que lo primero que hay que hacer en España es debilitar las JONS? ¿No tienen enemigo rojo al frente? ¿O para qué juego o pantomima han nacido?

Con estas líneas respondemos a la inquietud que nos mostraban algunos núcleos de las JONS ante la posible desviación que podía significar el que los dirigentes jonsistas se uniesen y enlazasen al falangismo, abandonando y traicionando a nuestro Partido. Tranquilícense todos. Las JONS no se desvían. Son el alma y la entraña misma de la juventud. La posible bandera nacional de los

trabajadores y defenderán contra todo y contra todos su voluntarioso designio hasta el triunfo final de la revolución.

¡VIVA EL SINDICALISMO NACIONAL!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Las elecciones y el triunfo de las derechas

España ha dado en las elecciones un triunfo clamoroso a las derechas. A la ficción del sistema ha correspondido un triunfo igualmente ficticio, puesto que, según parece, no va a significar la toma del Poder por las derechas. Hemos presenciado una cosa insólita, y es el temor, la actitud temblorosa y cobarde que esos elementos adoptaron ante la victoria electoral. Piden perdón al enemigo por haber triunfado, y le ruegan por todos los medios que no se irrite ni moleste. Cosa semejante es, sin duda, única en la historia política; pero desde luego, lógica, obligada e inevitable, si se tiene en cuenta el norte, la orientación y la táctica errónea que han seguido hasta aquí los grupos triunfadores.

La incapacidad para obtener de los acontecimientos la consecuencia política más clara, es decir, la toma del Poder, sobre todo si no se olvida que España vive hoy todavía una densa atmósfera revolucionaria, no radica en la cobardía o debilidad de éstos o de los otros dirigentes. No puede señalársele a Gil Robles como un tremendo error el no haber forzado las consecuencias políticas de la victoria. Pero sí toda su actuación anterior, todo el orden político que guiaba sus propagandas; todo su empeño en polarizar la lucha en torno a cauces pobrísimos, anticuados y desteñidos, sin calor nacional ni afán decidido por la victoria española.

Gil Robles ha dirigido y organizado una reacción que carece de novedad, de eficacia y de brío. Ha puesto en pie todo el viejo sistema ideológico y utilizado toda la vieja comparsa de caciques. No quedarán sin castigo sus errores, recibéndolo, en primer lugar, de los hechos mismos que le obligan a una actitud falsa, débil y bien poco decorosa para un jefe político de su edad, y en segundo, de toda la España joven que renace, que lo señalará con el dedo como a un culpable de que la batalla contra el marxismo y demás fuerzas antinacionales se haya efectuado en un plano infecundo, sin consecuencias grandiosas para la Patria, sin llamamientos fervorosos a su unidad, sin una reconstrucción fulminante y segura.

Así la jornada electoral resultó entregada a la buena fe del sistema imperante. Las derechas fueron a las urnas como si se tratase de derrotar a un Gobierno cualquiera, sin acordarse de las circunstancias revolucionarias y de la licitud de ciertas ofensivas. Pero claro que aparecen de nuevo aquí las limitaciones que antes hemos señalado: ¿sobre qué hombros ideológicos y sobre qué temple humano y personal iban las derechas a apoyar y fijar la realidad durísima del Poder? Están realmente incapacitadas, y en eso, en tener que reconocerse inermes e incapaces a la hora del triunfo electoral, radica su responsabilidad mayor. Han impedido y bloqueado, quizá, que otros dirigiesen en España la pelea por medios más fértiles y movilizasen a los españoles tras de empeños más duros.

Claro que sólo nosotros, los que vivimos y luchamos en temperatura jonsista, podemos, quizá, preferir que España siga entregada a experiencias de barbarie marxista, antes que contribuir a una falsa, tímida y mediocre situación, que nos garantice un vivir pacífico, sin pena ni gloria, a base de concesiones y de pedir permiso a los enemigos para ir viviendo horas burguesas y panzudas. Nuestra posición dilemática es tajante: o el triunfo de España; es decir, el orgullo de sostener sobre los hombros una Patria, o la muerte histórica de España y nuestra propia muerte.

La organización de Las derechas se ha realizado sin poner en circulación esos propósitos de salvación española, de salvación vital, económica e histórica de todo el pueblo, y por eso es angosta, ineficaz y pálida. No estamos conformes y nos desvinculamos en absoluto de su futuro.

Todavía anda por la calle el marxismo suelto, y ni un solo día se han desalojado de las plazas sus voces traidoras. En ciudades donde las derechas han tenido mayorías electorales aplastantes, la vía pública ha estado y está en manos de los coros marxistas. La enunciación sólo de este hecho es la descalificación más rotunda de lo que es y supone el derechismo. ¿Qué coraje despierta en sus masas? ¿Qué concepto tiene de las bases reales sobre las que se asientan hoy de modo ineludible las victorias políticas?

Cuando iniciamos el movimiento JONS sabíamos que los grupos de izquierdas eran focos inservibles. Ahora, ante la desnudez electoral, se pone en evidencia ante nosotros la faz igualmente inservible del derechismo. Ni unos ni otros sostienen la ilusión española de un triunfo pleno, imperial y definitivo.

¡Juventudes de las derechas! ¡A abandonar esos medios y a fortalecer las JONS!

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Cómo España dejó oficialmente de ser una Nación

Esta afirmación no tiende a llevar el pesimismo al ánimo de los patriotas españoles, ni tampoco el desencanto. Su fin es ayudar a ver y a comprender cómo se ha podido consentir la misión de SALVAR a España, al partido y a los hombres que perdieron profundamente la emoción y el sentido unitario y total de la Nación española.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 266. Entradilla)

Noticiario jonsista

Nuestros camaradas del Triunvirato Local de Madrid, Nicasio Álvarez Sotomayor, cuando se preparaba a dirigir la propaganda de las JONS en Extremadura, con motivo de la contienda electoral —donde iba a encabezar la candidatura Nacional-sindicalista—, fue detenido por la Policía y conducido a la Cárcel Modelo.

Sotomayor tiene que cumplir la condena de un año que le fue impuesta por su intervención directora en la gloriosa huelga contra la Telefónica del año 1931: el primer ejemplo nacional de protesta justa, revolucionaria y patriótica.

* * *

El militante de las JONS, Ernesto Giménez Caballero, ha publicado este otoño "La nueva catolicidad". El éxito de tal libro ha sido tan rápido y eficaz, que aparecerá muy pronto su segunda edición.

Se trata de la mejor visión y síntesis del fenómeno fascista en Italia y en el mundo. Recomendamos su lectura y reflexión a todos los camaradas.

* * *

Las JONS de Zaragoza han inaugurado su nueva sede con asistencia de Ramiro Ledesma Ramos, quién dirigió la palabra a los camaradas zaragozanos.

* * *

En Zaragoza se ha publicado el primer número del órgano local jonsista, "Revolución".

* * *

En Valencia, el Triunvirato local de las JONS ultima la aparición de un semanario que se llamará "El Estado sindicalista".

* * *

En Valladolid —donde la labor reorganizadora de Onésimo Redondo Ortega, después de su regreso del destierro en Portugal, aumenta cada día— ha reaparecido notablemente mejorado el semanario jonsista "Libertad".

Las JONS, de Bilbao, redoblan sus ataques en todos los terrenos contra los enemigos de España. Hasta ahora han triunfado de socialistas y separatistas.

Se celebró en Cáceres un mitin de difusión de nuestra verdad nacional-sindicalista. Tomaron parte: Guillén Salaya, director de "Pan"; José Olalla, del Triunvirato local de Madrid, y Ledesma Ramos, del triunvirato Ejecutivo Central.

Prepararemos próximos mítines de propaganda de las JONS en Toledo, Segovia y Valladolid.

El jonsismo va imponiéndose por toda España. Se constituyen nuevos núcleos y Triunviratos. Nuestra actividad se extiende y afianza en Cataluña, Andalucía y Galicia.

"El Socialista", "C.N.T." y "Mundo Obrero" atacan sin descanso a las JONS: a su doctrina y a su táctica.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, págs. 286-287)

Beneméritos de las JONS. José Ruiz de la Hermosa

El militante de las JONS de Daimiel, José Ruiz de la Hermosa, fue apuñalado por los asesinos socialistas de ese pueblo, cuando, con una intrepidez sin límite, asistía a un mitin marxista, donde impávidamente protestó contra la matanza de Casas Viejas y desafió a los enemigos de la Nación española.

Sus camaradas de Daimiel nos informan:

"...el que ha caído, sabed que era un jonsista cien por cien, procedente de la izquierda, fue un revolucionario que encontró a su España. Era un formidable propagandista con gran ascendencia entre los obreros y una gran simpatía en la localidad. Valiente como ninguno y temerario, su exceso de confianza le condujo a la muerte... Adelante la bandera jonsista: teñida de sangre es imposible retroceder..."

Las JONS de toda España levantan sobre su escudo y su bandera el nombre de José Ruiz de la Hermosa.

Por su memoria, camaradas.

Por el triunfo del jonsismo.

¡Viva España! ¡Vivan las JONS!

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 288)

NUMERO 7. Diciembre 1933.

Circular para el Partido. A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

Al finalizar el año de 1933 se presenta al Partido un panorama de nuevos esfuerzos y nuevas responsabilidades. Aunque las Juntas caminan con el ritmo de crecimiento que les presta su carácter de estar vinculadas a la ascensión histórica de las juventudes, urge hoy, sin embargo, acelerar las etapas y conseguir para en breve eficacias rotundas. Han de ser las tareas jonsistas de 1934. Las JONS disponen ya de todo lo necesario para convertirse en dos meses en un amplísimo y poderoso movimiento nacional. Pues tenemos una doctrina, una sed firme de juventudes a su servicio, una labor callada y lenta de organización, una experiencia magnífica a prueba de dificultades y, sobre todo, la seguridad optimista de que sólo nosotros representamos el ansia voluntariosa de salvarse con que aparecen hoy equipadas las juventudes españolas.

En 1934 las JONS tienen que conseguir uno de los objetivos más difíciles del Partido: hacer una brecha en el frente obrero marxista; es decir, conseguir la colaboración, el apoyo y el entusiasmo de un gran sector de trabajadores. La ruta del Partido está suficientemente provista de espíritu social para que sea lícita, posible y cercana esa pretensión nuestra, que, por otra parte, resulta imprescindible a los propósitos jonsistas de movilizar «masas» nacionales.

Está, pues, bien clara la consigna para 1934: pasar de los trabajos internos de organización a una realidad polémica al aire libre, superar la situación de pequeños núcleos entusiastas por la captación y conquista de cuadros numerosos.

Esperamos de todos los camaradas que prosigan con ardor su actuación jonsista, ateniéndose a las normas que siguen, únicas que pueden proporcionar al Partido la victoria que creemos corresponde en 1934:

1) Necesitamos que todos los militantes robustezcan su sentido de la acción. Pues no hemos nacido para una labor educativa y lenta, sino para realizaciones diarias. Y sólo presentando a los españoles un ejemplo de sacrificio, actividad y desinterés pueden conseguirse los concursos morales y materiales que necesita el Partido.

2) Las JONS tienen que evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas. Nos repugnan por igual quienes se sitúan en esas zonas, que viven a base de alimentar y fomentar la discordia española, desconociendo la urgencia de que en España no haya sino dos frentes de lucha: 1.º, el de los que afirman su realidad como Nación y tratan de servir esa realidad uniendo su destino moral y económico al destino moral y económico de España. 2.º, el de todos los que la niegan y se desentienden traidoramente de ella. Así de sencilla es la concepción jonsista, y a nadie está permitido complicar nuestra bandera con raíces o motivos diferentes. Las propagandas tienen, pues, que hacerse teniendo en cuenta esa amplísima concepción nacional de las JONS, para que sólo los inconscientes o los traidores queden fuera de la órbita nacional del Partido.

3) Hay que dotar a las JONS de una ancha base proletaria. Afirmamos que no sabe nada de nuestra época quien crea lícito mantenerse contra la hostilidad de todos los trabajadores. Nadie confunda el jonsismo con una frívola y vana tarea de señoritos. Interpretamos profundamente una posición social que se identifica en muchos aspectos con los intereses de la clase trabajadora, y por eso estamos seguros de que si nuestros camaradas propagandistas agitan con inteligencia y coraje la bandera jonsista entre los trabajadores, obtendrán formidables eficacias. Para ello, para favorecer y orientar la propaganda en los sectores obreros, han lanzado las JONS el manifiesto a los trabajadores, donde aparecen las consignas justas que deben utilizarse.

4) La disciplina jonsista ha de ser, desde luego, ejemplar. Pero todo lo contrario, sin embargo, de una sumisión ciega que impida la fuerza creadora de las organizaciones. Dentro de las JONS habrá grupos especiales -ya de hecho han comenzado a formarse las Patrullas de Asalto con un espíritu así-, donde la disciplina rígida y férrea exista. Pero el Partido, en esta etapa de crecimiento que se avecina, debe lanzarse con denuedo a la acción y a la propaganda sin estar pendiente cada

hora de la actitud de los dirigentes. Bien se nos entenderá esto que decimos. Hay en los próximos meses, que actuar y que crecer sea como sea.

5) No puede olvidarse la realidad española. El ochenta por ciento de nuestros compatriotas vive insatisfecho, postergado ilícitamente en sus pretensiones justas. Ello emana de la anarquizada vida moral y social en que se ha debatido España en los últimos tiempos. Las JONS pueden y deben ser el cauce único donde confluyan los esfuerzos de esos compatriotas por salvarse con dignidad y eficacia. La bandera jonsista puede ofrecer a los desasistidos injustamente, a los lícitamente insatisfechos, a los postergados por los privilegios abusivos de una minoría rapaz e inepta, un cobijo salvador, una victoria común. He ahí el camino y los objetivos inmediatos de la propaganda. ¡Todos a salvarse con y por España!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

Madrid, diciembre 1933.

(«JONS», nº 7, Diciembre - 1933)

Manifiesto del Partido. Las JONS a todos los trabajadores de España.

Camaradas obreros:

Los errores de los dirigentes marxistas han llevado a la clase trabajadora española a una situación peligrosa y difícil. Nosotros sentimos por eso la necesidad de contribuir a la defensa moral y material de las masas obreras, siguiendo procedimientos nuevos y señalando a los trabajadores las causas a que obedecen el que hoy se hallen al borde de ser aplastados sus derechos y sus intereses por una poderosa reacción capitalista.

Crítica de organizaciones. Nueva táctica

Las organizaciones sindicales hoy existentes en España -la Unión General de Trabajadores y la C.N.T.- sirven, más que a los intereses de los trabajadores, a los intereses de los grupos que los utilizan, bien para obtener ventajas políticas, como los socialistas, o bien para realizar sueños vanos y cabriolas revolucionarias, como los faístas. Esa política de los dirigentes de la Unión General de Trabajadores y esa actuación, ingenuamente, catástrofe y pseudorrevolucionaria de los faístas dirigentes de la Confederación no se emplea en beneficio de los trabajadores, ni siquiera en contra de la gran plutocracia, sino que hiere y perturba los intereses morales, materiales e históricos de nuestra Patria española. Por culpa de las tendencias marxistas, permanece hoy la clase obrera de nuestro país desatendida de la defensa de España, abandonando este deber a las clases burguesas, que acaparan el patriotismo, utilizándolo para sus negocios e intereses, para ametrallar a las masas, considerándolas enemigas del Estado, de la Sociedad y de la Patria, y para reducir la fuerza y el prestigio de España a la lamentable situación en que hoy la hallamos.

Las JONS creen que es el pueblo, que han de ser los trabajadores, quienes se encarguen de vigorizar y sostener la vida española, pues la mayor garantía del pan, la prosperidad y la vida digna de las masas, radica en la fuerza económica, moral y material de la Patria. Y son los trabajadores los que deben hacer suya, principalmente, la tarea de crear una España grande y rica, y no los banqueros y los capitalistas, a quienes les basta con su oro, sin que les preocupe lo más mínimo que España sea fuerte o débil, esté unida o fraccionada, cuente o no en el mundo.

Las JONS ofrecen a los trabajadores españoles una bandera de eficacia. Acogiéndose a ella se liberarán de sus actuales dirigentes y conquistarán de un modo seguro y digno, en colaboración con otros sectores nacionales, igualmente en riesgo, como los pequeños industriales y funcionarios, el derecho a la emancipación y a la seguridad de su vida económica.

Si ello no lo han conseguido todavía los trabajadores, aun disponiendo de organizaciones y sindicatos poderosos, se debe a los errores y traiciones de que les hacen objeto los grupos que los dirigen. Hay que impedir que las cotizaciones de los obreros de la U.G.T. sirvan para encaramar, políticamente, a dos centenares de socialistas, que no persiguen otro fin que el triunfo personal de ellos, dejando de ser asalariados, y sin que los auténticos obreros perciban la más mínima mejora en su nivel de vida. Y hay que impedir que la C.N.T. sea el cobijo de los grupos anarquistas que conducen esta Central obrera a la inercia y a la infecundidad revolucionaria.

No creemos nosotros, sin embargo, que convenga a los trabajadores ni a nuestro ideal Nacional-Sindicalista la creación de una Central sindical competidora de la U.G.T. y de la C.N.T. No. No debemos debilitar ni desmenuzar el frente obrero. Ahora bien, dentro de todos los Sindicatos, de la U.G.T. y de la C.N.T. fomentaremos la existencia de «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista» que, democráticamente, influyan en la marcha de los Sindicatos y favorezcan el triunfo del movimiento jonsista, que será también la victoria de todos los trabajadores.

Os invitamos, pues, camaradas obreros, a fortalecer nuestro frente de lucha, bien perteneciendo a las JONS, en vanguardia liberadora y nacional-sindicalista, de carácter revolucionario y patriótico, bien formando en los «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista», dentro de los Sindicatos hoy existentes, para una lucha de carácter profesional y diario.

Antiburgueses y antimarxistas

Nos calumnian quienes dicen que las JONS vienen a salvar a la burguesía. Mentira. Somos tan antiburgueses como antimarxistas. Lo que sí proclamamos es la necesidad de una España grande y poderosa como el mejor baluarte y la mejor garantía de los intereses del pueblo trabajador. El sentimiento nacional corresponde al pueblo. ¡No os dejéis arrancar, obreros, vuestro carácter nacional de españoles, porque es lo que ha de salvaros! Los internacionalistas son unos farsantes y hacen el juego a la burguesía voraz, entregándole íntegras las riquezas de la Patria. «Sólo los ricos pueden permitirse el lujo de no tener Patria.»

Las JONS denuncian ante todos los trabajadores que la lucha de clases como táctica permanente de combate social favorece la rapacidad del capitalismo internacional y financiero, que negocia empréstitos onerosos con los países de economía debilitada, compra a bajo precio sus ferrocarriles, sus minas, sus tierras. Es el camino de la esclavitud nacional. Y a ello colaboran los socialistas, negando la existencia de la Nación española y convirtiendo a sus obreros en rebaños al servicio de los intereses de los grandes capitalistas. En ese contubernio inmoral y secreto de los jefes marxistas mundiales con la alta finanza, radican las mayores traiciones de que han hecho víctimas a la Nación española y al pueblo.

¡En guardia, pues, trabajadores! Las JONS os presentan una línea clara de combate. Hay que atrincherarse en el terreno mas firme. Hay que luchar como españoles, desde España, donde hemos nacido y donde está la posible salvación de nuestras vidas.

He aquí las consignas de las JONS para todos los trabajadores:

Hay que ser revolucionarios

Pues sólo revolucionariamente es posible desmontar el aparato económico burgués-liberal que hoy oprime a los españoles.

Hace falta un orden nacional

El orden que necesitan los trabajadores no es, desde luego, el orden burgués, tiránico y despreciable. Es el orden nacional, la disciplina nacional, sostenidos por el esfuerzo de los mismos trabajadores en beneficio de España y de su economía. Y repetimos que son los obreros, las masas pobres y laboriosas, quienes deben luchar por la existencia de una disciplina rígida y justa que someta y aplaste la arbitrariedad de los poderosos.

Hay que localizar al enemigo

Sostenemos que debe administrarse bien la energía que los trabajadores desarrollen en su lucha. La revolución Nacional-Sindicalista de las JONS quiere descubrir a los enemigos reales y no

desperdiciar energías útiles contra enemigos imaginarios. El enemigo del obrero no es siempre el patrono. Es el sistema que permite que las riquezas producidas por patronos y obreros caigan inicualemente en poder de esos otros beneficiarios inmorales, que son los verdaderos enemigos de los obreros, de la Nación española y del bienestar de todo el pueblo. Los altos beneficiarios de la actual economía liberal-burguesa no son corrientemente los patronos, y menos, claro es, los obreros, sino esa legión de especuladores de bolsa, acaparadores de productos y del comercio exterior, los grandes prestamistas, la alta burocracia cómplice que radica en los Sindicatos marxistas y en los Ministerios. Estos voraces opresores tienen poco que ver, por lo general, con los modestos y honrados capitales que los agricultores e industriales movilizan en la explotación de sus negocios.

Las JONS distinguen perfectamente entre ellos, y sostienen la necesidad de que la conciencia honrada de los trabajadores nacional-sindicalistas advierta y apruebe esa distinción justa.

Necesidad de batir al marxismo

Señalado el enemigo capitalista, las JONS destacan ante los trabajadores la gran culpa que corresponde a las tendencias marxistas en el crecimiento y extensión de la tiranía y del malestar económico de las masas. El marxismo impide que los trabajadores luchen revolucionariamente, de acuerdo con otros grupos sociales de amplitud nacional, y polariza la revolución hacia afanes exclusivamente destructores y caóticos. Anula, asimismo en el hombre sus fines más nobles, como, por ejemplo, el servicio y culto a la Patria que formaron con ilusión y sangre sus antepasados, el desinterés y generosidad de espíritu que se requieren para colaborar alegremente con los demás compatriotas en la gigantesca obra común de forjar una economía racional y justa.

El marxismo conduce a los trabajadores a situaciones trágicas, sin salida ni decoro. Los convierte en enemigos inconscientes de su país, al servicio, como antes dijimos, de la finanza internacional y de los imperialismos extranjeros. Eso lo consigue debilitando en los trabajadores la idea de Patria, presentándola como cosa burguesa, cuando la realidad es más bien la opuesta. Nosotros, sin embargo, sostenemos que la salvación de España depende del concurso de los trabajadores y que la tarea de reconstrucción nacional con que sueñan hoy las masas de españoles jóvenes, sanos y entusiastas sólo será posible si los nuevos revolucionarios, obreros y clase media, arrebatan a las derechas, a los sectores tradicionalmente patrióticos, la bandera y la consigna de forjar una España fuerte, grande y libre.

Los propósitos revolucionarios

El triunfo de la revolución jonsista resolverá de plano las dificultades de los trabajadores. Pero hasta que eso acontezca se requiere amparar, apoyar y encauzar eficazmente sus luchas diarias. Las JONS piden y quieren la nacionalización de los transportes, como servicio público notorio; el control de las especulaciones financieras de la alta banca, garantía democrática de la economía popular; la regulación del interés o renta que produce el dinero empleado en explotaciones de utilidad nacional; la democratización del crédito, en beneficio de los Sindicatos, Agrupaciones comunales y de los industriales modestos; abolición del paro forzoso, haciendo del trabajo un derecho de todos los españoles, como garantía contra el hambre y la miseria; igualdad ante el Estado de todos los elementos que intervienen en la producción (capital, trabajo y técnicos), y justicia rigurosa en los organismos encargados de disciplinar la economía nacional; abolición de los privilegios abusivos e instauración de una jerarquía del Estado que alcance y se nutra de todas las clases españolas.

Pero, sobre todo, vamos a la realización de la revolución nacional-sindicalista. Las JONS presentan una meta revolucionaria como garantía ante los trabajadores de que su lucha no será estéril y de que sus dirigentes están libres de toda corruptela política y parlamentaria.

Los trabajadores que además de revolucionarios se sientan españoles y patriotas deben ingresar en nuestros cuadros de lucha, por la consecución rápida y la victoria arrolladora del nacional sindicalismo revolucionario.

¡Salud y revolución nacional!

Por los Triunviratos jonsistas: Nicasio Álvarez de Sotomayor (Madrid), Onésimo Redondo Ortega (Valladolid), Santiago Montero Díaz (Galicia), Andrés Candial (Zaragoza) y Felipe Sanz (Bilbao).

Por el Triunvirato Ejecutivo Central: Ramiro Ledesma Ramos.
Oficinas centrales de las JONS: calle de Los Caños, 11, Madrid.
(«JONS», nº 7, Diciembre - 1933)

Noticiario jonsista

De acuerdo con el artículo 5.º de los Estatutos y el 6.º de las Normas interiores, el Triunviro Presidente del Ejecutivo Central, camarada Ramiro Ledesma Ramos, ha firmado, con fecha 23 de diciembre último, los nombramientos de los primeros doce camaradas jonsistas que constituirán el Consejo Nacional del Partido. Este organismo comenzará a funcionar, pues, rápidamente.

He aquí los nombres de los camaradas y las JONS locales a que están adscritos:

José Gutiérrez Ortega.— Granada.

Felipe Sanz Paracuellos.— Bilbao.

Santiago Montero Díaz.— Santiago de Galicia.

Onésimo Redondo Ortega.— Valladolid.

Javier M. de Bedoya.— Valladolid.

Andrés Candial.— Zaragoza.

Bernardino Oliva Olivera.— Zafra.

Juan Aparicio López.— Madrid.

Nicasio Álvarez de Sotomayor.— Madrid.

Ernesto Giménez Caballero.— Madrid.

José Guerrero Fuensalida.— Madrid.

Sabemos que el Triunvirato Ejecutivo Central convocará para en breve la primera reunión del Consejo Nacional jonsista.

El juez de Instrucción del Juzgado número 9 de Madrid ha dictado auto de procesamiento y prisión, sin fianza, contra nuestros camaradas Luis Ciudad y Félix Ciriza. Se les acusa de haber causado lesiones de cierta gravedad a varios militantes rojos, en la madriguera marxista del Fomento de las Artes.

En Santiago de Galicia se ha publicado el primer número del quincenario nacional-sindicalista "Unidad". Casi todo su interesantísimo sumario va dirigido contra el fracasado Estatuto gallego. El camarada Santiago Montero Díaz cumple magníficamente su deber de director y animador de esa campaña.

* * *

Con el mayor entusiasmo ha comenzado a actuar el Triunvirato local de Santiago de Galicia. Extendiéndose nuestro nacional-sindicalismo rápidamente a toda la región.

* * *

En Valencia se ha publicado el primer número del semanario de las JONS, "Patria Sindicalista".
(«JONS», nº 7, diciembre de 1933, pág. 336)

NUMERO 8. Enero 1934.

Primeros deberes del jonsista

- 1.- Darse de baja en toda organización política, salvo especial autorización en contra para labores del Partido.
 - 2.- Cumplir los deberes que impone el Partido.
 - 3.- Acatar en absoluto la disciplina del ideario, de los estatutos y de los Organismos superiores de las JONS.
 - 4.- Aportar al Partido cuantas iniciativas, sugerencias o actividades útiles puedan desarrollar.
 - 5.- Contribuir a su sostenimiento por lo menos con la ayuda económica mínima que marcan los estatutos de las JONS.
 - 6.- Hacer todo cuanto sea posible por la difusión de la doctrina, la táctica y las organizaciones jonsistas.
 - 7.- Capacitarse y esforzarse en capacitar a los demás.
 - 8.- Conocer perfectamente el programa, los estatutos y los documentos políticos del Partido.
 - 9.- Leer la prensa jonsista y difundirla.
 - 10.- Obedecer sin discusión las consignas y órdenes de las JONS.
- («JONS», nº 8, Enero - 1934)
-

Ante el Estatuto vasco

La unidad de España es para nosotros condición inexcusable de nuestra existencia como españoles. Su garantía, su afirmación es la meta primordial de la revolución jonsista. En el número anterior de nuestra revista, el camarada Montero Díaz expuso la doctrina unitaria que las JONS sostienen revolucionariamente contra la Constitución de los Estatutos traidores y el espíritu disociador que la informa. Hoy, una voz de las derechas, José Félix de Lequerica, sitúa ante el Estatuto vasco una briosa concepción de unidad que coincide con la nuestra. Por eso publicamos sus alegatos, deseosos de que voces como la suya aparezcan también en otros sectores, de derecha, de izquierda o de centro. De otra parte, Lequerica, militante de las derechas, y por ello no sujeto a la órbita jonsista, ha sido el primer español que comentó con emoción nacional las tareas sorelianas del sindicalismo revolucionario, tan gratas para nosotros. Zigzagueó o intuyó, pues, hace veinte años, un sindicalismo nacional. Eso, y el verlo debatirse en todo momento contra las tendencias disgregadoras, que es necesario decirlo, acampan ya en las zonas de las derechas, bajo uniforme y carátula de "autonomía bien entendida", hace que transcribamos con la máxima satisfacción su artículo de oposición magnífica al estatuto vasco.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 13. Entradilla)

Las JONS revolucionarias

Sospechamos la existencia de bastantes confusiones en torno a la significación del movimiento jonsista. Ningún lugar más propio que éste para reducir ese confusionismo, acerca del que no nos corresponde la menor responsabilidad. Siempre han hablado claro las Juntas, y la culpa de él corresponde, pues, por entero, a quienes nos enjuician utilizando categorías falsas.

El error proviene de que, desde el primer día, se nos ha adscrito y considerado como un partido fascista, y no está el error en que no lo seamos, sino en que en España hay sobre el fascismo la idea más falsa y deficiente posible. Nunca han explotado las JONS ese supuesto carácter fascista que tienen; es decir, nunca han hecho un llamamiento a los españoles que se «creen» fascistas, con lo que han disminuido, sin duda, sus efectivos, y hemos procedido así porque nos constaba que un auténtico movimiento fascista en España tendría, antes que nada, que liquidar y oponerse a los más íntimos clamores de los «fascistas» que aquí había.

Nos urge, pues, reivindicar nuestro propio carácter. Somos revolucionarios, pero no de cualquier revolución, sino de la nuestra, de la que se proponga conquistar para España un Estado nacional-sindicalista, con todo ese bagaje de ilusiones patrióticas y de liberación económica de las masas que postula nuestro movimiento. El destino jonsista, nuestro quehacer revolucionario, no puede reducirse a realizar hoy hazañas más o menos heroicas contra el marxismo, que favorezcan la rapacidad de los capitalistas y el atraso político considerable en que hoy vive la burguesía española. Eso, nunca. Los que se acerquen a las JONS deben saber que penetran en la órbita de unos afanes revolucionarios que se desenvolverán en un futuro más o menos largo, pero que sólo esos afanes son nuestro norte de actuación. Nunca otros. Provéanse, pues, de paciencia los impacientes, porque mientras más fácil y rápido sea nuestro triunfo, más nos habremos desviado y más habremos traicionado los propósitos difíciles y lentos a que deben las Juntas su existencia. Para tareas cercanas y aparentes, de servicio al «statu quo» social, de peones contra el marxismo, facilitando la permanencia en España de toda la carroña pasadista y conservadora, para eso tienen ya otros, felizmente, la palabra.

Las filas revolucionarias de las JONS no deben nutrirse más que de los españoles que van llegando día a día con su juventud a cuestras, o de luchadores y militantes desilusionados del revolucionarismo marxista. En nuestra revolución tienen que predominar esas dos estirpes. Sólo así alcanzará sus objetivos verdaderos.

Grupos convencidos y seguros de que nuestra marcha es justa, de que está encajada en el proceso histórico español y de que llegará nuestra hora, es lo que precisamos. Eso conseguido, y ya creemos lo está en grado casi suficiente, lo demás, el que las masas fijen su atención en nuestra bandera, el que controlemos y dirijamos la emoción revolucionaria en la calle, eso es prenda segura de nuestra verdad, de nuestra fe y de nuestros primeros éxitos.

Nuestro temperamento revolucionario tiene ya, por lo menos, en la España actual, una satisfacción: la de que ocurra y pase lo que quiera, la única salida posible es de carácter revolucionario. Esa es la realidad y, es, además, nuestro deseo. Todo el problema y todo el dramatismo que se cierne sobre la Patria en esta hora se reduce a la duda acerca de quién hará la revolución, a cargo de qué grupos, qué tendencias y qué afirmaciones correrá la tarea de efectuar la revolución. El hecho de que en España exista la realidad de ese dramatismo ineludible, indica que ha entrado nuestro país en el orden de problemas universales de la época. Ha sido el problema de Italia en 1922. De Alemania, durante el largo período de 1920 a 1933. Y comienza a ser el de otros grandes pueblos, donde se resquebraja el orden vigente y apunta la necesidad aparentemente subversiva, de salvarse por vía revolucionaria.

En España tenemos la perentoriedad del hecho marxista, vinculado al socialismo, que se dispone a polarizar toda la energía descontenta, el revolucionarismo «izquierdista», anticlerical, la subversión de los trabajadores, en torno a su bandera roja. Hay, pues, peligro marxista en nuestro país, y peligro inminente. Oponerle una táctica contrarrevolucionaria tradicional, conservadora, en nombre de los intereses heridos, sean espirituales o económicos, es lo que hacen esos partidos que se llaman las derechas. Cosa inane. Una vez conseguido por el marxismo escindir a España en dos frentes: uno, el suyo, y otro, la burguesía, con una conciencia anti o, por lo menos, extraproletaria, ya ha logrado la mitad de la victoria.

Las JONS entienden que la máxima urgencia es romper la falsa realidad de esos dos frentes. Si en España, tanto como se ha hablado y habla de fascismo, se hubiera comprendido sólo a medias el sentido histórico de la revolución fascista, no habrían hecho su panegírico los sectores que sueñan con ella, y a los que es por completo ajena su realización. Lo que en España alcance y logre un éxito decisivo sobre la amenaza socialista, lo que consiga desplazarla, asumiendo a la vez la representación directa de los trabajadores, será el fascismo de España, es decir, lo que aquí acontezca que a la luz de la Historia se juzgue como análogo al hecho italiano.

Creemos y sostenemos que son las JONS quienes pueden y deben lograr la culminación de ese papel histórico. Sólo las JONS y su nacional-sindicalismo revolucionario. Pues sólo nosotros, al parecer, luchamos contra el marxismo, considerándolo ni más ni menos que como un rival en la tarea de realizar la revolución. No nos interesa cerrar el paso a la subversión marxista, para que la multitud de españoles perezosos, bien avenidos y pacíficos, tranquilos y conservadores, sigan con su pereza, su tranquilidad y sus cuartos. Ni una gota de sangre de patriota jonsista debe derramarse al servicio de eso.

Vamos a disputarle al marxismo el predominio en los sectores donde se hallen los españoles más inteligentes, los más fuertes, los más sanos y animosos. Cuando para realizar la revolución socialista no se recluten militantes, sino en los suburbios infrahumanos de la vida nacional, tendremos casi asegurado el éxito. Ello requiere una auténtica decisión de sustituirlo en los propósitos revolucionarios. La pugna consiste en ver quien atrae a sus banderas los núcleos de más capacidad revolucionaria, los que puedan desarrollar más tenacidad, sacrificio y desinterés. Repitámoslo, porque es esencial para la ruta jonsista y porque conviene que nos vayamos desprendiendo de auxiliares negativos: «SÓLO ACEPTAMOS LA LUCHA CONTRA EL MARXISMO EN EL TERRENO DE LA RIVALIDAD REVOLUCIONARIA.» Pediremos a los trabajadores que abandonen las filas marxistas, y hasta en su hora se lo impondremos por la violencia, pero con el compromiso solemne de realizar nosotros la revolución.

Este es el espíritu de las JONS, que coincide con el espíritu del fascismo, pero no, sin duda, con el de los núcleos, sectores y personas que en España claman por el fascismo.

Que en España hay grandes masas pendientes de una realización revolucionaria, es perfectamente notorio. Toda la pequeña burguesía que se movilizó por la República democrática y puso sus esperanzas en ella, está hoy sin norte claro. Urge conseguir que la inacción que suele originar el desconcierto y la ceguera no aparte a esas masas de su propio destino, que es en muchos aspectos el de impedir la revolución socialista. Es cierto que gran parte de ella sigue aún fiel a las consignas de orden democrático, aun confesando cada día la radical inanidad de esa solución. Ya van, sin embargo, haciendo la concesión de que habría que apelar a la dictadura para salvar a la democracia, y nosotros tenemos el suficiente conocimiento de nuestra época, para afirmar que una actitud jacobina como esa, extramarxista, se vería obligada a fascistizarse.

España atraviesa hoy la mejor coyuntura para llevar al ánimo de la pequeña burguesía, de los intelectuales y de toda la juventud, la necesidad de oponerse a la revolución socialista y realizar la revolución nacional. Son inseparables ambas metas e insostenible una sola sin la otra.

Las JONS tienen que esforzarse en inventar el cauce para un movimiento nacional de esa índole o colaborar con los grupos que se lo propongan, de un modo auténtico, hoy, desde luego inexistentes. Abundan, sí, las posiciones que se presentan como dispuestas a transformar el Estado, en un sentido de eficacia nacional y revolucionaria. Pues comienza a estar de tal modo en la conciencia de todos los españoles la necesidad de asegurar de una manera firme la batalla antimarxista, amparados en la trinchera «nacional» y «totalitaria», que hasta los jóvenes formados políticamente en los medios clericales postulan soluciones aparentemente análogas. Así las juventudes de Acción Popular, a las que hay que recusar con energía para dirigir y orientar estas tendencias, hablan de corporaciones, Patria grande y antidemocracia, sin darse cuenta de que todo eso se logra con tal temperatura «nacional», tal interés por la realidad suprema del Estado y tal actitud revolucionaria que chocaría a los dos segundos con sus melindres religiosos, su preocupación de que no se rozase la libertad de la Iglesia y sus remilgos ante la violencia formidable que sería preciso desarrollar. Además, desde su órbita confesional es ilícito sostener hoy en España una aspiración totalitaria. Porque si media Nación vive fuera de la disciplina religiosa, mal va a aceptar soluciones «políticas» que se incuben o tengan su origen en la Iglesia.

Esa actitud pseudofascista de las juventudes de Acción Popular, si no consigue imponer su totalitarismo confesional, sí cumple, en cambio, a maravilla el papel de incrementar entre las masas

las confusiones en torno al fascismo, al que así comprueban las gentes adscrito a los medios de menos capacidad revolucionaria y menos dignos de crédito para una tarea de captación de los trabajadores. Carecen, por otra parte, de suficiente calor nacional, de la imprescindible libertad para garantizar que sus propósitos no serán desviados por designios superiores a los suyos, cuya alta influencia hay ya muchos motivos para creer se utiliza de un modo sospechosísimo para los intereses de España.

La prevención que muestran a la vez estos elementos contra las rotulaciones fascistas, proceden de lo que en éstas hay de eficacia revolucionaria. La necesidad universal del fascismo, es decir, su interpretación de una disciplina nacional, de un orden exigentísimo, no se compagina bien con la preponderancia de poderes que aquí querrían siempre a salvo y con libertad plena.

Las JONS revolucionarias saben bien en qué consiste y va a consistir su deber. Atrincherarse en la emoción nacional de España, sostener por todos los medios su unidad, descubrir para los españoles una tarea común, exigente y durísima, que pueda ser impuesta de un modo inflexible a todos. Interceptar toda fuga al pasado y enlazar su vigor con el interés social y económico de las grandes masas, que si fatalmente van a verse obligadas a incrustarse en una disciplina, tienen un profundo derecho a imponer su presencia en el Estado. Revolución nacional, empuje, vigor y dinamismo, queremos. Como única garantía de la Patria, del pan de los españoles y de que merece la pena de que muramos espantando de España la revolución roja.

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

Más allá del comunismo

(Artículo escrito en diciembre de 1919, en la prisión de san Vittore, donde Marinetti fue encarcelado con Mussolini, Vecchi, Bolsón y quince "ar-diti", acusados de atentar a la seguridad del Estado y de organizar bandas armadas, tres años antes de la victoria fascista. Lo publicamos para que vean los jóvenes —nuestros jóvenes— con qué temperatura y con qué razones iniciaron su camino los fascistas de Italia.)

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 26. Entradilla)

Cómo conseguir la unidad del Estado

Un camarada jonsista de Cataluña nos remite el siguiente trabajo, que publicamos no sin alguna vacilación. Afirma desde luego la unidad de España, sin cuya coincidencia no podría acercarse, claro, a nosotros. Pero desde Cataluña creen muchos que todas las regiones de la Patria claman y reclaman estatutos, y un poco influido por ese ambiente parece estar nuestro camarada. No hay tal cosa. Eso de los estatutos queda circunscrito a Cataluña y Vasconia, y su realidad no puede nunca imponer a España un tipo de Estado que los haga posibles. En el siguiente trabajo hay mucho aceptable, casi todo. Es la tesis de un catalán que quiere la unidad de España y la unidad del Estado, sin que queden fuera o contra esa unidad las masas de Cataluña. Empeño magnífico, que hacemos nuestro. Pero no nos mostraremos nunca dispuestos a conceder nada que quebrante la unidad de nuestra nación. La idea del Estado que se defiende en este trabajo es exactamente jonsista y también contraria desde luego a los estatutos.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 31. Entradilla)

Los informes al T.E.C.

Inauguramos hoy en la revista una sección nueva, que creemos interesará a los camaradas del Partido. La Secretaría Nacional jonsista nos facilitará extractos de los informes que reciba el Triunvirato Ejecutivo Central, ya desprovistos, naturalmente, de cuanto en ellos está destinado a permanecer secreto. Es sabido que las secciones locales de algún relieve elevan todos los meses al T.E.C. un informe reservado, con detalles acerca de su actuación y características políticas de su zona. He aquí párrafos del que han remitido últimamente, con un buen ánimo, los camaradas que forman el Triunvirato organizador de las JONS en Barcelona.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 35. Entradilla)

Próxima reunión del Consejo Nacional jonsista

El Triunvirato Ejecutivo Central ha convocado para los días 12 y 13 de febrero al Consejo Nacional del Partido. Este alto organismo jonsista va a deliberar acerca de varias cuestiones que son hoy de vital importancia para el desarrollo de nuestro movimiento.

Parece que son tres los puntos fundamentales que se someterán al alto juicio del Consejo:

- 1.º Actitud de las JONS ante el grupo fascista F.E.
- 2.º Creación de los organismos a través de los cuales debe conseguir el Partido una eficacia violenta en el terreno de la acción antimarxista.
- 3.º Fijación de las consignas que han de constituir la base de la propaganda en 1934. Posible radicalización de nuestra línea revolucionaria, robusteciendo la posición jonsista entre la pequeña burguesía y los trabajadores.

Basta la enumeración de estos temas para advertir la trascendencia que van a tener las deliberaciones del Consejo.

La presencia del grupo F.E. que, como es notorio, pretende seguir el camino jonsista, es un hecho que, en algún aspecto, perturba evidentemente el desarrollo normal de las JONS, obligándonos a examinar y a justificar de nuevo nuestra propia plataforma política. Es, pues, necesario que el Partido fije con toda energía y claridad su juicio acerca de F.E., proporcionando a todos los camaradas una crítica justa sobre las características de ese movimiento.

Parece, según nuestras noticias, que en el seno del Consejo van a ser defendidas tres tendencias con relación a este tema del F.E. Una sostiene la necesidad de que las JONS afirmen su desconfianza ante ese grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista. Los camaradas que defienden esta posición estiman que las JONS deben publicar un manifiesto de razonada y enérgica hostilidad contra el F.E., denunciando su ineptitud para dar a los españoles una bandera nacional, auténticamente revolucionaria, y declarando, como consecuencia, que su única labor va tristemente a reducirse a la de ser agentes provocadores de una robusta y fuerte unificación del bloque revolucionario marxista. Según esos

mismos camaradas, corresponde a las JONS fijar las limitaciones derechistas de F.E., que le incapacitan para una auténtica empresa totalitaria, y suplir esas limitaciones con una actitud inequívoca por nuestra parte, que permita a las JONS desenvolverse con éxito entre las masas.

Frente a esa tendencia, que pudiéramos calificar de fanática e intransigentemente jonsista, y que parece muy dudoso predomine en el Consejo, hay otras dos, muy diversas, sin embargo, entre sí. Una estima que el movimiento F.E. encierra calidades valiosas y que sus dirigentes pueden, sin dificultad, interpretar una actitud nacional-sindicalista. Aprecia, sin embargo, en la táctica y actuación anterior de F.E. graves errores, que pueden ser corregidos, y desde luego, cree que las JONS, antes de denunciarlos y combatirlos, debe intentar influir en aquellos medios para lograr su rectificación posible. A este efecto, defienden los camaradas que interpretan esta tendencia, que las JONS deben invitar solemne y cordialmente a F.E. a que se desplace de sus posiciones rígidas, situándose, fuera de F.E. y de JONS, en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos. Esta opinión, que parece coincide con la de algún destacado camarada del Triunvirato Ejecutivo Central, tiene, quizá, grandes probabilidades de que la haga suya el Consejo. Sus propugnadores defienden, asimismo, que si fracasa la invitación a que aluden, es decir, si F.E. no juzga oportuna una solución del tipo y carácter de la que se le propone, corresponde apoyar y aprobar la primera tendencia, con la ventaja, en este caso, de que no alcance a las JONS responsabilidad alguna en la pugna que se inicie.

Hay, por último, una tercera opinión que, según nuestras noticias, alguien sostiene también en el Consejo; pero con tan débil asistencia, que quizá la defienda solamente un camarada. Consiste en que las JONS procedan, bajo ciertas condiciones, a disolverse, incorporándose al F. E. Repitamos que esta actitud no tiene, al parecer, y por fortuna, la menor probabilidad de éxito.

El segundo punto que va a ser objeto de deliberación por el Consejo se refiere, como antes dijimos, a la necesidad de que el Partido disponga de órganos adecuados y eficaces para la acción revolucionaria contra nuestros enemigos. En un momento como el actual, en que se agudiza la apelación a la violencia por parte de los rojos, es urgente e imprescindible que dispongamos de normas, tácticas y técnicas tan claras y precisas que proporcionen a las JONS éxitos ruidosos frente a la actividad asesina de los elementos marxistas.

Seguramente el Consejo perfilará la idea ya expuesta por el Ejecutivo Central de crear Patrullas de Asalto, a base de camaradas probadísimos, que sean una garantía de tenacidad, arrojo y entusiasmo jonsistas.

El carácter de estos grupos, su engranaje en las actitudes del Partido y el modo de dotarlos de una férrea y eficaz disciplina serán objeto, sin duda, de amplio examen por los camaradas del Consejo.

El tercer punto es, asimismo, de capital importancia. Ha llegado el momento de llevar al pueblo español, a las grandes masas nacionales, un programa claro, revolucionario y concreto, cuya defensa y triunfo signifique la gran victoria de la Nación española, el aplastamiento de sus enemigos y el bienestar de todo el pueblo.

Hay, pues, que realizar el hallazgo de unas metas tras de las cuales arrastrar el entusiasmo, la colaboración y la angustia de las masas españolas. Ya están en la encrucijada de una vida difícil y dura, y nos corresponde dar la orden de marcha, equipararlas de un modo perfecto y hostigar su ímpetu.

(«JONS», nº 8, Enero -1934)

La estrategia de Largo Caballero

Hace próximamente un mes pronunció Largo Caballero un discurso en una fiesta de los impresores. Dijo en él una frase que constituye todo el secreto de su actividad revolucionaria. Hay que fijarse bien en ella y calibrarla con exactitud, porque su aceptación en el posible frente único rojo

supondría un formidable peligro. Largo Caballero, en su calidad de líder, es decir, de jefe a quien corresponde la orientación estratégica de la revolución, declaró que «era preciso conseguir y conquistar primero el Poder político para luego hacer con él y desde él la revolución social».

Entra así la estrategia socialista en el plano de las metas reales y abandona el tópico catastrófico, ingenuísimo, del «estallido de la revolución social», cuya ilusión ha sido el norte tradicional de los militantes rojos de todas clases: socialistas, comunistas y anarquistas.

Pasó quizá desapercibido ese clarísimo viraje estratégico expuesto por Largo Caballero en su discurso. La prensa obrera de otras tendencias no se fijó o no quiso fijarse en esa tan decisiva declaración del jefe socialista. Sólo en el periódico clandestino que edita la C.N.T. en este período de la ilegalidad, apareció un comentario, naturalmente adverso. Es lógico que los anarquistas se escandalicen, porque para ellos no tiene sentido ni importancia eso de «conquistar el Poder político». Les interesa la revolución social; y a ser posible, la suya, la revolución anarquista, precisamente la que ahogaría e impediría Largo Caballero en esa su primera etapa de «Poder político».

Como se ve, Largo Caballero busca dos eficacias diversas con la estrategia revolucionaria que denunciemos. Una, moverse en un terreno posible, sin concesiones a utópicas y catastróficas jornadas; otra, controlar la revolución social posterior, impidiendo el predominio de las tendencias rivales, ya que hecha desde el Poder, con férrea mano, esa revolución social se iría haciendo por decretos.

Pero eso es la estrategia fascista. En eso justamente consisten las etapas en que se desenvuelve la revolución fascista. Pues un proceder revolucionario así garantiza la continuidad, es decir, no rompe catastróficamente con el inmediato pasado social del país, sino que de un modo paulatino, real, efectúa la transformación económica.

Repetimos que Largo Caballero sigue, pues, una estrategia fascista, que por sí, es decir, como una forma abstracta de realización revolucionaria, es la más adecuada a estos tiempos.

Está, pues, bien justificada la última consigna de las JONS, que pide a los grupos antimarxistas que sitúen su lucha en un plano de rivalidad revolucionaria. Será o no recogida, quizá no, porque hay zonas políticas en España, precisamente las que se creen más fascistizadas, que comprenden con dificultad los aspectos más claros y palpitantes del fascismo.

Pero nosotros la recogeremos. Y aunque sea rechazado nuestro criterio, nos quedará por lo menos la tranquilidad de sabernos los únicos que meses antes de la revolución socialista manejaron las únicas ideas, tácticas y consignas que podían oponérsele con éxito.

El triunfo de la tendencia representada por Largo Caballero en el seno de la Unión General de Trabajadores pone esta Central Sindical al servicio de un «reformismo revolucionario» que puede proporcionar a España el triste remate de consolidarse por algún tiempo en ella un régimen a extramuros de su propio ser histórico. Y es que los pueblos reclaman y piden consignas decisivas. Si frente a la política marxista no hay una fortísima decisión «nacional» de salvarse con heroísmo y talento, si sólo hay endebles reacciones defensivas, con el marco egoísta de todas las defensivas, nos tememos que tenga España que presentar su dimisión como pueblo histórico, independiente, grande y libre. (¡¡¡Jamás, camaradas!!!)

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

El desplazamiento marxista ⁶

Los hombres tienen siempre necesidad de algo que esté sobre ellos, y cuya colaboración invocan, de un modo consciente o no. Por ejemplo, ese saberse en la línea lógica de la Historia, con una ruta sin pérdida, en cuyo final está irremisiblemente el triunfo de cuanto ellos estiman justo y verdadero. Quizá el movimiento social contemporáneo que ha adoptado más intensamente esa

⁶ Artículo escrito por Ramiro bajo el pseudónimo de «Roberto Lanzas».

posición de seguridad de que pasase lo que pasase, a pesar de todas las dificultades y obstáculos que suponía la realidad hostil, la victoria última estaba fatalmente escrita, ha sido el movimiento socialista.

El marxismo construyó, en efecto, unas categorías económicas e históricas que conducían de un modo sistemático y seguro a la edificación de la sociedad socialista. Fracaso de esto, contradicción entre esto y aquello, aparición fatal de este o aquel fenómeno, concentración de estas o aquellas energías, decrepitud de estos o aquellos factores sociales, etc., etc. Y por fin, naturalmente, indetenible triunfo revolucionario de los trabajadores rojos. Así de sencillos, simples y artificiosos son los pilares de la concepción marxista. Pero la eficacia para la agitación y la movilidad formidable de las masas ha sido enorme. Cincuenta años febriles en que ha bastado proyectar entre las masas obreras la rotunda película marxista para ganarlas, sin más, al nuevo dogma, convencidas y seguras de que la Historia, el tiempo y otras divinidades estaban a su lado.

Los agitadores rojos han alimentado, pues, sin dificultad la esperanza y el entusiasmo de las masas, utilizando idéntica temperatura psicológica, a la que significaba para los antiguos el saberse protegidos y amparados por los dioses en alguna de sus empresas. La escisión de las fuerzas marxistas en dos frentes, uno comunista revolucionario y otro reformista, ha sido quizá la única consecuencia contradictoria para sus fines que encerraba en su seno el marxismo. Los partidos socialistas o socialdemócratas, acogidos con rigor a la firmeza de que el triunfo llegaría fatalmente, casi por sí solo, han seguido la táctica de esperarlo de una manera paciente. La rama comunista sostiene, sí, idéntico dogma, pero estima que es posible, y desde luego más digno y más marxista, atrapar la victoria sin búdicas esperas, por vías revolucionarias y violentas.

Ese fatalismo marxista, que aparece expresado con la denominación pedante de «socialismo científico», es decir, seguro y riguroso, se resquebraja hoy por grietas múltiples. La demostración de la falsedad de sus asertos, de la falacia de sus esquemas, no está siendo una demostración conceptual y silogística, no la han conseguido los teóricos ni los profesores, sino que es un producto formidable de los hechos históricos.

Se avecina, pues, y llega con premura la disolución del marxismo, porque concluye su capacidad para ilusionar y alumbrar el próximo futuro de las gentes. El proceso de la economía y de la sociedad burguesas, la culminación del capitalismo como sistema de producción, son hechos a la vista; sus contradicciones, dificultades y crisis también lo son. Lo que no aparece como ineludible es que esas contradicciones, esas dificultades y esas crisis se resuelvan y terminen en una edificación socialista.

Algo está ahí que le ha usurpado, que le ha desplazado del campo de las victorias. Los pueblos descubren su realidad nacional, recurren a sus propios valores económicos y morales y afianzan en ellos sus energías revolucionarias.

La revolución mundial roja ha sido desplazada por una serie de revoluciones nacionales, en las que han tenido y les corresponderá tener una intervención heroica gentes que procedían de aquellos sectores sociales a los que precisamente juzgaba el marxismo por completo invaliosos. Mal planteadas estaban, pues, las tesis marxistas. Había más salidas revolucionarias que las suyas. Con más capacidad de heroísmo y más empuje violento que el que desarrollaban las filas rojas. Nutriéndose, por tanto, de calidades humanas superiores a aquellas sobre que tenía sus bases la revolución socialista. Esas revoluciones nacionales, antimarxistas, hechas con aportaciones de pequeños burgueses, intelectuales patriotas y antiguos militantes desilusionados del revolucionarismo internacionalista, son las que han ganado hoy la atención del mundo. Son las revoluciones fascistas, rótulo este al que no cabe otro sentido que el de haber sido la revolución fascista italiana la primera de ellas en el orden cronológico que tuvo efectividad y éxito. Pero que sería absurdo señalar como inspiradora, rectora y originaria de las revoluciones nacionales de estos tiempos. En primer lugar, porque la revolución nacional, es decir, la que de un modo sincero, hondo y entrañable hace un pueblo -y éstas son las únicas que triunfan- no puede nunca ser un plagio, una copia de la que haya hecho otro pueblo. Con estas mismas intuiciones reaccionó Italia contra el bolchevismo, cuya revolución obsesionó en 1920-21 a las masas con un intenso afán imitativo. Lo destaca y señala magníficamente Marinetti en el ensayo de 1919, que resucita ahora nuestra Revista.

El proceso de la economía, los tremendos chasquidos sociales de esta época, las apetencias de las gentes, su estilo vital, todo, en fin, favorece la presencia de los revolucionarios nacionales y la derrota de los revolucionarios rojos. Pues sólo una economía nacional auténtica, es decir, viviente

como un organismo completo, puede desplazar las crisis y las dificultades que se oponen hoy a la satisfacción económica de las masas. Los pueblos de economía simple, es decir, meramente industrial o agrícola, asentada sobre una sola de esas dos grandes ramas de la economía, son los que sufren hoy con más rigor la crisis económica y el paro. En cambio, las economías nacionales mixtas o completas alcanzan una eficacia y una normalidad envidiables. Hay, pues, una categoría nacional, una dimensión decisiva, que hace inevitable su robustecimiento.

De otra parte, las convulsiones que agitan a las masas reclaman, como nunca, un orden rígido, extraído, naturalmente, de ellas mismas, con el entusiasmo, decisión y eficacia con que se producen las conquistas revolucionarias. Y ese orden necesario y esa disciplina son inseparables de una Patria donde se producen y cuya existencia y servicio es la finalidad última donde ellos tienen justificación.

En cuanto al estilo vital de nuestra época, deportivo, limpio y fuerte, se enlaza de un modo notorio con la significación histórica de las estirpes nacionales. Los pueblos vuelven felizmente a ilusionarse con la posibilidad de pertenecer a una Patria que realiza en el mundo las tareas más valiosas.

Si tenemos, pues, que las economías son catastróficas si no son economías **nacionales**. Y que no existe un orden, una disciplina, si no son un orden y una disciplina **nacionales**, es decir, al servicio de una Patria e impuestos en nombre de ella y por ella. Y que no hay en las masas vida alegre y limpia si no se mueven y circulan en una órbita **nacional**, participando emocionalmente de sus peripecias por la Historia. Si todo eso es cierto en la hora actual del mundo, por lo menos en sus zonas decisivas, en los grandes pueblos, se comprenderá fácilmente la razón de la retirada marxista.

El marxismo podía ser una solución contra el mundo viejo de los egoísmos capitalistas y de la sordidez demoliberal. Pero otra revolución más brillante, eficaz y verdadera lo desplaza. A ésta amparan y ayudan hoy las mismas divinidades que al principio decíamos presentaba el marxismo como suyas. Todo conspira hoy para el triunfo de la revolución nacional. La hora marxista pasó sin ensayarse. Esta es la realidad del mundo.

¿Y España? ¿Se concentrarán aquí como trinchera última los esquemas fracasados y se retrasará nuestra voluntad española de vivir? No contestamos ahora a esto. He pretendido sólo situar esa realidad de que el marxismo ha perdido o está a punto de perder esa capacidad asombrosa de que ha estado dotado durante los últimos treinta años para situar como ineludible la victoria socialista. Hace quince años no había razones ni cordones frente a la avalancha marxista. Sólo la fuerza pública mercenaria de los viejos Estados demoliberales, cuyos gobernantes, en lo íntimo, veían justas y verdaderas, aunque dolorosas y temibles, las aspiraciones del socialismo.

Hoy hay ya lo único que puede vencerla: los pueblos mismos, las masas mismas, entregando su fervor no a la revolución social ni a la revolución antinacional roja, sino a una revolución a la vez nacional y social. El descubrimiento fascista no es otro que éste: a la revolución marxista no se la bate ni destruye con métodos contrarrevolucionarios, sino haciendo con más perfección, amplitud y justeza la revolución misma. Ya hablaremos extensa y concretamente de España, de nuestro caso español, que es el que nos atenaza y angustia.

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

Noticiario jonsista

A los doce camaradas que figuraban nombrados del Consejo Nacional, añadimos hoy otros tres, que pertenecen reglamentariamente al referido organismo, desde el 21 de enero último:

Maximiliano Lloret (Valencia).

Ildefonso Cebriano (Barcelona).

Emiliano Aguado (Madrid).

Por su actuación contra los comunistas, está detenido en la cárcel, el camarada de Madrid, Nemesio Galiana.

* * *

Después de algunas vacilaciones, ocasionadas por la presión del grupo F.E., de Valencia, el semanario "Patria Sindicalista" reafirma su posición jonsista. Lo dirige nuestro camarada Maximiliano Lloret.

* * *

En Valladolid vigorizan cada día nuestros camaradas la influencia nacional-sindicalista entre los núcleos obreros de la U.G.T.

* * *

En Madrid, siguiendo la táctica que indicaba el Partido en el manifiesto a los trabajadores, se han constituido Grupos de Oposición Nacional-sindicalista en tres sindicatos afectos a la U.G.T. Esperamos poder anunciar en breve la eficacia sindical obtenida por estos nuevos camaradas.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 47)

NUMERO 9. Abril 1934.

Discurso de Ramiro Ledesma Ramos en el mitin de Falange Española de las JONS celebrado en Valladolid

¡Españoles! ¡Salud!

Nuestra presencia hoy en Valladolid tiene para los propósitos políticos y revolucionarios que nos animan una significación fundamental. Pues nos acontece que al iniciar una senda difícil, en la que a menudo los caminos van a presentársenos herméticos y hemos de encontrar innumerables semblantes hoscos en torno nuestro, necesitamos venir aquí, a una atmósfera limpia, de cordialidad benévola y segura.

Y así, aquí estamos, ante Castilla, un poco como aprendices, porque ya en estas tierras se realizó una vez la gran tarea de unificar a España, de ligarla a un destino gigantesco, con ataduras tan resistentes que han durado y permanecido cuatro siglos.

Tradición

Bien sabéis, camaradas, que desde el primer día, cuando yo, con toda modestia y sin pretensiones de una tan rápida eficacia como la que luego sobrevino, fundé las JONS, recogimos de los muros más gloriosos de Castilla los haces de flechas y los yugos simbólicos que aparecen en la Historia de la Patria, tejiendo las horas más grandes. Estamos, pues, enraizados con la firmeza en la mejor tradición de España.

Pero yo me doy cuenta aquí, y os transmito con inquietud esta sensación mía, de que corremos en Castilla un poco el peligro de que, recordando la gran tradición de triunfo de esta tierra, nos quedemos extasiados ante ella, siendo así que nuestro deber presente es bracear con las dificultades cotidianas, crear nosotros una tradición tan fuerte y abrir ruta en el futuro de la Patria. Por eso, camaradas, la tradición es peligrosa si nos recostamos sobre ella y nos dormimos. Nuestra consigna ha de ser estar en pie sobre la tradición de España, mejor, incluso, la punta del pie tan sólo, y luego, en esa especie de equilibrio inestable, hacer cara con riesgo, emoción y coraje a la tarea nacional de cada día.

Unidad

Creed, camaradas, que hay objetivos formidables que esperan nuestra acción. Así la primera conquista revolucionaria que hoy se nos ofrece es sostener, afirmar y recobrar la unidad de España.

Sabéis todos muy bien dónde apoyan, fortifican y atrincheran sus razones los disgregadores. Su cobija es la Constitución oficial del Estado, y a su amparo, traspasándole cobardemente la responsabilidad, se pretende ahora dar la segunda rebanada a la integridad de nuestra Nación, concediendo el estatuto vasco, y esto, repito, sin la audacia o la inconsciencia con que semejante faena era realizada por las Constituyentes, sino con el gesto frío, sarcástico y cobarde de manifestar que se limitan a cumplir con la ley.

Pero nosotros sabemos que España es la primera Nación moderna que se constituyó en la Historia y que sus cuatro siglos de unidad, durante los cuales realizó los hechos más decisivos que presenta la historia del mundo, son la más formidable e imperiosa ejecutoria de unidad que se puede presentar como bandera contra los separatismos criminales.

Pero si se nos dice que esas justificaciones históricas no son suficientemente válidas, que contra esos argumentos hay otros más firmes, entonces, camaradas, nosotros debemos en efecto abandonar ese campo de la Historia y proclamar que en último y primer término España será indivisible y única, porque nosotros lo queremos, porque nos posee y nos domina la firme y tenacísima voluntad de mantenerla única e indivisible.

Antimarxismo

Entre la procesión de peligros que nos acechan y acosan hoy a los españoles está la inminencia de la revolución socialista.

El marxismo, camaradas, es tan radical y fundamental enemigo nuestro, que su sola presencia nos pone en pie de guerra. Es en todo, por lo que no tiene y nosotros consideramos imprescindible - ideales españoles, nacionales- y por lo que tiene -masas obreras-, que nosotros necesitamos con urgencia, es, repito, nuestro cabal y auténtico enemigo.

¿Pero entiende alguien, cree alguien, que nuestro antimarxismo reconoce por origen el afán de librar a la burguesía española de un frente obrero que la hostiga y amenaza sus intereses de clase? Esa imputación la declaro aquí con toda indignación insidiosa, rotunda y radicalmente falsa.

La realidad es más bien, camaradas, y porque nos honra mucho no tenemos para qué ocultarla, que somos sus rivales en la atracción de las masas, ya que uno de nuestros objetivos ineludibles es dotar a nuestro movimiento de una amplia base popular y revolucionaria. Aparte, naturalmente, de que consideramos a sus masas como españoles irredentos que están sojuzgados, tiranizados y desviados por los jefes marxistas del deber que les corresponde y obliga como españoles y como revolucionarios.

Masas

Siempre he creído, y los camaradas que de modo más cercano han recogido hasta aquí en las JONS mis orientaciones lo saben de sobra, que nuestro movimiento se asfixia si no alcanza y consigue el calor y la temperatura de las masas. Tenemos derecho a que un sector de esas masas nuestras, nacionalsindicalistas, esté constituido por haces apretados de trabajadores, de obreros nacionales y revolucionarios.

Pues entendemos que los obreros, las masas cuya economía depende de un salario, tienen que contribuir a la edificación directa del Estado, del Estado nacional-sindicalista a que aspira nuestra revolución.

¿Pues será preciso decir que los obreros que nutren nuestras falanges jonsistas no sólo no tienen que renunciar a la revolución como ruta posible de su redención económica, sino que, por el contrario, tienen que desarrollar entre nosotros más esfuerzo y más capacidad revolucionaria que si permanecen en las organizaciones marxistas?

No queremos ni deseamos con nosotros gentes renunciadoras, pacíficas y resignadas. Si para abandonar las filas rojas y nutrir nuestra bandera nacional tuvieran las masas que limarse y podarse su ilusión por la lucha, por la batalla y por el esfuerzo revolucionario, yo sería partidario de renunciar a ellas.

Bien me doy cuenta, todos nos damos cuenta, de que no ha de resultarnos fácil ni sencillo conseguir que los obreros estimen y comprendan nuestra revolución. Pero estamos dispuestos, firmemente dispuestos, a que la lección sea dura, durísima, en la seguridad de que a la postre se hará justicia a nuestra revolución, como la mejor y más segura garantía de su libertad, de su dignidad y de su pan.

Revolución nacional

Nosotros consideramos, camaradas que me escucháis, que abatir la revolución socialista, vencer al marxismo, tiene un precio en el mercado de la Historia y en el de la justicia. Ese precio es la revolución nacional. Una revolución que en vez de aniquilar el espíritu y el ser de España los vigoricen, que en vez de arruinar y debilitar la riqueza nacional la fortalezcan, que en vez de sembrar el hambre, la miseria y el paro entre las masas asegure para éstas el pan, el trabajo y la vida digna.

Frente y contra la revolución socialista, alentamos, preparamos y queremos la revolución nacional, que será y deberá ser en todo IMPLACABLE y decisiva.

Pero las masas están cansadas de que se les hable de patriotismo, porque han sido hasta aquí a menudo tan livianas y sospechosas las apelaciones a la Patria, que ha enraizado en ellas la duda, y yo mismo os confieso que cuando hace ya años ligué mi destino a la idea nacional de España, no podía evadirme de esa misma sospecha, que consiste en pensar si la Patria no sería utilizada con demasiada frecuencia por ciertos poderes contra la justicia y los intereses mismos de los españoles.

Por eso, camaradas, nuestro patriotismo es un patriotismo revolucionario, social y combativo. Es decir, no nos guarecemos en la Patria para apaciguar ni para detener los ímpetus de nadie, sino para la acción, la batalla y el logro de lo que nos falta.

Llebad, pues, por España, camaradas, la voz de que ha llegado la hora de la verdad. Los españoles actuales, frente a la revolución socialista que niega a España, que no necesita nada de España, tienen el compromiso de renovar en la Historia nuestro derecho a sostenerla sobre los hombres como una Patria legítima y verdadera.

Desde la guerra de la Independencia no han renovado los españoles su derecho a ser y constituir una Nación libre. La inminencia de la revolución socialista no admite más dilaciones ni más esperas.

¿Y qué mejor mentís a las prédicas rojas cuando, guiados por su consigna de lucha de clases, defienden que todo lo extraproletario es cosa putrefacta, inepta e inservible, que la ejecución heroica frente a la suya, de una revolución alimentada, sostenida y cimentada por el fervor nacional y patriótico de aquellos supuestos españoles podridos, inservibles e ineptos?

He aquí dibujada la gran tarea a cuya realización aspira nuestro movimiento. Es terrible nuestra responsabilidad de dirigentes, y quizá, incluso, en nuestro fracaso, si éste llega, se justifique el fracaso de todas las esperanzas nacionales fallidas con que vosotros, miles de camaradas que oís ahora estas palabras, soñáis intensamente. No nos importa esa responsabilidad y la arrostramos.

Final

En nuestra profunda sinceridad radica para nosotros la garantía mejor de este movimiento que hemos iniciado. Pero hay aún otra garantía que os ofrecemos sin vacilaciones a vosotros, y es la de que nuestra propia vida jugará en todo momento la carta de nuestra victoria, que es y ha de ser infaliblemente la victoria misma de España y de todos los españoles.

(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Sobre la fusión de F.E. y de las JONS

A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

Nos apresuramos a informar a todas las secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

Ante todo hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo nacional como este Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las JONS con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las JONS. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro, que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones, para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.

A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de complementarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a

cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1.º Todas las secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de... (JONS de...), y la integración nacional, la denominación total del Partido será FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. Las JONS actualmente constituidas permanecen, y las secciones locales de F. E. pasarán a ser JONS, rigiéndose unas y otras por los nuevos Estatutos que se están elaborando.

2.º FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS tendrá al frente una Junta de mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3.º El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las JONS. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4.º Exactamente a como ya ocurría en nuestras JONS, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud, y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5.º FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

En fin, camaradas os repetimos como última orden nuestra, que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que, desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndos a ser más nacional-sindicalistas y más revolucionarios que nunca.

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVAN LAS JONS!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

Madrid, febrero 1934.

(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Nota

La suspensión de “JONS” por el Gobierno, con motivo del estado de alarma, hace que publiquemos con gran retraso el documento anterior, que tiene fecha de 20 de febrero y se difundió ya en hoja impresa por todas las secciones jonsistas. Pero nos interesa de modo extraordinario que figure en las colecciones de nuestra Revista y lo publicamos hoy en lugar de honor.

Hemos de comentar asimismo la situación actual de nuestros grupos, es decir, la realización práctica de nuestra fusión con Falange Española, según se comunica y ordena a todos los camaradas en ese documento por el antiguo Triunvirato Ejecutivo Central de las JONS.

Estamos en general satisfechos del ritmo que han seguido nuestras secciones jonsistas para llegar a una eficaz fusión con las secciones de F.E. de su misma zona. A nadie puede extrañar una cierta lentitud, y menos a nosotros, sabiendo cómo los camaradas de las JONS tenían que dar cumplimiento exacto a las indicaciones del anterior documento, entre las cuales la primera ordena que nadie renuncie ni olvide el carácter nacional-sindicalista revolucionario que distinguía a las JUNTAS.

No tenemos que ocultar que algunos Triunviratos jonsistas se han visto precisados a sostener un eficaz forcejeo para conseguir la vigencia en su zona de las tácticas y doctrinas nuestras. Los

felicitamos por su energía y su fidelidad al nacional-sindicalismo revolucionario, pues además, ese forcejeo a que aludimos se producía en todo momento bajo la disciplina más exacta.

Sin embargo, también se han dado casos, desde luego lamentables, pero, por fortuna, pocos, de que al realizar la fusión se guareciesen bajo la careta de sostener con rigor la defensa jonsista, para afianzar egoísmos personales. Los pocos a quienes aquí se alude merecen nuestro desprecio político y que los arrojemos del seno de las JONS.

Repetimos en esta nota que el deber de todos nuestros antiguos camaradas es sostener en el nuevo movimiento las tácticas y doctrinas del nacional-sindicalismo jonsista. Pero siempre dentro de la disciplina, más aún, distinguiéndose como los que estiman y comprenden mejor la necesidad de una disciplina rigurosa y firme. Actitud distinta es, además de ineficaz para nuestros ideales, una ofensa a los camaradas que fundaron las JONS, únicos a quienes corresponde adoptar las medidas que consideren más justas para la más amplia difusión del nacional-sindicalismo revolucionario.

Además, en el Triunvirato Ejecutivo Central del nuevo movimiento F.E. de las JONS está con Primo de Rivera y Ruiz de Alda el camarada Ramiro Ledesma Ramos. ¿Hay algún jonsista que se atreva a recusar ni a poner en duda la justeza nacional-sindicalista de las consignas que emanen de un Triunvirato del que forma parte el camarada Ledesma Ramos? ¿Hay algún jonsista que no conceda todo el crédito político necesario, toda la confianza que se precise, al camarada que fundó la JONS y forjó un aparato doctrinal y táctico?

Ante la fusión con Falange Española, hoy, a los dos meses, digamos: ¡Enhorabuena y adelante!
(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Actividad de "Falange Española de las JONS"

La primera victoria de la fusión entre "Falange Española" y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista bajo la bandera totalitaria de "Falange Española de las JONS", ha sido el mitin clamoroso de Valladolid en el mes de marzo.

Organizado por los antiguos Triunviratos jonsistas de la ciudad, acudieron al teatro más amplio de Valladolid 5.000 camaradas de todas partes. Una misma ambición y valentía —la nacional-sindicalista— juntaba a castellanos con vascos y andaluces. Fueron frenéticos espectadores a la vez, del acto, los campesinos y los obreros, los pequeños industriales y la gente de profesión liberal. Fue, sobre todo, una fiesta y un triunfo de la juventud nacional de España. Nuestras flechas y nuestro yugo dieron realce y prestigio eterno al entusiasmo que se desbordaba y se creaba ante la tradición de la ciudad y de la enseña.

Hablaron a las masas nacionales Emilio Gutiérrez Palma y Onésimo Redondo Ortega, de Valladolid, y Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos —cuyo discurso va publicado en este número— y José Antonio Primo de Rivera. Los tres que integran el Triunvirato Ejecutivo Central de "Falange Española de las JONS".

Anotamos con alegría el éxito de la organización, de la movilización y de los oradores.

¡Viva España! ¡Viva Falange Española de las JONS!

(«JONS», nº 9, abril de 1934, pág. 78)

La reunión del Consejo Nacional jonsista

En nuestro último número —correspondiente a enero— informamos con amplitud acerca de la entonces próxima reunión del Consejo Nacional de las JONS.

Como se recordará, el primer punto de los tres que el Triunvirato Ejecutivo Central sometía al juicio del Consejo decía así: Actitud de las JONS ante la agrupación Falange Española. Los otros dos afectaban a la creación de organismos eficaces para la acción política del Partido y a la fijación de las consignas que servirían de base a la propaganda en 1934.

Presidió la reunión Ramiro Ledesma Ramos, y asistieron los siguientes camaradas consejeros: Felipe Sanz, Onésimo Redondo, Javier M. de Bedoya, Andrés Candial, Bernardino Oliva, Ildefonso Cebriano, Juan Aparicio y Ernesto Giménez Caballero. Enviaron su opinión razonada y amplia los camaradas Santiago Montero Díaz, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Maximiliano Lloret y José Gutiérrez Ortega, a quines les era imposible asistir a las sesiones.

El Consejo deliberó ampliamente, informando todos los camaradas reunidos. A las tres horas de sesión, y coincidiendo la mayoría en un criterio concreto acerca del primer punto, invitó el Consejo a los dirigentes de Falange Española a entrar en contacto con él para preparar y ultimar el acuerdo de fusión o inteligencia entre ambas agrupaciones. Acudieron los señores Primo de Rivera y Ruiz de Alda, y a los pocos minutos, perfiladas y aceptadas las bases del acuerdo, procedieron a firmarlo Primo de Rivera, por Falange Española, y Ramiro Ledesma, por las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS).

Se levantó la sesión, estimando que correspondía al nuevo organismo F.E. de las JONS, el estudio y examen de los otros puntos.

NOTA.—El camarada Montero Díaz, discrepando de los acuerdos del Consejo, dimitió su cargo, y en disciplinada y cordialísima carta que escribió al camarada-jefe Ledesma, pedía unas vacaciones políticas. Todos esperamos que sean breves, y que vuelva a nuestras tareas nacional-sindicalistas con el entusiasmo y la inteligencia de siempre.

(«JONS», nº 9, abril de 1934, pág. 96)

NUMERO 10. Mayo 1934.

Examen de nuestra ruta

Todas nuestras tareas tienen que proyectarse sobre España bajo el signo de la urgencia. No de lentitud, sino de premura y ritmo acelerado han de teñirse los ingredientes de nuestra victoria. Es, pues, preciso equiparse con agilidad, desembarazándose de impedimentos excesivos. La Falange nacional-sindicalista que constituimos necesita un uniforme exiguo y simple -ahí está el ejemplo de Mussolini eligiendo una camisa-, el ánimo tenso de coraje y un pequeño bagaje ideológico, es decir, una doctrina, un manojo de justificaciones teóricas que nos encaje certeramente en la Historia.

La revista "JONS" es el sitio donde se ha resuelto y sigue resolviéndose esta necesidad del Partido. Los perfiles que nos definen frente a los demás, las razones profundas que nos distinguen radicalmente como movimiento propio, sin conexión alguna esencial con gentes ni grupos ajenos a nosotros, han sido y serán, por tanto, los temas que nutran las páginas de nuestra Revista.

Necesidad de la movilización revolucionaria

Sabemos que hay grupos, entre los que se creen no sólo afines, sino también militantes de nuestras filas, que se resisten a aceptar la característica revolucionaria del Partido. Es este, sin embargo, un punto sobre el que no cabe hacer la menor concesión a nadie. La carencia de espíritu revolucionario nos situaría de lleno entre las filas durmientes de los partidos liberal-burgueses que buscan en las trapisondas electorales la plataforma del mando. Nos despojaría además de toda posible utilización de las masas como resorte de la victoria política, ya que la intervención activa de las masas se nutre sólo de atmósfera revolucionaria y de fermentos subversivos.

Nos rodea, pues, una doble necesidad de ser revolucionarios. Por obligatoriedad táctica, ya que es ingenuísimo y absurdo pensar que se nos va a permitir entrar un buen día en el Estado, modificarlo de raíz y llenar de sentido nacional las instituciones, grupos y gentes todas de España, haciendo una persuasiva llamadita retórica. Más bien es lógico que afirmemos nuestra convicción de que sólo llegará la victoria después de violentar las resistencias que de un lado el régimen parlamentario burgués y de otro las avanzadas rojas opongan a nuestros designios.

Y también por propia eficacia. Es decir, como consigna fecundísima en estos momentos de España, en que las grandes masas y hasta los grupos sociales minoritarios pierden y abandonan cada día su esperanza de que las dificultades tremendas que nos cercan a los españoles se resuelvan de un modo lento, pacífico y normal. En todas esas extensas zonas, el mito de la revolución, del sentido revolucionario, como procedimiento expeditivo y tajante para saltar sobre las causas de sus malestar y de su ruina, significará, desde luego, una ruta salvadora.

Y hasta hay una tercera justificación de nuestra actitud revolucionaria. La de que no es ni puede ser limitado el tiempo de que disponemos. En gran parte nos alimenta y sostiene, sobre todo como la más simple razón que esgrimir ante el pueblo para conducirlo a la acción directa, la realidad de una inminencia marxista cercando el solar de España. Hay, en efecto, nutridos campamentos rojos, que sólo de un modo revolucionario, de rápida eficacia e intrepidez, pueden ser vencidos. Se nos disputan, pues, las semanas, y frente al marxismo podremos disponer de todo menos de la facultad de aplazar y dar largas a los choques.

El Estado totalitario y nuestro sentido de la tradición de España

A nadie puede extrañar que mostremos en todo momento un cierto rigor en no aceptar las ideas ni las tácticas que gentes y grupos que se creen afines a nosotros nos ofrecen. Sin previa y rigurosa revisión, no aceptamos nada que haya sido elaborado fuera de las propias experiencias del Partido. Nos consta sobre todo el gran peligro que encierra el encomendar el propio pensamiento a cabezas ajenas, por muy afines y amistosas que resulten. Máxime cuando puede ocurrir que en el fondo haya entre unos y otros discrepancias insalvables.

El Estado totalitario nacional, como meta de nuestra revolución, es la primera conquista jerárquica a que nos debemos en el terreno de las instituciones. Representa para nosotros la unidad

nacional, la unidad en el pensamiento y en la emoción de los españoles, la disciplina y la eficacia en la acción política, la garantía del pan, el honor y la justicia. El Estado totalitario es, desde luego, un producto de la revolución y sólo se llega a él por la vía revolucionaria. Debemos decirlo y proclamarlo así para evitar en lo posible graves sorpresas.

La tradición española es totalitaria, aunque no pongamos demasiado empeño en demostrarlo; en primer lugar, porque las tareas políticas de carácter revolucionario responden sólo a reacciones de la época misma en que se producen, y en segundo, porque, como ya creo haber escrito otras veces, la verdadera tradición no tiene necesidad de ser buscada. Está vigente en nosotros y basta que nos sintamos ligados a ella de un modo profundo. Había totalitarismo y unidad del Estado que agotaba de modo magnífico la expresión nacional en los momentos imperiales del siglo XVI. El Imperio representó para la España anterior al César Carlos una verdadera y profunda revolución, canalizada y preparada, es cierto, por los Reyes Católicos, que habían hecho de España una Nación, la primera Nación de la Historia moderna.

Pues bien, lo falsamente que ha sido hasta aquí recogida la tradición española hace que no grave sobre el pueblo con suficiente vigor esa característica imperial y totalitaria. Pues el único partido o grupo oficialmente llamado tradicionalista ha estado siempre fuera de ese aspecto imperial de España, es de origen francés y decimonónico, y hasta diría que le informa tal ranciedad en sus bases teóricas que hay que agradecer y alegrarse de que viva desplazado de la victoria.

Izquierdas antinacionales y derechas antisociales

Hasta nuestra llegada, hasta nuestra presencia en la realidad de España, todas las fuerzas políticas y todas las pugnas que sostenían la atención de los españoles eran de una calidad casi monstruosa. Había y hay unos conglomerados y unos revulsivos llamados izquierdas, cuya ruta en los últimos cincuenta años es una permanente conspiración contra el ser mismo nacional de España. Una película que recogiese y destacase los hechos y las intervenciones de esos núcleos durante tal período situaría con exactitud ante los ojos de los españoles las cimas traidoras a que nos referimos. No cabe mayor alejamiento de lo nacional, no cabe más fácil entrega a las consignas enemigas de fuera ni mayor despreocupación por el destino universal que corresponde a nuestra raza.

Las izquierdas sostenían, sin embargo, en vilo un clamor social. De ningún modo serio y responsable, es decir, sin sentido de la eficacia ni angustia social sincera. Pero es evidente que, aunque lo utilizasen sólo como resorte de agitación, conseguían dar la sensación ante España de que acaparaban en sus filas las únicas preocupaciones de tipo «social» que había en el país.

Había y hay unos partidos y una zona difusa de españoles llamados derechas, que parecían anclar sus más firmes baluartes en una defensa de la expresión nacional, en una afirmación constante de patriotismo. Sin mucho vigor, aunque sí con mucha frecuencia, hablaban de la Patria, de la tradición española y de las gloriosas empresas de los antepasados. Esta actitud, sin base heroica ni sentido popular ni espíritu moderno llegó a convertirse casi en pura bobería. Desde luego, sin razones ni puños firmes contra la avalancha antinacional que crecía y se extendía por el país. Faltó a esa posición patriótica de las derechas una amplitud en el sentido de las masas, una angustia «social» en suma, y ello en la época en que éstas adquirirían vigor y carácter. Las derechas, y ello es una verdad universal, son antisociales. Comprenden a lo más un cierto paternalismo señorial, hoy radicalmente desplazado. O bien, una pálida coacción a base de encíclicas y de un cristianismo social asimismo al margen de toda eficacia.

Pero nosotros hemos descubierto, y cabe al fascismo italiano ser su expresión primera, que los dos conceptos e impulsos más hondos que hoy gravitan sobre las masas de los grandes pueblos son el impulso «nacional» y el impulso «social». El nacionalismo se hace así revolucionario, es decir, eficaz, arrollador y violento. La inquietud social de las masas, dentro de un orden nacional, pierde su aspecto catastrófico y negativo para convertirse en el fermento más fecundo y más valioso.

Nuestra mejor victoria será, pues, romper esos dos cauces únicos de derechas e izquierdas, nacionalizando la inquietud social de las grandes masas y conquistando para el sindicalismo nacional el entusiasmo y el esfuerzo de las zonas tradicionalmente patrióticas. En eso consistirá de un modo central nuestra revolución nacional-sindicalista.

El afán voluntarioso y la colaboración de las juventudes

En el origen de nuestra marcha no hay una doctrina, es decir, un convencimiento adquirido por vía intelectual, sino más bien un afán voluntarioso. Es demasiado lenta la elaboración de las ideas, y tiempo habrá de sobra para que un perfecto sistema intelectual defina luego nuestra actividad revolucionaria, que hoy necesita de hechos, de presencias robustas, más que de doctrinas. Esa característica voluntariosa se traduce y aparece en el estilo fundamental de nuestra revolución, que tiene que ser ante todo y sobre todo una revolución de juventudes. Y no, claro, de juventudes al servicio de ideas y experiencias que le lleguen desde fuera de ellas, sino al contrario, hecha con su propio aliento. Todo es joven entre nosotros y todo es joven en las revoluciones ya logradas en Alemania e Italia: los jefes, el estilo y la novedad misma radical de sus banderas. Arrebatarse, pues, la juventud obrera a las filas marxistas, declarar al marxismo viejo y canoso, inepto para impulsar las velas del mundo nuevo es la batalla cuyo éxito nos dará el definitivo control de la victoria.

Sólo la juventud nacional de España, orientada y dirigida por nuestro Partido, puede atrapar con sus odios, sueños y preferencias voluntariosas, la eficacia que rompa las limitaciones denunciadas en el panorama actual de la Patria.

(«JONS», nº 10, Mayo - 1934)

Universidad, Revolución, Imperio

El Triunvirato nacional de "F.E. de las JONS", Julio Ruiz de Alda, ha dado a nuestros camaradas los estudiantes del Sindicato, una conferencia con las últimas consignas e instrucciones, en vísperas de que se desparramen —durante el verano— por España. Hela aquí, íntegra:

(«JONS», nº 10, mayo de 1934, pág. 102. Entradilla)

Libertad nacional y disciplina nacional

Manuel Ballesteros, antiguo militante de la F.A.I. enrolado actualmente con entusiasmo en la "Falange Española de las JONS", nos descubre la crisis de su conciencia al traspasar su acción política de la esclavitud de la anarquía al servicio de la revolución nacional.

(«JONS», nº 10, mayo de 1934, pág. 117. Entradilla)

NUMERO 11. Agosto 1934.

Los problemas de la Revolución Nacional-Sindicalista

Una de las realidades más sugestivas y profundas sobre la que se apoya nuestro movimiento es su inflexible destino totalitario, es decir, la ineludible necesidad o compromiso de que salgan de su seno, producidos en él, los logros o aspiraciones fundamentales tras de cuya conquista movilizar el entusiasmo y el interés de los españoles.

Diversas veces en nuestros escritos hemos presentado y definido esa característica, que obliga a la Falange de las JONS a inventar y crear sus propias metas, vedándole el servirse de las que otros han señalado como suyas. Por fortuna, los mejores núcleos del Partido aceptan con alegría creadora ese destino, y por eso ha triunfado y se ha impuesto en nuestras filas la actitud revolucionaria, valiéndose de consignas y clamores que son producto peculiarísimo de nuestro movimiento.

Todo esto equivale, pues, a decir que nosotros dispondremos de un espíritu de decisión, de unos instrumentos tan eficaces y de una fuerza de tal especie, que nos permitirán ofrecer a los españoles la posibilidad de revolversse con éxito, tanto contra su angustia nacional, histórica, de pueblo a la deriva y en peligro, como contra su congoja social, de grandes masas sin pan y sin justicia. Ello es nuestra tarea, el compromiso global de nuestra revolución, con sus problemas, sus dificultades, su perentoriedad y su estrategia. Hay que darles cara, mirarlos de frente e irles destacando uno a uno. Y así veremos cómo realmente los problemas vitales de España claman por una intervención nuestra, esperan la robusta proyección de nuestro Partido, y cómo también cualesquiera otras tónicas que se le acerquen a la faz de España son remiendos impotentes e invaliosos.

El problema fundamental del Estado

La presencia política de nuestro Partido ha tenido lugar cuando había -y hay- en España una República, una Constitución, unos partidos republicanos, unos ideales y un Gobierno que era y es su producto, culminación y resumen. ¿Necesitamos decir que estamos al margen de eso y que precisamente para ocasiones como la de librarnos y librar a España de eso hay en nuestros propósitos una permanente consigna revolucionaria? Sin duda, no. Hay entre esa realidad y nosotros una incompatibilidad mutua que aparece, de un lado, en el ceno, naturalmente hostil que en nosotros despierta, y de otro, en las persecuciones tiránicas con que los Gobiernos nos distinguen. Parece que nuestro destino, si somos fieles a la autenticidad profunda que nos ha distinguido y prestigiado desde el primer día, va a consistir en pactar con muy pocas cosas, pero entre ellas no pueden estar ni los ideales, ni los partidos, ni los hombres que han dirigido hasta aquí la política de la República. Los repudiamos totalmente, sin asidero posible colaboracionista que nos una a sus tareas ni a sus instituciones. Han puesto los cimientos de un Estado monstruoso, que traiciona la unidad nacional de España, burla el interés revolucionario de las masas y se desliga de todo servicio a los propósitos de ambición nacional y de justicia que reclaman hoy las juventudes.

Pero aquí nace una dificultad para nosotros, un problema para la Revolución Nacional-Sindicalista. Pues si declaramos que nada hay valioso ni aprovechable en el actual sistema, si declaramos empalidecidos y agónicos sus ideales, infecundos y hasta traidores muchos de sus hombres y organizaciones públicas, y si además, como desde luego hacemos rotundamente, declaramos también nuestra decisión firme de no aceptar el retorno de la vieja España sepultada en abril, se nos plantea en el Partido la necesidad creadora de conquistar y descubrir una tercera ruta, abierta si es preciso en la roca viva de la Patria, sobre la que asentar la reforma revolucionaria del Estado.

Este despego que mostramos por igual hacia las viejas formas monárquicas como a la democracia burguesa y parlamentaria que hoy nos rige, está para nosotros en extremo justificado. Todos los atributos, eficacias y características que nosotros exigimos al Estado eran imposibles en aquel régimen agónico y se dan a la vez de bruces con el sistema y los ideales vigentes en la República.

Estamos, pues, libres en eso que se llama -¡todavía!- en los viejos medios problema del régimen. Libres y en el aire. Los socialistas se han definido también en esto de una manera tajante. «No somos republicanos», escribían como un reto en su periódico diario hace breves días. ¿Nos pedirá alguien a nosotros, falange nueva, revolucionaria y ambiciosa, que nos definamos de un modo diferente a los socialistas en tal cuestión? La hacemos, por el contrario, nuestra. Y de esta declaración surge también nuestra frase, que de seguro aceptan asimismo los socialistas para ellos: seremos republicanos si la República es nuestra y está gobernada totalmente por nosotros.

Ahí está, en nuestra coincidencia formal, revolucionaria, con los socialistas la clase del drama y de las convulsiones políticas que esperan a la Patria. Pues claro que disputaremos al marxismo con uñas, dientes y sangre el derecho a forjar los destinos futuros de nuestra España eterna. En la realidad de esa lucha, en sus peripecias y resultados está el secreto del Estado nuevo.

Una victoria nuestra, y nadie olvide que una derrota equivale al predominio socialista, a la victoria bolchevique, instaurará revolucionariamente un Estado nacional-sindicalista integral. Si fuese necesario expresarlo desde ahora, y si resultase urgente al Partido extenderlo como consigna, diríamos ya, proclamaríamos ya, que su denominación formal, su signo externo dentro de los vocabularios y de los mitos hoy vigentes, sería el de una REPÚBLICA CONSULAR.

Medios de lucha. Estrategia de la Revolución Nacional-Sindicalista

Es innegable que uno de los extremos más firmes sobre los que el Partido necesita disponer de mayor claridad es el de nuestra táctica revolucionaria, las diversas etapas de su desarrollo y los medios, los organismos rectores y ejecutivos de la misma. Pues un plan táctico abarca necesariamente desde el tono y los objetivos parciales sobre los que se ciñe la propaganda hasta el planteamiento definitivo de la conquista del Poder. Bien destacado aparece ante nosotros cuál es el deber de la lucha diaria, sobre qué hechos y acontecimientos gravitará la atención polémica del Partido. Hay tres sectores de problemas, tres turbinas fabricadoras permanentes de hechos y conflictos, sobre los que tenemos que estar a toda hora bien atentos: La realidad de que se inicia por fuerzas poderosas un proceso de disgregación nacional. La presencia temible de los campamentos marxistas. El hambre de grandes masas y la galvanización económica de un sector extenso de la pequeña burguesía española, tanto de la ciudad como del campo.

Sobre los conflictos y las angustias que en la vida nacional de España produzcan a diario esas tres gravísimas realidades, tiene nuestro movimiento que aparecer siempre victorioso. Es decir, que nos resulta obligado, incluso como exigencia de carácter estratégico, dar cada día a los españoles la sensación de que la única garantía contra los separatismos, contra el predominio bolchevique y contra la ruina y el hambre de los españoles es, precisamente, la aparición triunfal de nuestra revolución.

Es, pues, rígida e insoslayable la estrategia diaria del Partido en cuanto haga referencia a esos problemas. Pero la cuestión más espinosa, la que va a resultarnos de pesquisa más difícil, es la que se refiere a los organismos, a los instrumentos de lucha llamados a canalizar, recoger y potenciar la fuerza de la Falange.

Pues hay que tener sentido de la responsabilidad de nuestras consignas y lanzarlas con el refrendo que supone enseñar y decir cómo van a ser realizadas y cumplidas. Por desgracia, no se ha dedicado a estas cuestiones entre nosotros la atención suficiente, y hoy no son muchos -es decir, poquísimos- quienes tienen acerca de nuestra marcha y de cómo hemos de resolver sus dificultades, ideas de claridad siquiera relativa.

Y es precisamente cuanto afecte a los planes tácticos y estratégicos, a las formas, estilo y peripecias de la revolución lo menos adecuado para ser aprendido en parte alguna. Las aspiraciones fundamentales, la doctrina, las metas pueden, sí, haber sido objeto de elaboración y aprendizaje sirviéndose de enseñanzas y experiencias ajenas. Pues son, en cierto modo, algo estático y permanente. Es, en cambio, peligrosísimo «aprender» estrategia revolucionaria. Y quizá en el olvido radical de esto reside el fracaso de todos los intentos comunistas posteriores a la revolución bolchevique de octubre.

La idea más sencilla y pronta que se ofrece a movimientos de nuestro estilo para resolver problemas como el que planteamos, es la creación de unas milicias. Aceptarla sin más y adoptarla frívolamente, de un modo abstracto, lo reputamos de sumo peligro. Habrá que examinar con rigor qué posibilidades de perfección y de desarrollo tendrían en el lugar y momento de España en que

aparecen. Habrá que resolver el problema del espíritu que va a presidir el toque a rebato de los milicianos esos, y si su organización y jerarquías son de tal modo perfectas que utilicen todas las disponibilidades valiosas del Partido. Habrá que estar pendientes de la actitud oficial de los Gobiernos y, en fin, tendrá el Partido que saber a todas horas hasta qué punto puede descansar sólo en sus milicias y jugar a su única carta el acervo de conquistas políticas que vaya efectuando.

Un plan táctico perfecto exige, sin duda, conocer la diversidad de puntos vulnerables por donde resulta posible el acceso al Poder. Estos no son necesariamente para una revolución el de la violencia descarada en todos los frentes. Ni mucho menos. Tienen y deben ser conjugados varios factores y extraer de su simultaneidad o sucesión inmediata los éxitos posibles. A un Estado liberal-parlamentario no se le vence de igual manera que a una dictadura, ni pueden utilizarse los mismos medios revolucionarios contra un Estado que adolece de una impotencia radical para evitar el hambre y la ruina de los compatriotas que contra otro que se debate sobre dificultades permanentes de orden político.

Concretamente para nosotros hay la necesidad de ver claro todo esto, en el plano de la realidad española. Nos resulta ineludible e imprescindible fijar nuestra estrategia y dotarla de los organismos de que ha de valerse. En la ciudad y en el campo, para desarmar los campamentos marxistas y para asegurar nuestros derechos, para lograr una sensación pública de poderío y de solvencia y también para la conquista del Estado.

Para todo esto no basta decir, perezosamente: creemos milicias. Es más compleja la dificultad y exigirá, sin duda, de los dirigentes cavilaciones amplias. Hemos de proyectarnos sobre los puntos vitales de la vida nacional, influyendo en ellos y controlando sus latidos. Sin olvidar que a la conquista del Estado por nosotros tiene que preceder su propia asfixia. Y dejemos esto aquí.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Una consigna

El semanario del Partido, "F.E.", publicó en su número del día 19 de julio una nota bajo el título de "Consigna", que ha originado una justa y explicable expectación en amplios sectores de la Falange. No pueden negarse, porque allí aparecen reveladas, ciertas dificultades de orden interior, y si hacemos alusión a ellas, aunque las consideramos vencidas en grado suficiente, por lo menos, para no quebrantar la eficacia y la unidad de nuestra acción, es porque nos importa mucho destacar la actitud clara, terminante y fidelísima que corresponde al camarada del Triunvirato nacional Ramiro Ledesma Ramos.

Y los hacemos porque de varias secciones del Partido, y sobre todo, grupos de antiguos camaradas, que por su espíritu y lealtad ejemplar desde el primer día al nacional-sindicalismo revolucionario, merecen y tienen derecho a conocer cuanto en aspectos delicados de la acción política se refiere a sus dirigentes, nos lo reclaman así:

"Puesto que tenemos —dicen las voces a que nos referimos— muy confusas noticias acerca de los hechos denunciados en el número de "F.E.", y en algunos rumores, aunque de modo muy indirecto, hay quienes nombran al camarada Ramiro Ledesma Ramos, ¿qué podéis decirnos, con las garantías de autenticidad que os corresponden, en relación a su pensamiento y a su actitud?"

Hemos trasladado este ruego a nuestro director, y su contestación es la siguiente nota, con orden de que se publique bajo el título de "Una consigna":

"Primero. Nada ha ocurrido ni ocurre que ponga en peligro la ruta de Falange Española de las J.O.N.S.

Segundo. El Triunviro nacional Ramiro Ledesma Ramos sigue y permanece en el alto organismo, en normal colaboración dirigente con sus otros camaradas de Triunvirato.

Tercero. Es bien notorio que todas las decisiones en que esté llamado a influir Ledesma Ramos, serán presididas por su bien conocida fidelidad al nacional-sindicalismo revolucionario.

Cuarto. Consigna para todo el Partido: ¡TODA LA CONFIANZA AL TRIUNVIRATO NACIONAL DE LA FALANGE!"

(«JONS», nº 11, agosto de 1934, págs. 159-160)

Nuestra actitud. Cataluña en el camino de la insurrección.

El rostro del problema catalán

Ni ahora ni nunca ha sido el problema catalán confuso ni difícil. La dificultad y la confusión han radicado en las actitudes políticas enclenques desde las que se hacían los juicios.

En Cataluña ocurre y acontece sencillamente esto: unos núcleos más o menos numerosos de catalanes se insolidarizan del destino histórico de España y agrupan sus afanes en torno a un posible destino peculiar y propio de Cataluña. Todos los grupos que funcionan en Cataluña bajo el signo de la autonomía, desde los más radicales e intransigentes hasta los de más moderada tendencia autonomista, aparecen englobados y aludidos en esa misma frase. Les informa el mismo origen de insolidaridad. Plantean su problema no desde el punto de vista de una mayor eficacia y de una mayor grandeza española, del Estado español, sino desde el ángulo propio y reducido de Cataluña, como algo que se le plantea y presenta a España desde fuera.

La actitud y la replica de los españoles

Bien sencillo sería para nosotros indicar la réplica que hubiésemos dado -y desde luego daremos- a ese problema que planteaban los núcleos autonomistas de Cataluña. Pero nos interesa aquí señalar antes las que otros dieron, las que han triunfado en la opinión española durante los últimos años, con anterioridad a la presencia política de la Falange de las JONS.

Apareció en España una tendencia favorable a las pretensiones autonomistas, y ahí está su triunfo en la Constitución de la República y en el Estatuto de Cataluña. Y hubo en lucha con ésta, otra diferente, unitaria, la popularizada en torno a Royo y al «ABC», que representan el unitarismo o centralismo liberal del siglo XIX.

Las consecuencias de la primera están visibles. Son el Estatuto triste y la rebeldía que ahora se inicia. Las de la segunda pueden alcanzar una gravedad aún mayor. Pues se adopta por los sectores menos combativos, que tienen de la política y de la vida nacional un sentido de paz, de respeto y de tolerancia liberal y democrática. Así acontece que su patriotismo unitario se convierte con facilidad en una cobarde y traidora resignación a que esos grupos autonomistas de tendencia disgregadora se alcen con su región y se declaren independientes. Nada harían en ese caso, sino resignarse. Es más, lo piden y solicitan como solución preferente a la del Estatuto. Es la actitud, repetimos que cobarde y traidora, de los que piden «fronteras, fronteras» y casi la del «ABC» en sus titulares famosas: «O hermanos o extranjeros».

¡Absurdo! Monstruoso. ¿Qué doctrina es ésta? Es sencillamente la misma de los separatistas: la del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Aquella opción y aquel dilema son cosa intolerable e imposible. Cataluña es un trozo de España y el derecho a disponer del destino de Cataluña corresponde a los españoles todos. No puede ser suavizada y recortada una afirmación tan justa y evidente como ésta.

La disgregación de la Patria, la pérdida de su unidad, es, pues, algo que no tiene sentido sino como producto de una derrota.

El conflicto originado por la Ley de Cultivos

Naturalmente que lo que nos interesa ahora en esta página es enfrentarnos con la realidad más perentoria que se ofrece hoy a los españoles desde Cataluña.

El origen concreto del conflicto ha sido rebasado por los hechos posteriores y apenas tiene hoy interés alguno. No nos importa nada o muy poco el forcejeo en torno a si Cataluña puede o no legislar sobre esto y aquello. La realidad destacable e ineludible es ahora ésta: el episodio de la Ley de Cultivos. La polémica acerca de si corresponde o no a Cataluña hacer una ley así ha puesto al desnudo la tendencia hacia la rebeldía, hacia la insurrección antiespañola que caracteriza a los autonomistas de Cataluña.

Bien sabemos que la coyuntura elegida por Companys y la Generalidad es en algún aspecto favorable a sus designios. El haberla proporcionado es una de las torpezas y responsabilidades del Gobierno Samper. Además, encajan el momento y los propósitos con la movilización revolucionaria marxista en trance de estallido, con la hora de un Gobierno débil, que se encoge ante las decisiones de violencia, y también con una etapa depresiva del pueblo español, sin caudillos eficaces ni orientaciones de gran temple.

Pero es tan notoriamente obligada la intervención durísima, que es muy difícil que no gane el ánimo incluso de los más pacíficos y tolerantes personajes. Y desarmará asimismo los propósitos que mantienen quienes desde fuera de Cataluña desean ayudar de flanco la operación subversiva, traidora, que allí se fragua.

¡Hay que aplastar la rebeldía!

La subversión que tiende a desencadenarse en Cataluña no es de tipo revolucionario. Es decir, no equivale a la lucha porque en España predomine o triunfe esta política o la otra. Allí no es ésa la cuestión, aunque deseen presentarla así los grupos y partidos que operan hoy en España sin rubor ni vergüenza, de acuerdo con el separatismo catalán. Si allí hay algo que reprimir, no es una subversión revolucionaria contra el Estado, sino cosas todavía más graves: allí hay que reprimir una acción contra España, ni más ni menos que acontecería en una guerra con enemigo extranjero.

Se ventila no una guerra civil, que en ésta, al fin y a la postre, se pugna por apoderarse del timón de la Patria, sino algo peor, que no suele sobrevenir ni aun como consecuencia de desastres guerreros con potencias enemigas: la pérdida de territorio nacional.

En esas condiciones, surgida en Cataluña la declaración separatista, y a eso equivale la burla permanente de Companys y sus ministros hacia el Gobierno español y hacia las leyes españolas, el deber ineludible no puede ser otro que el de aplastar radicalmente la rebeldía.

La patria de los catalanes insolidarios

Toda la propaganda que se hace en Cataluña tiene lugar bajo un signo patriótico, de una patria catalana, claro es. El tono y los fervores con que revisten sus sueños políticos son de un nacionalismo absoluto. Ese es uno de los aspectos que denuncian la imposible conciliación en un plano de armonía con el destino común de España. No hay ni puede haber dos Patrias.

El vocabulario de los agitadores autonomistas y las frases y las imprecaciones con que exaltan o combaten a las gentes están informadas por una fe nacional catalana, por el hecho de reconocer a Cataluña como una Patria. Ahí está un reciente ejemplo de ello: hace breves días, el periódico órgano de Companys, en trance de calificar durísimamente a Cambó, como máximo insulto lo llamaba, quizá con justeza, «hombre sin Patria». He ahí, pues, unos hombres de izquierda, unos correligionarios en su actitud política, de estos otros que también como izquierdas actúan en la política española desligados y desprendidos de toda emoción nacional y de toda invocación profunda a la Patria española: los Azaña, Domingo, Prieto, etc. ¿Se concibe a esta sarta de traidores conceder a esa frase de «hombre sin Patria» categoría imprecatoria contra alguien?

Los auxilios a la rebeldía

Este último detalle descubre el carácter monstruosamente absurdo de que los hombres que dirigen lo que se llama grupos de izquierda amparen y protejan la insolidaridad catalana. Pero si tan cerca están de ellos, si tan identificados se muestran con ellos, ¿cómo no perciben que allí hay aliento patriótico catalán, que alimentan y sostienen unos sentimientos y una emoción política que

luego, en el ancho campo nacional de España, aplicada a la majestuosa realidad de la Patria española, niegan y persiguen con furor? ¿Qué traidores impulsos operan en esa política?

Ahí ofrece la actualidad, en efecto, el espectáculo de que reciba Companys por parte de esos grupos alientos para proseguir su rebeldía. Azaña, en su discurso ¡a las juventudes! de su partido, declaró su identificación absoluta con la actitud rebelde, con la actitud separatista. Y Prieto, líder obrero (¡!), socialista, declaró con solemnidad en el Parlamento que las masas del socialismo apoyarían de un modo activo, revolucionario, la subversión de Companys. ¡Magnífico! Ahí está la farsantería adiposa de este indignante Prieto, comprometiendo la sangre obrera de España en un litigio de los «patriotas» catalanes. Ni una sola organización obrera de Cataluña ha hecho llegar a Companys una adhesión y un ofrecimiento de esa índole. Los obreros catalanes, que conocen de cerca el perfil del pleito, están justamente al margen de las pretensiones «burguesas» de los separatistas y hasta de las ventajas económicas a los arrendatarios ricos, que son entre los «rabassaires», dicho sea de paso, los más favorecidos en la famosa ley.

La incapacidad de las derechas

La ineptitud y la debilidad con que el Gobierno Samper ha hecho frente al conflicto son bien conocidas. No tanto la de los grupos derechistas comanditarios del radicalismo lerrouxista. Es nuestro deber denunciarla a los españoles. Las derechas, y nos referimos a Gil Robles y su CEDA, pues el grupo monárquico ha de estar necesariamente desplazado de las influencias decisivas, carecen de la densidad nacional que se requiere para enfrentarse con firmeza con problemas como el que plantea la rebeldía autonomista. No es Gil Robles más nacional que Azaña y por eso, si se ve obligado a exigir del Gobierno una cierta energía, se basa no en que se muestre disconforme con la realidad autonómica, sino porque, según el juego político de los partidos, sus intereses son opuestos a los de la Esquerra. En cambio, se entiende y se entenderá siempre bien con Cambó y su grupo, tan desligados de la ruta española como Companys, si no más.

A nadie puede extrañarle cuanto decimos acerca de estas características de la CEDA. Se construyó este bloque derechista y organizó Gil Robles su triunfo electoral sin la menor apelación a este gran problema de la unidad española en peligro. No invocó para nada, como una necesidad y un compromiso, el conseguir y conquistar la unidad de España.

A eso han llegado los representantes políticos de la mayoría de los católicos españoles: a no ser siquiera una garantía contra las fuerzas que laboran por la disgregación de España. Y eso, después de dos siglos en que han venido diciendo y repitiendo que España debe al catolicismo todo cuanto es y ha sido en la Historia, desde su unidad hasta su imperio y su cultura. Pues ahí están ahora esos currinches parlamentarios de Gil Robles, todos católicos, abandonando en manos del Gobierno Samper la solución del conflicto después de que éste ha dado durante veinticinco días el espectáculo de su encogimiento y debilidad.

Solución única: la nuestra

La unidad de España no puede ser mantenida, sostenida e impuesta sino por aquellos españoles, sean de izquierda, de derecha o de centro, que tienen de España la conciencia de que es una Patria y de que su destino histórico es el mismo que el que esa Patria alcance y tenga. Parece absurdo que esté encomendada la defensa de su unidad a gentes y grupos cuya fe en una robusta existencia nacional es sumamente precaria y a las que no alimenta sin duda en sus avatares políticos otras motivaciones que unos modestos deseos de que España siga rodando por la Historia lo mejor que pueda, unas pasioncejas personales y algún que otro frívolo sedimento de vanidad parlamentaria.

Por fortuna, surgen los incidentes como este de la Ley de Cultivos, porque la realidad es inocultable y asoma su rostro. Van transcurridos veinticinco días y todavía no están del todo enterados el Gobierno y sus apoyos en las Cortes de la verdadera categoría del problema. Semanas de fórmulas, juridicidad e ignorancia del deber que trae consigo el hecho de gobernar a España.

La utilización de la violencia para machacar la rebeldía no es ya una de las posibles soluciones: es la única solución de que dispone el Gobierno. Y ante eso no cabe vacilar. O la aplica o dimita, reconociéndolo así y dejando a otros la tarea de efectuarla.

Pues en este caso concreto a que ha dado origen la Ley de Cultivos, como en todo cuanto se relacione con las pretensiones autonomistas, hay un factor imprescindible, y es el de la autoridad de España. Siempre que esta autoridad sea auténticamente nacional, es decir, que emane de un régimen justo y fuerte y no se proyecte de un modo mostrenco sobre Cataluña, sino de un modo español, allí no hay ni puede haber problema.

Someter a Cataluña a una autoridad española no es tiranizar a Cataluña. Bien sabemos la falsedad y artificio de casi toda la base histórica y teórica sobre que se apoya la insolidaridad de los grupos rebeldes. Pero el pueblo de Cataluña, un gran sector de él por lo menos, está totalmente incontaminado y se sabe tan español como el que más.

Lo único y lo último

Bordea los linderos de la traición o de la imbecilidad abrir en la Historia de España un proceso de disgregación. Después de cuatro siglos de unidad y de ser España la primera unidad nacional de la Edad Moderna. Y, no se olvide, después de varias insurrecciones catalanas vencidas, lo que prueba, si prueba algo en relación con el problema de hoy, que siempre se manifestaron allí grupos de fácil disposición a volverse de espaldas al destino español. Y si en nuestra época esos grupos se ensancharon y crecieron, ello no implica reconocerlo como legítimos, sino, al contrario, implica centuplicar el esfuerzo que pueda necesitarse para su derrota.

La unidad de España es lo único y lo último que nos queda como asidero para reconstruir a España como gran Nación. No es posible abandonar ese asidero último. Antes cualquier catástrofe, porque siempre será de grado inferior a ella.

Esta actitud nuestra no equivale ni mucho menos al centralismo tradicional. Admitimos y pediremos probablemente una serie de reformas que den al Estado español agilidad y eficacia robusta. Pero -y ésta es nuestra palabra- todo ha de hacerse en nombre de una eficacia del Estado, no para satisfacer rencores ni aspiraciones morbosas contra el Estado español. Pero de todo esto hay muy poco que hablar ahora.

En este momento sólo una consigna es lícita y el Gobierno Samper o quien sea puede disponer de nosotros para que tenga efectividad. La consigna es ésta: hay que aplastar la rebeldía.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Hacia las masas. Las JUNTAS de obreros

Desde hace muy pocas semanas, y coincidiendo con la etapa represiva a que están hoy sometidos todos los organismos de nuestro movimiento, existe en la Falange de las JONS el propósito firme de incrementar la acción organizadora del Partido en el seno de las masas obreras.

Comunicamos desde aquí a nuestros camaradas que a los efectos de conseguir con rapidez, eficacia y éxito la realización de tales propósitos, el Triunvirato Nacional del Partido ha creado una Secretaría sindical, a sus órdenes directas, dotándola de las orientaciones y normas precisas para que su labor se ajuste en todo momento al interés social de las masas y al interés político, nacional, de la Falange jonsista. Al frente de esta Secretaría aparece Nicasio Álvarez de Sotomayor, auxiliado en sus tareas por un grupo de camaradas de probado entusiasmo y de fuerte preparación y experiencia sindicales.

Se dispone, pues, nuestro Partido a desarrollar un plan para la creación de instituciones que, por su carácter original y por sus propias virtudes de agilidad y de fuerza, logren entre las masas el éxito que apetecemos.

Desde los primeros pasos, cuanto se haga y organice en este sentido obedecerá a una armazón sistemática, cuya finalidad es ofrecer a todos los productores, a todos los grupos económicos, tanto a las masas cuya economía depende hoy de un salario, como al sector de los

productores que aparecen al frente de las empresas económicas, un modelo -que será extraestatal, es decir, ajeno al Estado, en nuestro período revolucionario de lucha política por el Poder- de cómo y por qué vías es posible alcanzar una convivencia económica justa entre todos los factores sociales hoy en pugna.

La Secretaría sindical orientará sus primeros trabajos hacia la constitución de Sindicatos de industria, provistos de los mismos fines de mejora y análoga marcha administrativa a los de otras centrales obreras. Es ello necesario, porque nos resulta urgente disponer de entidades de radio suficientemente amplio para cobijar la gran masa de parados y la también muy numerosa de trabajadores descontentos o sin clasificación sindical. Ahora bien, no toda la base obrera propicia a los Sindicatos posee la capacidad o el entusiasmo nacional-sindicalista que requieren las luchas del Partido para fijar e imponer su línea social-económica en relación con las masas.

Y es ante la realidad de esta creencia cuando surgen los nuevos organismos a quienes va a confiarse una tan formidable misión. Esos organismos serán las JUNTAS o consejos deliberativos de obreros, cuerpos actuantes, formados por industrias y con una red local y nacional de JUNTAS que ofrezcan la posibilidad de conseguir un gran prestigio entre las masas y una gran eficacia en su actuación.

No habrá, pues, Sindicato entre los que se organicen por nuestra Secretaría sin que en su seno funcionen JUNTAS obreras, a las que han de corresponder realmente las tareas directivas de los Sindicatos. Vendrán a ser, pues, las Juntas en muchos aspectos, «guerrillas» sindicales, pudiendo desde luego, desarrollarse en forma nutrida y numerosa. Pues nada más ajeno al papel que deben cumplir las Juntas que el de los simples comités de pocos miembros.

La Secretaría sindical, al decidirse por este tipo de organización, adopta las ideas con las que el camarada del Triunvirato Nacional, Ledesma Ramos fundó las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA (JONS). La palabra JUNTAS significaba en esa denominación del Partido el propósito de estructurarlo a base de unos órganos políticos de lucha así llamados.

Ahora reaparecen sus mismas ideas en el área sindical de la Falange, quizá el sector donde darán más fecundos resultados esos organismos.

Naturalmente, la Secretaría sindical propagará en breve, con la debida sencillez y extensión, los planes a que nos referimos en estas líneas, y es a la vista de esos informes cómo las Secciones de Partido deben disponerse a colaborar en ellos con la máxima eficacia posible.

Tenemos que advertir que todo cuanto organice en este sentido la Secretaría sindical entre los trabajadores asalariados, se ha de corresponder con una organización similar en la otra vertiente social-económica, la zona de quienes dirigen las empresas y tienen en su mano los medios de la producción. Pues nada o muy poco significaría nuestra labor sindical si no lograrse un carácter totalitario en el área de la economía y de la producción.

Impulsaremos, pues, a medida que sea posible, los Sindicatos de empresarios (patronos) y, asimismo, propagaremos la necesidad de que entre ellos se formen JUNTAS de análogo carácter a las JUNTAS de obreros a que antes hemos aludido.

A esperar, pues, los trabajos de la Secretaría sindical, debiendo servir estas líneas a todos los camaradas y jefes del partido de advertencia para que estén pendientes de esa labor y la realicen en sus zonas respectivas.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Persecuciones tiránicas

Nuestra Revista ha sufrido una suspensión de dos meses. Poco o nada hemos de indignarnos, pues por su propio carácter teórico la Revista “JONS” es, en cierto modo, intemporal y sufre bien ese género de colapsos. Ahora bien, el juicio durísimo y la protesta que hacemos se encaminan hacia la

saña tiránica con que el Poder oficial de Samper-Gil Robles persigue a nuestro Partido. Pues sólo un pálido reflejo de ella es la anormalidad que afecta a nuestra publicación.

La Falange jonsista ha sido objeto durante los últimos meses de una sistemática y refinada persecución por parte del Gobierno, que ha suspendido su prensa, ha clausurado sus locales, prohibido en absoluto los mítines de algún relieve y, por último, encarcelado en masa a sus militantes en varias provincias.

Muchos detalles hacían prever, desde luego, que este Gobierno no era el más adecuado para asistir sin indignarse al desarrollo, crecimiento y victoria de nuestras filas. Pues se trata de un equipo residual del rabulismo parlamentario, ciego para toda emoción nacional profunda y con la misma actitud enemiga hacia las juventudes, propia de todos los cupos desahuciados y fétidos.

Molestamos, pues, al Gobierno por nuestro doble carácter de patriotas y de jóvenes luchadores y ardorosos; bien hemos advertido cómo se agudizó la represión gubernamental en los días mismos en que la Falange de las JONS se disponía a incrementar su acción en torno a la realidad insurreccional de Cataluña. Se apretó contra nosotros el cerco policíaco y ahí están, en las cárceles, acusados de inverosímiles delitos, decenas y decenas de camaradas nuestros.

Nos honra, naturalmente, esa persecución a que se nos somete. Se trata de un Gobierno sin pizca de autoridad, sin otro apoyo español que el de la fuerza pública. Sin masa alguna afecta, sin juventudes, con su sola realidad de náufragos agarrados al peñasco despreciable de la CEDA. Causa por eso risa su gesticulación contra todo cuanto aparece provisto de todo lo que a él le falta: ideales jugosos, magníficos, y entusiasmo juvenil por el imperio de ellos. Así, prohíbe saludos, concentraciones y la presencia misma de los símbolos disidentes de su política mezquina y fofa.

Y hablamos así contra las disposiciones últimas del Gobierno en relación con el orden público, aun cuando ello beneficie a nuestros enemigos los marxistas. Pues faltaba más que nosotros, la Falange Española de las JONS, congregada y formada a base de objetivos de pelea, aprobásemos como cualquier burgués renacuajo y cobarde que el Gobierno impida las excursiones uniformadas de los rojos. Para luego, naturalmente, perseguir también las nuestras.

Ese será, quizá, el ideal del Gobierno, y en eso le acompañará todo el ancho sector de la burguesía inconsciente y bobalicona: asfixiar la juventud nacional, garantizar una vida sin sobresaltos, evitar las luchas, transigir y correr las cortinas.

Pero nosotros no toleraremos que se corran las cortinas ante la situación de España, como si el drama español fuese una aventura de alcoba.

¡Animo en la represión, camaradas!

Y alerta ante el futuro próximo.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Los sistemas fascistas

Sigue y prosigue victorioso el régimen en Italia, la zona europea donde, por circunstancias del hombre, lugar y tiempo nació el fascismo. Está ya agotada y reseca la fuente polémica contra el fascismo italiano, tan opulenta de jolgorio y de insidias durante la primera época del régimen. Ya no se ataca ni censura de un modo diario al Gobierno de Mussolini, y si está a la vista, de manera permanente, la consigna de «¡Abajo el fascismo!», no aparece ya dirigida y justificada contra Italia, sino contra la nueva actitud revolucionaria mundial, surgida del fascismo, y que amenaza en todos los frentes al predominio bolchevique.

A los doce años de régimen, Italia ofrece ya esa madurez y ese rodar fácil, sin trepidaciones ni peligros, que supone el responder del terreno que se pisa. Es, pues, un magnífico ejemplo de cómo el espíritu y la actitud fascista crean situaciones perdurables, dando batallas a los pavorosos conflictos propios de esta época. Disponen ya en Italia de tradición, de experiencia y de

generaciones nuevas a su servicio desde la hora misma en que aprendieron las primeras letras. Todo cuanto pase u ocurra en lo futuro es ya ajeno al orden fascista y no desmiente, por tanto, la más mínima porción de su formidable realidad histórica. Sean incidencias o no, victorias o catástrofes, la solidez del espíritu fascista parece fuera de todo riesgo.

* * *

Los sucesos acontecidos en el seno del régimen hitlerista tienen, desde luego, gravedad y pueden ser causa de los peores peligros. Pero debe advertirse que a la vez que eso representan también el robustecimiento del poder de Hitler, la desaparición y derrota de cuantas personas y tendencias quebrantaban o discutían su autoridad de Jefe. La represión de la conjura de Von Rohem fue durísima y sangrienta, y quizá desde la Revolución francesa no ha conocido el mundo hechos análogos y expresivos de hasta qué punto es implacable una Revolución contra los propios secuaces que después de su victoria suponen para ella un peligro. Con motivo de la represión, la Prensa mundial, y en primera línea la española, emprendió campañas antihitleristas de aparatoso y vergonzoso carácter venal.

La revolución «nazi» de Alemania se hizo en torno a la figura emocional de Hitler, el Führer, y era este hombre, logrando la unanimidad alemana, su factor más primordial y valioso. Todos los jerarcas, organizaciones y masas de la Revolución veían su eje más firme en Hitler, y la expresión de su veneración y adhesión al Führer era permanente en los labios nazis.

En opinión nuestra, disponía, pues, Hitler de autoridad moral suficiente para la labor depuradora a que le obligaron los acontecimientos. Tiene en sus manos el destino de Alemania. Tiene decisión y carácter para arrostrar las más graves responsabilidades. Es quizá el caso más patético que ofrece la Historia en cuanto al número y carácter angustioso de las dificultades que se le atraviesan en el camino. En esas circunstancias, es dramáticamente grotesco el espectáculo de toda la bazofia internacional y encanallada que le combate con armas viles.

* * *

El asesinato de Dollfuss significa un episodio más de esa cinta dramática, supervisada en Versalles, que es la situación económica y política de Austria. Dollfuss es visiblemente a la vez una víctima de las contradicciones monstruosas sobre que se asentaba el poder de su dictadura. Siempre nos habían parecido falsas y exentas en absoluto de razón nacional las bases que servían a Dollfuss y a sus amigos de la Heinncher para contrariar la voluntad del pueblo austríaco.

Resulta que Dollfuss-Stahemberg defendían la independencia de Austria, y la defendían con el concurso de las potencias a las que Austria debe precisamente su ruina y su falta de libertad. Es decir, con la ayuda de Italia, Francia e Inglaterra. Era todo ello un escarnio excesivo, y el asesinato de Dollfuss es por eso, indudablemente, un acto político que en las más profundas capas emocionales y verdaderas de la Historia encontraría alguna atenuante.

* * *

Hay en Inglaterra un movimiento fascista acaudillado por Mosley. No estamos muy seguros de su trascendencia ni de la brillantez de su futuro. Claro que ello nos importa en muy débil manera. Ya es un detalle que surgiendo nada menos que en el Imperio inglés se conforme y viva tranquilo vistiendo camisas negras y llamándose «Unión fascista británica» sin originalidad ninguna, ni añadir nada a la matriz fascista de Italia. Ya es un detalle, repetimos, porque ello demuestra, y nos alegra mucho a los españoles, la situación lamentable en cuanto se refiere a la capacidad creadora de ese imperio inglés a cuyo hundimiento asistiremos con la mejor gana.

Hemos visto en «ABC» una información acerca de este fascismo británico. Que es constitucional, parlamentario, antisubversivo, elegante, palatino y enemigo de la violencia. ¡Ah! Y en dos años o tres de vida no le han disparado los rojos ni un solo tiro.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)